

COLECCIÓN MEMORIA TESTIMONIO

Más allá de la montaña

Joaquina Gil Ramos



EDITORIAL
MAR ABIERTO

Más allá de la montaña

Más allá de la montaña

JOAQUINA GIL RAMOS

COLECCIÓN MEMORIA - TESTIMONIO



Este trabajo ha sido evaluado bajo el sistema de pares académicos y mediante la modalidad de doble ciego.

Más allá de la montaña

© JOAQUINA GIL RAMOS

UNIVERSIDAD LAICA ELOY ALFARO DE MANABÍ (ULEAM)

Rectora (e): Amalia Reyes

Vicerrector Académico (e): Ever Morales

Dirección DEPU (e): Alexis Cuzme

Departamento de Edición y Publicación Universitaria (DEPU)

Editorial Mar Abierto

Vía san Mateo. Edificio Biblioteca General

Telef. 2 623 026 Ext. 255 Manta

www.marabierto.uleam.edu.ec

www.editorialmarabierto.blogspot.com

Corrector: Patricio Lovato

Diagramación y diseño de portada: José Márquez

ISBN: 978-9942-959-33-1

Primera edición: 1998

Segunda edición : agosto de 2015

Manta, Manabí, Ecuador

RESUMEN

El presente libro está estructurado en torno a un proyecto de investigación experimental consistente en verificar la hipótesis, según la cuál la falta de zinc en la alimentación de niños y niñas en edad preescolar, en zonas rurales de la sierra del Ecuador, son la causa del retraso en el crecimiento, peso y talla de los habitantes de esa región.

No es un informe técnico, sino que la investigación científica es tratada de manera sociológica, a través del análisis intercultural de las comunidades campesinas y de la narración del desenvolvimiento del proyecto sobre el terreno.

Presenta tres partes, en la primera se relata fielmente la metodología científica de la investigación, desde la selección de las comunidades, promoción del proyecto, capacitación y selección de las promotoras de salud y procedimiento para el levantamiento de las variables. La segunda son una serie de narraciones, en forma de cuentos, de la vida cotidiana de las comunidades campesinas andinas, todas ellas relatan hechos ocurridos durante el proyecto. En la tercera parte se hace un recuento del paso del proyecto por la comunidad, los cambios producidos tanto en los investigadores como en los sujetos de investigación y sus familias.

Palabras claves:

Investigación experimental, zinc, niños y niñas preescolares, comunidades andinas, metodología científica, análisis intercultural.

Dedicado a todos los niños de la región del volcán

ÍNDICE

| | |
|-----------------------------------|----|
| Prólogo a la segunda edición..... | 13 |
| Presentación..... | 17 |

PRIMERA PARTE: Cuantificando

| | |
|--|----|
| Capítulo I: Ya tengo los resultados..... | 23 |
| Capítulo II: Trabajar en el campo..... | 28 |
| Capítulo III: El cura tiene la palabra..... | 33 |
| Capítulo IV: Las promotoras de salud..... | 37 |
| Capítulo V: Lo que significa el trabajo de equipo..... | 43 |
| Capítulo VI: El llanto de un niño..... | 48 |
| Capítulo VII: Señora, qué va a hacer hoy de comer..... | 54 |
| Capítulo VIII: Mamita está en la hacienda..... | 56 |
| Capítulo IX: Todos por la comunidad..... | 61 |
| Capítulo X: El grupo de madres..... | 65 |
| Capítulo XI: Siguiendo a la promotora..... | 68 |
| Capítulo XII: La salud para el campesino..... | 75 |
| Capítulo XIII: Conociendo otra realidad..... | 80 |

SEGUNDA PARTE: Cualificando

| | |
|--|-----|
| Capítulo I: Testigos..... | 87 |
| Capítulo II: En el páramo..... | 94 |
| Capítulo III: Dios nos mira..... | 103 |
| Capítulo IV: La vida sigue..... | 111 |
| Capítulo V: La otra verdad..... | 127 |
| Capítulo VI: Sangre de inocentes..... | 136 |
| Capítulo VII: Mercancía..... | 143 |
| Capítulo VIII: La rebelión de las mujeres..... | 149 |

| | |
|---|-----|
| Capítulo IX: Nacer de las cenizas..... | 158 |
| Capítulo X: Ya tenemos agua..... | 166 |
| Capítulo XI: Con la esperanza en brazos..... | 175 |
| Capítulo XII: La capital..... | 184 |
| TERCERA PARTE: Sembrando futuro | |
| Capítulo I: El cansancio..... | 197 |
| Capítulo II: La despedida..... | 200 |
| Capítulo III: Y estos resultados, para qué..... | 202 |
| Capítulo IV: El regreso a las comunidades..... | 206 |
| Capítulo V: Mirada al futuro..... | 211 |
| Glosario..... | 213 |
| Notas..... | 227 |

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Ante la pregunta, si frente al paso del tiempo y la distancia del escenario de cuándo y dónde fue escrito este libro, y cuánta vigencia y utilidad tiene, sin pensarlo dos veces, mi respuesta sería: ¡sí, y mucha! y, de manera particular, para profesionales y estudiantes del área social. Amén de la riqueza de ideas y de la fascinación que produce su relato novelado, esta es una obra que presenta tres aportes pedagógicos. En primer lugar es un documento muy bien escrito, que puede servir de modelo a estudiantes universitarios y docentes, quienes están ahora obligados a la producción intelectual escrita; luego, se constituye en una fuente informativa y además amena, sobre cómo debe llevarse un proceso de investigación científica en el campo social; y, en tercer lugar, si bien es cierto, es una descripción de procesos investigativos enfocados a la salud, en ella se encuentran análisis y reflexiones profundos y acertados sobre temas y realidades sociales con plena actualidad.

En lo que tiene que ver con la temática investigativa se abordan aspectos profundos como las convergencias y divergencias entre los enfoques de investigación cuantitativo y cualitativo. Se hace referencias a: actitudes para llegar a la gente, cómo acercarse y observar la realidad social y sobre todo “la otra realidad”, la de aquellos que son menos visibles en los debates académicos; normas de trabajo en grupo y reflexiones sobre la ética del investigador. Entrega, ejemplos reales que incluyen decisiones para el trabajo comunitario. Se constituye, por lo demás, a la manera de

“El mundo de Sofía” en un manual que relata de manera novelada principios y características de la Investigación Científica e incluye reflexiones sobre las propiedades estadísticas de la investigación.

A través de escenas de la vida cotidiana se presenta una radiografía de la dimensión humana de la investigación en la que se evidencian sentimientos plasmados en confesiones como: “Esta investigación me ha cambiado la vida” y, estados de ánimo como el cansancio de los sujetos y “objetos” de la investigación luego de un largo e intenso trabajo de campo.

Retrata fielmente esa otra realidad social y cultural con todas sus diferencias y semejanzas con la nuestra. Describe las tristezas del pobre que son tan lacerantes y profundas, pero también sus alegrías, con imágenes tiernas y conmovedoras; muestra historias humanas de amor y frustración muy tristes, que parecen de ficción, pero que descubren, en esos ambientes la luz y calor que produce la vida humana en condiciones de apremio. Historias, sin embargo, no tan diferentes, pues aunque tienen como escenario otro ambiente cultural, evidencian la común condición humana con los mismos sentimientos y pasiones y con los mismos vicios y virtudes.

“Más allá de la montaña” relata tradiciones y leyendas que perviven en los pueblos; da a conocer dichos y palabras propias de los indígenas; creencias médicas y creencias mágicas. Se pueden apreciar principios filosóficos y sociológicos surgidos de la experiencia vital y comunitaria. Es evidente que la autora supo captar, como lo recomienda toda metodología participativa, la Sabiduría Popular en su más pura expresión.

Pero también se hace referencia a temas claves en el Trabajo Social como los Derechos Humanos o la violencia de género enfocados con un riguroso criterio científico y ético, lo cual evidencia la estatura moral de la autora y su adhesión al compromiso académico de construir una ciencia con conciencia, y que en sus propias palabras, ya para finalizar, lo expresa de la siguiente manera: “Yo creo que la ciencia tiene entre sus objetivos el conocimiento de la realidad para ponerla al servicio del hombre. Pero no solo poseemos racionalidad, también sentimientos. El desarrollo de la ciencia tiene que tender a la búsqueda de la felicidad, a mejorar las condiciones de vida de todos los hombres sobre el planeta”.

En definitiva, tiene el lector o lectora en sus manos un libro para disfrutar, aprender y reflexionar.

Guido Vásconez González

PRESENTACIÓN

El viejo volcán Cotopaxi, sentado en la coyuntura de la cordillera oriental de los Andes y el nudo de Tiopullo, como una señora vivandera, peinó sobre sus hombros su cabello blanco, extendió su delantal sobre la pampa y, sembrando al boleó, esparció las casitas sobre la alfombra de piedras. Son cinco las comunidades, todas con nombres de santo: Santa Cruz, San Bernardo, Santa María del Norte, San Pedro de Arriba y San Pablo Alto.

Joaquina Gil, mujer de corazón inquieto, de espíritu emprendedor, consciente de que su vida y sus conocimientos no son solo para provecho propio, una vez que se recibió de médico en una de las universidades de su querida España, quiso prestar sus servicios en el continente africano. Voló su espíritu a través del Mediterráneo y del desierto del Sahara pero, al llegar a la línea ecuatorial giró hacia la derecha, encontró la senda de la línea que divide al mundo en dos hemisferios, y por ella arribó al Ecuador, en América del Sur. Desde la cima de la “Jatunrumi” observó el panorama y descubrió niños anémicos, hombres borrachos, mujeres trabajadoras, familias divididas, casitas de paja, perros raquíticos, chicas violadas, esclavos de las haciendas, salarios de hambre, cementerios repletos, candiles prendidos, polvorientos senderos, analfabetismo, recelo, miedo. Era la anemia concentrada, la pobreza con todos sus efectos.

La experiencia que narra Joaquina en “*Más allá de la Montaña*” es una muestra de los múltiples sentimientos que le ha inspirado su vida en el Ecuador. El libro está escrito con el

corazón lleno de sangre, es la confusión de una andaluza viviendo en el tercer mundo, es la unión de un espíritu español con la sencillez de los campesinos ecuatorianos.

Para emprender este proyecto de investigación formó un equipo de campo, pero sería imposible el ingreso a las comunidades, sumamente recelosas, si no contaba con chicas y señoras de las mismas, el grupo de promotoras de salud. Fueron ellas las que, como puntas de lanza, abrieron lentamente el camino, para que, entre las comunidades y el equipo llegaran a una íntima comprensión y confianza. En verdad la comunión se realiza cuando el visitado se abre y el visitante se incultura. ¡De cuantas cosas hay que despojarse, para revestirse de otras...!

La sangre es la vida, el espíritu, lo sagrado para los indígenas. Extraer la sangre anémica de sus hijos, era, para los padres, profanar lo sagrado. Joaquina y los suyos encontraron la manera de hacerlo. Era necesario sacar la anemia de la comunidad, para inyectarles luego, alimento para los niños, la unidad de las familias y los barrios, deseo de cambio, crítica constructiva, espíritu emprendedor para las mujeres.

El equipo emprendió el trabajo. A esa tarea se unieron los luceros y los cantos de los pájaros, en tantas madrugadas. Con ellos salió la luna y, a veces, con ellos también se ocultó. Ni sol, ni viento, ni heladas fueron capaces de impedir esa labor. Escucharon, vieron y sintieron los latidos de los corazones de esa parte del Ecuador. Escucharon sus conversaciones sencillas, con sus dichos y modismos. Vieron las injusticias, externas e internas, las desgracias, la impotencia de los pobres, el dominio de los ricos,

la irresponsabilidad, el machismo. Sintieron la soledad de las mujeres, de los huérfanos y de los abandonados. Rieron con ellos, comieron con ellos, jugaron con ellos y con ellos lloraron. Esta fue la jeringa con la que se extrajo la anemia de las comunidades y con la que se inyectó a todos la esperanza de mejores días.

Una de esas madrugadas, Joaquina y sus compañeros vieron como los luceros abandonaron el firmamento, y como si fueran blancas palomas, se refugiaron en el cráter del volcán, luego, por la nieve resplandecida a la luz de la luna, rodaron hacia la pampa la esperanza y la alegría, dibujados en los rostros de los niños, miles de niños que se abrían paso por las laderas del futuro. El volcán vomitaba vida.

Es difícil ascender la montaña, se cansa, se suda, se resbala, se cae. Ascender es sufrir, es vivir, pero más allá de la montaña está la felicidad.

P. César Balarezo

Primera parte

CUANTIFICANDO

CAPÍTULO I

YA TENGO LOS RESULTADOS

Por fin, después de un año de espera, salen a la luz los resultados de la investigación. Nunca pensé ver mi nombre escrito, como coautor de un artículo de investigación, en una revista de renombre internacional. Es agradable comprobar cómo el esfuerzo de más de dos años da su fruto. Toda esa dedicación, todo ese trabajo está sintetizado en unas pocas páginas que nos llenarán de una gran satisfacción en el ámbito profesional y aumentarán mis méritos de manera considerable. Yo, que hace poco dejé de estudiar formalmente, que estoy comenzando mi carrera como médico, he tenido la posibilidad de participar en esta experiencia que ha marcado mi vida y que de alguna manera definirá mis metas futuras.

En mis manos están los resultados, en este artículo se condensan dos años de trabajo. El hecho de participar en un proyecto de investigación que analiza y descubre las causas de la desnutrición de los niños, en países del tercer mundo y concretamente en América Latina, es para mí una oportunidad muy importante.

Comienzo por leer los resultados y conclusiones del estudio, que en verdad es lo que interesa en una investigación. Me sumerjo en la interpretación de los gráficos. Siempre me causaron respeto las representaciones gráficas de los datos estadísticos. Cómo, a través de una serie de curvas, histogramas de barra¹, polígonos de frecuencias² o diagramas de dispersión³, se puede recrear la situación de una población determinada. Revisando

detenidamente cada una de las variables⁴ que se estudiaron en el campo: peso, talla, parámetros bioquímicos, alimentación, estado de salud y situación socioeconómica, se puede tener una idea de las características de la población estudiada. Cada uno de estos indicadores⁵, está reflejado en su correspondiente gráfico. Allí está la curva que explica, cómo los niños de la zona tienen un porcentaje importante de anemia al comienzo del estudio; el gráfico que muestra cómo la alimentación adolece de algunas deficiencias en calorías y nutrientes; aquella imagen que traduce la serie de enfermedades que padecen los niños y su frecuencia según la edad del niño y la época del año; en fin, el bajo crecimiento de los preescolares campesinos, en relación con las “medidas estándares”⁶ con que se contrastan, y que son consideradas como valores normales.

Seguidamente se ven los resultados de nuestra intervención en el campo. Son los gráficos más importantes, los que justifican todo nuestro trabajo. Se aprecia cómo administrando zinc⁷, durante más de un año, se produce un cambio en los datos obtenidos al principio del proyecto. El zinc es un mineral que se encuentra en los alimentos, sobre todo, los de origen animal como son: carne, hígado, huevos y mariscos, especialmente las ostras; este micronutriente interviene en el crecimiento y en la inmunidad⁸. El estudio se basaba en que la dieta de los niños campesinos de la sierra es pobre en zinc y consecuentemente el crecimiento y la inmunidad están alterados por este factor. Si suplementábamos con zinc podríamos esperar una serie de cambios: esta era la hipótesis⁹. Dimos a un grupo de niños el

mineral y a otro un placebo¹⁰ y comparamos los resultados, en el tiempo. A través del análisis estadístico¹¹ se estudiaron los datos de todo el proceso, de toda la intervención y se concluyó que los niños que tomaron el mineral crecieron más que los que sirvieron de control. Esto confirmó la hipótesis de la deficiencia de zinc en los sectores campesinos del país, y su incidencia en el bajo crecimiento de esta población.

A pesar de estos resultados, no debemos perder de vista que la falta de crecimiento de los niños, no solo depende de la falta de zinc en la alimentación, sino de otros muchos factores, que en definitiva, es consecuencia de la situación global de pobreza en que viven inmersos los campesinos.

Realmente el estudio resultó un éxito. Se cumplieron las predicciones. Tanto esfuerzo, tanto trabajo, tanta rigurosidad, fue recompensado. ¡Ya tenemos los resultados!

Termino de leer el artículo, brillante, preciso, concluyente. Pero me quedo con la impresión de que no se ha dicho todo, que detrás de estas pocas páginas hay mucho por decir, hay mucho más que contar.

No es posible que en unas pocas hojas se puedan resumir el trabajo de dos años de un equipo que se dedicó exclusivamente a esa actividad, el aprendizaje diario, el interés creciente por la investigación, el deseo de hacer bien las cosas. Se gastó mucha energía y muchas horas de trabajo en realizar un estudio minucioso, extraordinariamente bien hecho; en recolectar datos con la mayor rigurosidad científica; en aplicar las mismas metodologías, repetidas en el tiempo; en tener una firme disciplina de trabajo,

para cumplir las metas propuestas.

No es posible resumir solo en datos estadísticos el contacto con la comunidad, esos centenares de niños que fueron nuestra fuente de inspiración diaria; no es posible extraer el esfuerzo de esas madres por ingresar al programa de salud, esa aceptación casi en contra de sus principios debido a las extracciones de sangre y demás pruebas.

No es posible sintetizar esa lucha por alcanzar día a día la confianza mutua, madres y equipo de salud, puesta en entredicho tantas veces al principio del proyecto.

No es posible simplificar en tres hojas la experiencia de compartir la vida campesina, con sus valores de solidaridad, respeto a la tierra, sus problemas, odios y rivalidades. Poder conocer otra cultura, otro estilo de vida y lograr respetarlo.

Realmente estos resultados no reflejan la vivencia de nosotros en ese medio que desconocíamos y que nos brindó la posibilidad de adentrarnos en el significado de lo que quiere decir servicio a la comunidad. ¡Todavía queda mucho por contar!

Resulta paradójico que un proyecto de investigación, algo tan frío y objetivo, algo tan riguroso y metódico, algo tan disciplinado y técnico, haya sido capaz de conseguir resultados tan por encima de sus metas. Por sí mismo ha logrado los resultados propuestos, eso se puede leer en el artículo, pero verdaderamente ha tenido una trascendencia mayor, algo que jamás aparecerá en ninguna revista científica, y es el acercamiento personal entre seres humanos, la posibilidad de empatía entre personas de distintos medios, y el enriquecimiento de lado y lado. Como poco a poco

fueron cambiando nuestras ideas, como fue cambiando nuestra vida y nuestras prioridades, desde la llegada al campo.

Es necesario contrastar, es indispensable enfrentar, es imperioso oponer, curvas contra personas, objetividad contra subjetividad, generalización contra individualidad, ciencia y ser humano. Para tener una visión de lo que fue nuestra experiencia de campo, hay que ir más allá de los simples datos. Es algo que necesito para poder hacer una evaluación global del estudio, para valorar nuestro esfuerzo, para entender el significado de nuestra presencia en las comunidades campesinas.

Recuerdo todo como un largo camino recorrido, como una parte de mi vida distinta a las anteriores. Ese camino tuvo un principio. Quiero explorar en mi memoria cómo comenzó todo, quiero rastrear en mis recuerdos y ser capaz de evocar el principio de esa aventura.

Todavía recuerdo claramente cómo llegamos al campo. Parece que no ha transcurrido el tiempo.

CAPÍTULO II

TRABAJAR EN EL CAMPO

El proyecto fue un ensayo terapéutico controlado con un diseño doble-ciego¹², con un grupo control. Teníamos que administrar un suplemento de zinc diariamente, durante un año a un grupo de niños y a otro grupo darles un placebo, y ver, al final, el resultado sobre el crecimiento. Nosotros, los miembros del equipo de campo, no supimos, en todo el tiempo que estuvimos recogiendo la información, quien recibía uno y otro producto. Paralelamente se evaluó un cereal enriquecido con zinc y hierro y otro cereal solo con leche, que se serviría diariamente, durante un año de la misma manera que el anterior. Para probar el efecto sobre el crecimiento había que conseguir un número determinados de niños, la muestra¹³, necesaria para hacer los análisis estadísticos del caso y probar la hipótesis.

El punto de partida de este proyecto fue el resultado de un estudio que anteriormente se hizo en todo el país, donde se demostró que en las zonas rurales de la sierra, los niños tenían valores bajos de zinc en la sangre, y un patrón de consumo de alimentos bajo en zinc, que podría tener relación con el retardo en el crecimiento y la talla baja de los habitantes del país.

La idea era medir una serie de parámetros que confirmaran la hipótesis, de que el bajo crecimiento de los niños campesinos, se debe, al menos en parte, a la falta de zinc. Estas medidas eran el peso y, sobre todo, la talla de los niños, el análisis del zinc en la sangre, el sistema defensivo del individuo, estudiado indirectamente.

tamente a través de las enfermedades que aquejaban a los niños, y la medición del consumo de alimentos.

Se necesitaba seleccionar una serie de comunidades campesinas donde se podría realizar el estudio, que se trataría en síntesis de la administración de zinc diaria, durante un año, el control médico y antropométrico¹⁴ mensual, y en tres ocasiones la toma de muestras de sangre y la realización de encuestas de consumo de alimentos, todo ello realizado con el mayor rigor científico.

Tuvimos que visitar muchas parroquias y comunidades. Empezamos por la provincia más cercana a la capital, que en caso de ser elegida facilitaría el desplazamiento; para después, ir pasando más al interior, en caso de no encontrar el número de niños que necesitábamos. Serían unos doscientos preescolares, entre los dos estudios de jarabe y cereal, dentro del “programa de salud”, como lo llamaríamos desde entonces.

Necesitábamos unas comunidades con un número suficiente de niños, por las razones ya expuestas; de fácil acceso y con casas no muy dispersas, para facilitar el control; con tasas de desnutrición altas, para garantizar la validez de los resultados; recintos organizados y colaboradores, para simplificar el trabajo; y subcentros de salud cercanos para trabajar conjuntamente.

Durante dos meses recorrimos la primera provincia, nos gustó la zona cerca del nevado, donde hay una serie de comunidades que podrían cumplir los requisitos. En principio, nos fijamos en ellas; había un buen número de niños de uno a cuatro años, en un área no muy grande, que abarcaba cinco comunidades y dos subcentros de salud. Los dirigentes eran colaboradores y las

viviendas no muy dispersas.

Desechamos otras comunidades cercanas por distintas razones: muy pequeñas, malos caminos, muy dispersas, alto consumo de alcohol y otras muchas causas. Nos encontramos una comunidad en que tanto hombres como mujeres bebían un promedio de tres días semanales, dejando abandonados a los niños, la casa y el trabajo. Otras comunidades eran muy organizadas, tenían programas de educación y autogestión que propugnaban el desarrollo libre y digno del individuo y la colectividad; simplemente rechazaron la investigación. En otras, en cambio, existía un exceso de politización de parte de los dirigentes y profesores de la escuela, lo primero que hicieron fue un pliego de peticiones tanto para la comunidad, como para los líderes. Había algunas que eran desunidas por cuestiones religiosas, estando divididas entre católicos y evangélicos. Otras, sin embargo, eran muy individualistas, donde cada comunero vivía en forma independiente, habiéndose perdido todas las características de lo que significa comunidad; eran las más cercanas a la ciudad o a la cabecera cantonal.

Cuando llegamos a la zona que después se convertiría en nuestro destino por dos años, nos llamó la atención la cercanía del nevado. Desde las cinco comunidades se podía divisar la montaña, era el punto común de todas ellas. Esto le daba un encanto especial a la zona, ya que el nevado era realmente un volcán activo, y esto le envolvía, aún más, en el misterio de leyendas y tradiciones de las múltiples erupciones registradas en la historia. La última, hacía un siglo, había diseñado el paisaje que se veía en

la actualidad. Seguramente el sello de la naturaleza indomable y de la pequeñez del hombre frente a ella, dejó su impronta sobre las gentes del lugar, que se manifestaba en una timidez y un fatalismo, sin resistencia, frente a los embates de la naturaleza y a los avatares de la vida.

Las comunidades campesinas son pequeños recintos que semejan pueblos, con casas dispersas por el campo y un pequeño centro, donde se encuentra la escuela, la iglesia y la casa comunal, lugar de reunión para todos los habitantes. Así son Santa Cruz, San Bernardo y Santa María al norte, y San Pedro de Arriba y San Pablo Alto, al sur de la parroquia. Nos gustó esta zona, esas cinco comunidades tan distintas entre sí, pero con ciertos rasgos comunes. En el norte la población es mayoritariamente indígena, pero ese indígena que está continuamente en contacto con la ciudad, con otras culturas y que cada día va perdiendo algo de su identidad. Ya hace muchos años que olvidaron su lengua, el quichua, su ropa autóctona y desgraciadamente, poco a poco, irán olvidando la cosmovisión y las normas de convivencia de sus ancestros. Al sur de la parroquia habitan, en su mayoría, campesinos mestizos, una mezcla de razas que es el símbolo de mi país y de todos los países de América Latina.

Son comunidades pequeñas, compuestas por minifundios, de dos a tres cuadras. Su economía es de subsistencia, la actividad productiva engloba a toda la familia, los niños son pastores, las mujeres trabajan en la casa y en la chacra y ahora los hombres y jóvenes tienen que salir a las ciudades, tienen que migrar, pues existen pocas fuentes de trabajo en el campo y la escasez de tie-

rra no les permite el autoabastecimiento. Existe mucha pobreza reflejada en los indicadores más sensibles: los niños, con altas tasas de desnutrición y dueños de múltiples enfermedades. Desde hace algunos años, las comunidades están organizadas jurídicamente en cabildos; esta unión ha hecho posible la consecución de algunas mejoras para todos como son la electrificación, caminos vecinales y otras. Es curioso comprobar que tres de las cinco comunidades disponen de central telefónica, pero carecen de una infraestructura básica como es el agua.

El clima de la zona es seco y frío, con inviernos algo lluviosos y veranos polvorientos, que azotan los páramos incrementando la erosión.

Qué respeto nos causó, tener que forzar la cotidianidad de la sencillez campesina. Teníamos miedo, miedo a interferir, miedo al rechazo y sobre todo miedo a que nuestra investigación saliera mal. Poco a poco fuimos hablando con los líderes de cada comunidad. Aquí nos pudimos dar cuenta del poder increíble que tenemos los médicos. Yo nunca había disfrutado del poder y menos aún de ese inmenso poder de “sanador del cuerpo”, que está tan arraigado en la cultura campesina. Era radical el cambio que se experimentaba en las gentes al momento de saber que el médico había llegado. Inmediatamente comenzaba la socialización, la hospitalidad y las peticiones para la comunidad.

CAPÍTULO III

EL CURA TIENE LA PALABRA

Después de seleccionar la zona teníamos que asegurar que el número de niños preescolares de las comunidades fuera el necesario para el estudio. Como los datos que poseíamos eran indirectos, tuvimos que realizar un censo de la población infantil, casa a casa, y un levantamiento cartográfico de todas las comunidades. En los mapas ubicaríamos las casas para poder repartir adecuadamente el trabajo de las promotoras, que serían las encargadas de administrar el jarabe y el cereal.

Dentro del diseño del estudio existían algunos criterios de exclusión de la muestra, como niños con enfermedades graves, entre otros. Nuestro deber moral era trabajar con todos los niños de la comunidad y esos niños más problemáticos, esos niños cuyos datos no participarían en el análisis final de la investigación, eran precisamente los que necesitaban más ayuda. Aceptamos a todos los niños que quisieron participar, incluyendo desnutridos graves, prematuros, afectados por enfermedades como cardiopatías¹⁵ o por hipotiroidismo congénito¹⁶.

Aprovechamos el censo para hacer una primera promoción del proyecto y sopesar las actitudes de rechazo o colaboración de las comunidades. El hecho de que desconocidos fueran por las casas preguntando los nombres, las edades de los niños y tomaran el peso y la talla de los mismos, puso en marcha una serie de rumores de lo más variado e inverosímil. Por ejemplo, que íbamos a secuestrar a los niños y llevarlos a España, que

éramos comunistas y quitaríamos las tierras a los campesinos, o que simplemente el censo era para pagar más impuestos.

Con estos antecedentes, fue muy difícil emprender la promoción. Nos arrepentíamos, ya claudicábamos, antes de comenzar la empresa. La gente nos rechazaba, esa era la verdad. Tenían recelo. Esta situación nos abocó a tomar una serie de medidas que asegurasen la participación de las familias y de la comunidad.

Hicimos un programa de promoción para explicar el proyecto sin ocultar nada de lo que se pretendía. Se explicó que se contrataría a mujeres de la comunidad como promotoras, que irían cada día, a las casas, en la mañana, a repartir un “jarabe de alimento” o un cereal. Que tres veces en el año, con intervalos de seis meses, se harían exámenes de sangre a los niños y encuestas sobre la alimentación de la familia. Que cada mes se efectuaría el control del niño. Que trabajaríamos con el personal de los subcentros de salud. Que existiría un compromiso moral de parte y parte en el cumplimiento de todo lo pactado. La participación en el programa sería voluntaria pudiendo marcharse del mismo quien quisiera y en el momento que deseara.

Pero esto no bastaba, la claridad de nuestras intenciones y nuestra permanencia en el campo tenía que estar cimentada en una propuesta concreta de apoyo a la comunidad. Partiendo de las necesidades reales de las comunidades, diseñamos un programa de desarrollo comunitario, paralelo al de investigación, con componentes como: atención de salud permanente, talleres educativos para las madres y apoyo en obras de infraestructura prioritarias para las comunidades. Fue muy gratificante contar

con la total apertura y colaboración de la dirección del proyecto a esa nueva dimensión de trabajo que se abría ante nosotros, y que en gran manera daba un nuevo sentido a la investigación.

No obstante, era de mucho interés para nosotros detectar los niveles de colaboración de las madres de familia en lo referente a la extracción de sangre, que nos parecía el punto más álgido de todo el proyecto. La sangre para el campesino representa algo fundamental, es un bien escaso y muy necesario para el equilibrio del cuerpo, el que pierde su sangre, pierde en parte la vida. Esto nos llevó a pensar en compensar de alguna manera la participación de los niños en los controles de sangre, donando en los tres grandes controles, una canasta de alimentos a la familia, por la colaboración de cada niño al proyecto.

Se mantuvo entrevistas con líderes y se llevó a cabo asambleas en todas las comunidades para exponer el proyecto y sondear el grado de colaboración. En general estaban muy contentos, aceptaron todos los ofrecimientos, pero de nuevo la extracción de sangre produjo problemas. Algunos decían que sacaríamos la sangre a los niños para venderla en el extranjero, otros que los niños podrían morir.

Fue entonces cuando nos acordamos del cura párroco. Una de las personas que tiene más ascendiente sobre el campesino, es el “padrecito”. Las raíces religiosas de los campesinos son muy profundas, la religión forma parte de sus vidas y tienen en gran estima el criterio de la Iglesia, en este caso del “padre” de la zona. Nosotros fuimos directamente al padre, expusimos el proyecto y pedimos su colaboración para promocionar el estudio. Después

de su aceptación, asistimos a muchas misas donde explicábamos y el cura ratificaba las bondades del programa. Una y otra vez el sacerdote reiteraba la inocuidad del examen de sangre y hasta se comprometió a ser el primero en sacarse sangre. Esto fue la mejor promoción que pudimos hacer, las familias reticentes se convencieron con las prédicas del “padrecito”. Y efectivamente, él fue la primera persona en extraerse sangre para los análisis.

CAPÍTULO IV

LAS PROMOTORAS DE SALUD

En las asambleas de las comunidades se seleccionaron las candidatas para trabajar en el proyecto. Las preferíamos solteras, para que su dedicación al trabajo fuese permanente y exclusiva, aunque después comprobamos que las personas con cargas familiares, podían trabajar tan bien o mejor que las solteras. Un requisito que tuvimos como imprescindible fue la terminación de los estudios de primaria, para garantizar un buen aprendizaje y un óptimo registro de la información.

En ese momento ya contábamos con una oficina en la capital de provincia, que sería la sede del proyecto y donde se realizarían todas las actividades del mismo, como capacitación, reuniones mensuales y otras actividades del equipo de salud. Pedimos las carpetas a las candidatas y en el momento de su recepción les hicimos una entrevista y les convocamos a un curso de formación, que también serviría para la selección definitiva del personal.

Al curso asistieron veintiseis mujeres y fueron escogidas quince, más tarde se convertirían en diecisiete.

Nunca habían realizado una actividad parecida. La mayoría había trabajado en la hacienda o en el servicio doméstico; otro grupo, el más pequeño, dos personas, eran bachilleres; algunas tenían curso de corte y confección; otras eran líderes de la comunidad desde hacía años; pero otras, acababan de salir de la escuela y no sabían lo que significaba un trabajo con la comunidad.

Algo que todas tenían en común era el vivir en el campo y

conocer los problemas con que se enfrentaban los campesinos: escasez de tierras, falta de trabajo, alto costo de la vida, enfermedades, trabajo permanente en la casa, carencia de servicios, etc. Entre el grupo de mujeres existía las que tenían una posición económicamente cómoda, y que querían trabajar en un proyecto comunitario para mantener su “status” dentro de la comunidad, y las que veían esta posibilidad de trabajo como el único recurso para sobrevivir.

Sencillas y algo tímidas, la mayoría eran jóvenes, de edades entre los quince y cuarenta años. Vestían en forma muy variada; las jovencitas y las más instruidas con ropa completamente al estilo occidental, pantalones de colores vivos, zapatillas deportivas o faldas rectas, medias y zapatos de tacón. Las casadas y las mayores usaban falda ancha, blusa y chalina, siempre con sombrero, incluso en la ciudad. Eso sí, todas con el pelo largo lacio en trenzas o suelto y adornadas con grandes lazos, a la moda del momento.

Desde que empezó el curso, comenzaron los juegos y las dinámicas de grupo, para distender el ambiente. Se sentaban juntas, reunidas por comunidad; esto siempre ocurrió, hasta el final del proyecto, aunque hubo acercamientos entre compañeras de distintas comunidades. El curso fue duro, muy intenso para ellas. Al poco tiempo nos dimos cuenta que había dos grupos perfectamente diferenciados, por un lado las jóvenes solteras que habían avanzado más en los estudios, y por otro las casadas, que hacía años que habían terminado la escuela primaria y tuvieron que actualizarse en todo.

Un proyecto de investigación de las características del que

íbamos a emprender, precisaba un registro de datos perfecto. Con un buen número de candidatas tuvimos dificultad en el aprendizaje, sobre todo en lo que se refiere al manejo de los formularios donde se recogería la información de cada niño. Lo que todas demostraron fue una destreza especial en los ejercicios prácticos y en memorizar las rutinas de trabajo.

Cada día se terminaba con alguna dramatización de lo aprendido, era extraordinario ver la creatividad y espontaneidad con que exponían los sociodramas. Era la hora en que se producía la relajación de todo el grupo; con risas y alegría asistíamos a las representaciones.

Durante la comida, nos colocábamos a ambos lados, en una mesa larga. Incluso aquí, se ubicaban por comunidad. Los momentos de las comidas fueron un tiempo de encuentro y amistad entre todos. En esos días y especialmente en esos espacios de tiempo, se produjo nuestro acercamiento a cada promotora. Dentro del grupo había madres con niños lactantes, cuidados por hijas más grandes o hermanas que se quedaban con los niños mientras sus madres asistían a la capacitación. Era en el almuerzo cuando todos estábamos juntos, cuando se oía la risa y el llanto de los chiquitos, la alegría de los niños mayores por comer tan rico, cuando la charla entre las mujeres era más amena, contando sus impresiones y la sencillez de sus vidas; cuando se perdían las jerarquías y éramos simplemente compañeros compartiendo un rato de camaradería.

Poco a poco, se fueron conociendo las expectativas de las mujeres. Lo que les interesó desde un principio fue el salario que

percibirían, uno de los puntos que primero se aclaró en el curso. Ganarían un cincuenta por ciento más, del salario mínimo vital, lo que resultaba un sueldo muy atractivo, si se comparaba con el trabajo de la hacienda en el que ganaban menos del básico y trabajaban el doble de lo que se esperaba que trabajasen en esta ocupación. Eso para ellas era muy importante.

En corto tiempo, se fue abriendo otra expectativa, nacida de la reflexión del grupo, que era la del trabajo por el bien de la comunidad. Decían que aparte de la satisfacción personal y el descubrimiento del trabajo como servicio, habría un reconocimiento y un respeto de todos los comuneros, que se convertiría en un mayor prestigio personal.

Eso lo veríamos más adelante cuando ya avanzado el estudio, las promotoras se transformaron en personas importantes dentro de su comunidad, su opinión se tenía en cuenta para todo, esto hizo que muchas empezaran a ganar en autoestima, cambiando de personas tímidas y sumisas a verdaderos líderes. También es verdad que algunas promotoras no cambiaron en absoluto, por el contrario, al poco tiempo de estar trabajando, se estropearon totalmente, volviéndose presumidas, exigentes y poco delicadas con los niños y las familias y, lo más preocupante para nosotros, empezaron a mentir en la información recolectada. Esta situación la detectamos a través de las visitas de control de calidad de las mediciones, afortunadamente solo fueron dos casos que resolvimos inmediatamente, despidiéndolas del trabajo. Pero, en general, la mayoría fue descubriendo lo gratificante que resulta hacer un trabajo por la comunidad. Tuvieron siempre el ejemplo

de algunas veteranas, que hacía años que luchaban por los suyos.

La semana del curso se hizo interminable. Fueron tantas las actividades, los ensayos, las pruebas, que realmente no tuvimos un momento de descanso. Lo más agotador fue meterme en ese otro mundo, en esa otra visión de las cosas; de alguna manera este fue el primer contacto serio, con las categorías de otra cultura. Sobre la marcha tuvimos que modificar muchas actividades y muchos conceptos que necesariamente fuimos adaptando a la forma de pensar y de actuar del campesino. Aquí empezó el cambio, aquí nació la tolerancia y en la práctica fuimos adaptando el proyecto a la realidad del campo.

Explorábamos con ellas sobre los problemas que se podrían presentar en el campo. Nos decían: “Las madres no quieren en sus casas a gentes desconocidas, tienen vergüenza de la pobreza. No han de querer, no dejarán pesar a los niños, han de llorar harto...” -exclamaban- Así continuábamos hablando unos y otros. “Poco a poco irán entendiendo” -opinaba una mujer líder de su comunidad-. Analizando las posibles dificultades, con la experiencia de todos, fuimos diseñando las tácticas para conseguir el apoyo de las madres.

El curso de capacitación llegaba a su fin. Sabíamos que para todos sería muy difícil la selección, no necesitábamos hacer una prueba para saber qué personas eran aptas para el trabajo; durante la semana tuvimos tiempo suficiente para darnos cuenta de quién laboraría bien, pero el examen que se hizo el último día, suavizó nuestra elección. El examen fue el instrumento que hizo la selección final, a los ojos de las promotoras, sacudiéndonos de

esa incómoda posición de juez supremo.

Durante los últimos días hubo coimas en forma de regalos, servilismo desmedido y hasta tráfico de influencias. En las tardes, cuando ya se habían marchado las promotoras, llegaban los regalos, las papas, los cuyes y las gallinas. Quisimos devolverlos pero no aceptaron, ahí quedaron como prueba de las costumbres de un pueblo oprimido. Hasta nosotros llegaron noticias de que el presidente de una comunidad apoyaría el proyecto, si su hija era elegida como promotora. Otras personas se mostraron en exceso serviles, como seguramente harían con los patrones de la hacienda, barrían el piso, limpiaban todo, se lavaban las manos una y otra vez, recalcando las enseñanzas recibidas, en forma ostentosa. Por encima de todas estas circunstancias, fuimos justos, hicimos caso omiso de estas situaciones. La hija del presidente de una comunidad resultó elegida no por las palabras del padre, sino porque era una de las mejores del grupo; la mujer que nos regaló el quintal de papas desgraciadamente no fue elegida porque ni siquiera sabía escribir bien su nombre. Fue la hora de los llantos y las decepciones, un momento difícil para nosotros. Salvo dos o tres personas, el resto era perfectamente apto para el trabajo. Fue una experiencia que siempre nos dejó un regusto amargo. ¡Cómo hubiésemos querido contratar a todas esas mujeres!

El lunes siguiente comenzamos la prueba piloto¹⁷, la segunda fase de la capacitación, antes de comenzar el primer gran control.

CAPÍTULO V

LO QUE SIGNIFICA EL TRABAJO DE EQUIPO

Para realizar a cabalidad la investigación, teníamos que conformar un equipo de trabajo donde permanentemente coordináramos acciones. El equipo de campo incluyó al grupo de salud, los médicos que organizaríamos todo el trabajo en las comunidades y las promotoras, que estarían diariamente en contacto con los niños. También existían otros grupos de trabajo, el personal de los dos subcentros de salud, que ayudarían mensualmente en los controles a los niños, uno ubicado en la parroquia, para las comunidades de Santa Cruz, San Bernardo y Santa María, y el otro en el subcentro de San Pablo Alto, que atendería también a San Pedro de Arriba. El equipo de bioquímica con dos tecnólogas de laboratorio, y el de consumo, con cinco nutricionistas, trabajarían con nosotros tres veces al año. Sin olvidar al chofer del proyecto que sería un miembro más del equipo de coordinación y una ayuda eficaz y entrañable para todos. Hombre que supo desempeñar diferentes actividades, desde auxiliar de enfermería, dentista, recadero, mecánico y cocinero, entre otros oficios. En total el grupo era de treinta y tres personas, pero en contacto diario éramos las diecisiete promotoras y los cuatro integrantes del equipo de salud, incluyendo al chofer.

El equipo de campo lo quisimos constituir como un verdadero grupo de trabajo en el cual, a partir de los objetivos del proyecto, todos supiéramos desempeñar correctamente nuestro papel, para lograr las metas finales: por un lado hacer correctamen-

te la investigación y por otro servir eficazmente a la comunidad.

La significación del trabajo de equipo la fuimos experimentando en el trabajo diario. Partiendo de una coordinación democrática, no autoritaria y sobre la base de la sistematización de las acciones que teníamos que cumplir, a través de cronogramas de trabajo rígidos, debido a las exigencias de la investigación, modelamos un estilo de trabajo que fue desembocando en una integración real de todas las funciones que teníamos que desempeñar. Esta metodología de trabajo estaba basada en una serie de premisas, que puedo objetivar ahora, pero que en la práctica se fueron desarrollando en el proceso del trabajo. Algunas de las características que sirvieron para conformar un grupo eficaz fueron las siguientes: respeto mutuo, responsabilidad, honestidad, comunicación permanente, complementación de acciones y un cierto grado de autonomía, que permitió flexibilizar las tareas y adaptar otras nuevas, abriendo paso a la creatividad.

Cuando a una promotora se le presentaba un problema, en un principio siempre nos pedía ayuda, no actuaban por sí solas; al pasar el tiempo fueron dándose cuenta de que el tomar decisiones por ellas mismas podía mejorar una situación difícil, como salir a la ciudad con un enfermo grave, tomar la decisión de acompañar a alguna madre a la capital con un niño enfermo y en su ausencia reasumir el trabajo entre todas. Este tipo de cosas, que fueron permitiendo la autogestión y la creatividad, contaron con nuestro apoyo. Fue un proceso largo, las compañeras se fueron ganando nuestra confianza, cuando comprobamos que efectivamente se podía confiar en ellas y, por el contrario,

ellas pudieron tener iniciativa al ver en nosotros una ausencia de espíritu autoritario, una comunicación franca y permanente que posibilitó la libertad de expresión y la libre opinión sobre cualquier materia. Todo ello hizo que poco a poco consiguiéramos un trabajo absolutamente complementario, que nos permitió una coordinación y colaboración horizontal, no impositiva, y una responsabilidad compartida y solidaria sobre los resultados del estudio. Se logró un verdadero espíritu de grupo.

Fue una nueva experiencia para todos, pues todos estábamos acostumbrados a la dirección jerárquica, vertical, que impone distancias y que no favorece las relaciones interpersonales. En cambio este otro tipo de trabajo, con la participación activa de todos los miembros del grupo, aseguró que se cumplieran los objetivos propuestos. También jugaron un papel importante el diseño y planificación de las actividades, la formación técnica del grupo, la disponibilidad de recursos como transporte y materiales, y algo muy importante, lo que se refiere al estímulo personal, a través de una buena remuneración que garantizó que el trabajo se cumpliera adecuadamente.

Antes de iniciar el proyecto probamos los instrumentos de trabajo y lo aprendido en el curso de capacitación, a la realidad del campo. Realizamos la prueba piloto, para intentar ajustar todos los errores y corregir las actividades y materiales que se iban a emplear. Se empezó por hacer los recorridos hasta las casas de los niños, normatizar la hora en que tenían que levantarse las promotoras para avanzar a todas las casas asignadas y solventar todas las eventualidades que se fueran presentando. La famosa

“prueba del piloto” como la llamó la promotora de San Bernardo, permitió a todos, también al equipo de salud, probar la logística de operación¹⁸. Por otro lado, sirvió para que las madres y los niños se adaptaran, poco a poco, a esa invasión de su intimidad, que desde entonces fue la presencia diaria de la promotora en la casa, a la hora del desayuno.

La prueba piloto duró un mes y organizó a todas las promotoras en su trabajo. Mientras tanto seguíamos preparando el gran control, el primer examen a todos los niños, que sería el arranque del estudio. Teníamos casi todo listo, solo faltaba preparar las canastas de alimentos para entregar a las familias. En esa tarea pudimos probar por primera vez la eficacia del trabajo de equipo.

Compramos los alimentos en una tienda de abarrotes y en un molino de la ciudad, al por mayor, pues teníamos que hacer fundas individuales para doscientas cincuenta familias. Adquirimos todo lo necesario para confeccionar las canastas: arroz, azúcar, atados de panela, harina de haba, harina de plátano, arroz de cebada, máchica, aceite, fósforos, hasta diecisiete productos que formarían parte de la canasta y que pesaban aproximadamente unos quince kilos. En dos mañanas, entre todo el grupo hicimos las canastas, unos abriendo los costales, otros pesando los productos. Se pesaba, se enfundaba, se contaba y se supervisaba para que no faltara ningún producto. Si algún extraño entraba en la oficina, podía ver un gran desorden, pero cada cual, sabía perfectamente su tarea. Se optimizó el tiempo y los recursos, diversificando las actividades. Toda la oficina quedó inundada de enormes fundas plásticas, conteniendo los alimentos. La casa siguió oliendo a

molino, mucho tiempo después de terminado el reparto.

Era la última tarea. Ya estaba todo dispuesto, ya estábamos preparados para empezar el estudio.

CAPÍTULO VI

EL LLANTO DE UN NIÑO

Llegamos temprano a San Pedro de Arriba; las promotoras esperaban en la casa comunal. ¡Hoy era el gran día! Se sacaría la sangre a los niños. Si superábamos esta prueba, el proyecto podría continuar. Habíamos escogido como primera comunidad a San Pedro de Arriba, por ser pequeña y sobre todo por la confianza que la gente depositaba en sus promotoras. Si aquí salía todo bien, podríamos replicar el control en las cuatro comunidades restantes. Era el momento más difícil y el verdadero inicio del proyecto.

Todo el equipo estaba tenso. Sería un día muy largo. Empezamos a sacar los materiales de los carros, por un lado el laboratorio portátil: centrífuga¹⁹, tubos para el suero, jeringuillas, entre otros; todo el sistema de información: ficha clínica para cada niño, formularios de antropometría y bioquímica, material de escritorio; y por otro lado, los instrumentos de medida, balanza y tallímetro. En el carro grande venían las canastas de alimentos para cada familia. Hubo mucha discusión en torno a este regalo, era un gesto evidente de paternalismo, pero necesario, si queríamos hacer la investigación, si pensábamos permanecer mucho tiempo en el campo; al final decidimos que era la mejor manera de compensar a las familias.

La dinámica del control sería la siguiente: se comenzaría tomando las medidas antropométricas de los niños, peso y talla, un médico del equipo y una promotora serían los encargados de estas

medidas. Este era el componente de partida, el que confirmaría o denegaría la hipótesis, por lo tanto teníamos que asegurarnos de tomarlo lo más correctamente posible y sin errores derivados del llanto o los movimientos de los niños. Por esa razón era el primer registro que se hacía. El niño, acompañado de su madre, era despojado de las prendas más pesadas y embutido en un calzón de un plástico resistente, la promotora le cogía y le colocaba en una balanza suspendida en el techo. El niño al verse con los pies colgando, la mayoría de las veces se ponía a llorar. ¡Cualquiera lloraría si le exponen al frío y le cuelgan de un artefacto!

Después venía la secuencia de la talla. A los niños menores de dos años se les tomaba la talla, acostados, y a los mayores la talla, en posición de pie. El instrumento era un tallímetro de madera, una tabla plana, con un cabezal en ángulo recto y al otro extremo una plataforma móvil que se adaptaba con precisión a las medidas de cada niño, reflejada en una cinta métrica a lo largo del aparato. Para tomar la medida correctamente, se efectuaba todo un ritual con un procedimiento técnico muy preciso. Pero, desde el punto de vista del niño, resultaba una agresión, desde el hecho de deshacer el peinado a las niñas que tenían moños altos, cogidos con vinchas, hasta el tener que permanecer en posición recta, cogido la cabeza, el abdomen y las rodillas por tres personas. En muchos casos se producía el llanto y había que repetir la medición hasta tres y cuatro veces. Como sabíamos esta eventualidad, utilizábamos la estrategia del “chupete”, dar un caramelo con palito, al niño para que no llorase en las mediciones, indicando a la madre que se lo guarde hasta salir del

examen médico. Método en verdad persuasivo, que nos ahorró mucho tiempo.

A continuación, los niños pasaban al examen clínico. Uno de los doctores del equipo, le habría una historia clínica a cada niño, con los datos más importantes, y le hacía un control rutinario por aparatos y sistemas. Si el médico encontraba alguna patología le recetaba los medicamentos necesarios, que teníamos a disposición en nuestro botiquín.

De ahí se pasaba a la prueba que considerábamos más difícil, el examen de sangre. Un doctor y una enfermera hacían la extracción de sangre, por goteo, método menos agresivo para los niños, ante la mirada aterrorizada, en la mayoría de casos, de las madres. Los niños en este punto estaban irritables y con hambre pues no habían desayunado, pero sorprendentemente no fue tan dramático como pensábamos. Estaban cansados. Al acabar toda la batería de mediciones, pasaban a servirse el desayuno. Llegado a este punto era un alivio para todos. La madre les acompañaba, arrastrando feliz su bolsa de alimentos, que le entregaban cuando concluían todos los controles.

Quedaba por realizar el examen bioquímico “in situ”, para detectar la existencia de anemia y dar el tratamiento correspondiente. También se hacía el alicuotaje²⁰ de los sueros y se congelaban en hielo seco, para enviarlos a laboratorios especializados, donde se concluirían los análisis más complejos.

Era todo un proceso muy sistematizado, planificado de tal manera que fuera posible registrar, con gran precisión, todos y cada uno de los datos referentes al niño.

Hubo muchas anécdotas, madres que se arrepintieron en ese momento de pertenecer al programa o por el contrario, madres que al ver la bolsa de alimentos ingresaron apresuradamente al mismo. Otras insistían en que nos llevaríamos la sangre para venderla y hasta aquella que aseveraba “que su hijo se había espantado desde la sacada de sangre, que no comía y estaba se-cándose, solo se mejoró cuando hasta le llevó al curandero para quitarle el espanto”.

Todo el equipo de salud, incluidas las promotoras, vivimos instantes de ansiedad y tensión; era el momento crucial, pero una vez más se impuso la necesidad de la gente, realmente la bolsa de víveres era apetitosa, significaba alimentos para toda la familia, durante un mes. El éxito se debió en gran medida, a la canasta de víveres; pudo más la miseria de los campesinos, que todas las lágrimas de los niños y todas las creencias culturales en torno a la sangre.

En cada una de las comunidades nos acomodamos a los espacios existentes, en algunas utilizamos la escuela o la casa comunal para los controles, nos sentábamos en esas bancas escolares diminutas, y adaptábamos espacios para cada actividad. En San Bernardo fue muy duro, pues hicimos el control en una choza sin puerta y con suelo de tierra, cercana al centro, estuvimos incómodos y pasamos mucho frío.

Al finalizar las mediciones en la quinta comunidad, llegamos al término de este primer gran control, que sirvió de partida al proyecto. Después vendrían dos exámenes más, pero nunca tan

difíciles y tan decisivos como lo fue este.

Terminamos cansados, pero con la alegría de poder continuar el trabajo. Aprendimos a trabajar en equipo, aprendimos a compartir el dolor de los niños y sus madres. Fue el primer acercamiento verdadero a la comunidad. Pudimos ver su angustia y su esperanza. Y por primera vez compartimos la generosidad de la gente que nos ofreció en todas las comunidades una muestra de hospitalidad y de acogida, que hasta ese momento desconocíamos. Después de cada control las madres, junto con las promotoras, nos obsequiaban con un almuerzo a todo el grupo de trabajo, con lo mejor que poseían, con los alimentos rituales guardados para las fiestas. Empezamos a saborear el “cuy asado con papas” y el “caldo de gallina”, que tantas veces comeríamos de la generosidad del campesino, aunque nos consta que ellos escasamente lo disfrutaban, una o dos veces al año.

Este control fue mi primer acercamiento a las familias; recuerdo claramente las caritas de los niños, esas caras relucientes por el baño mañanero que les habían dado sus madres. Llegaban encogidos, con frío, muy bien peinados y con sus mejores ropas, muchos con ropas viejas y gastadas, pero muy limpias: para el día del ingreso al programa. Caritas que trocaban su sonrisa tímida en mirada de terror, que cambiaban su gesto alegre por el llanto y la confusión. Esas caras que con el tiempo se harían tan familiares y tan queridas por nosotros.

Esas niñas de siete u ocho años cargando a la espalda a su hermanito tierno, como juguete, llegaban con una amplia sonrisa que dejaba ver sus dientes negros y cariados. Pequeñas

presumidas con aretes plásticos de colores y chalina con flecos, se escondían tímidas bajo sus sombreros por miedo a recibir el mismo “trato” que sus niños.

Y las madres, con su falda ancha, la chalina cruzada delante y el hijo abrigado en el calor de su cuerpo, sus zapatos de goma sin medias y el inevitable sombrero. Esas madres de mirada recelosa y turbada, en una lucha permanente por acceder al programa. Que asistieron impotentes a nuestro ritual de mediciones, que vieron cómo sus hijos lloraban y sacudían las piernas al intentar medirles. Las vimos sudar, serias y cohibidas para intentar acallar el llanto de sus hijos, y también asistimos a sus lágrimas calladas, a su queja estéril, cuando veían, con ojos espantados, cómo sacábamos la sangre de sus niños. Les calmaban dándoles el pecho, mientras, mirando al tubo donde se recolectaba la sangre, decían: “¿no será ya suficiente...?”. Estas madres, que después serían nuestras confidentes, nuestras amigas y que con el tiempo creerían plenamente en nosotros.

CAPÍTULO VII

SEÑORA, QUÉ VA A HACER HOY DE COMER

Qué complicado resulta recoger información, sobre distintos temas, de un grupo grande de población. Aparte de los datos del niño teníamos que recoger datos de la familia. Un cuestionario con la información de las condiciones socioeconómicas que recabaríamos poco a poco, en el transcurso de los primeros meses, en visitas a las casas, pues nos interesaba constatar aspectos como condiciones de las viviendas e infraestructura sanitaria y, una información importante, que nos proporcionaría datos sobre la cantidad y calidad de alimentos que comían los niños, era la referente al consumo diario de alimentos.

El proyecto contó con los servicios de un grupo de nutricionistas, que visitaron las casas y registraron los datos referentes al consumo de alimentos por el niño y la familia. Era necesario una buena promoción por parte de las promotoras, ya que a nadie le gusta que un extraño se entrometa en la intimidad de su casa y vea la pobreza de sus comidas. Al recoger esa información era muy posible que hubiese un sesgo²¹ en la misma, ya que las madres tratarían, en ese día, de comer un poco mejor que otras veces. Por esa circunstancia fue tan importante la explicación y motivación de cada madre, para su participación en la encuesta sin cambiar los hábitos de alimentación cotidianos.

El procedimiento para la realización de la encuesta consistía en pesar todos los alimentos que iban a comer ese día, en crudo antes de hacer las preparaciones, y verificar que, efectivamente, se

comiera todo lo cuantificado. En definitiva consistía en pasar un día en casa de cada familia y observar sus prácticas alimentarias.

Las madres se mostraron siempre recelosas y rara vez hicieron pasar a la nutricionista al interior de la casa; por el contrario, sacaban los alimentos al patio para su peso. Las nutricionistas se tuvieron que valer de tácticas de acercamiento y persuasión para ganarse la confianza de las madres.

La profesionalidad y experiencia de las nutricionistas en trabajos similares, garantizaron la difícil tarea de la recolección de los datos.

CAPÍTULO VIII

MAMITA ESTÁ EN LA HACIENDA

Doña Mercedes es una promotora de la zona cereal, de San Pedro de Arriba, ella es una persona muy respetada en la comunidad y desde el comienzo del programa las madres han aceptado su presencia con consideración y respeto. Tiene a su cargo quince niños, les da el cereal cada día, haciendo el recorrido por toda la comunidad. Camina todos los días cinco o seis kilómetros. Como el cereal se tiene que cocinar, se levanta muy temprano. Esto no es un problema para ella, está acostumbrada. El campesino empieza muy temprano su jornada de trabajo. Doña Mercedes, antes de comenzar con los preparativos para cocinar el cereal, se da tiempo de sacar a sus animales y amarrarlos en la chacra, y realizar algunas tareas en la casa.

Cada promotora tiene un espacio en su casa para los materiales del programa; incluso a las personas que no tenían cocineta a gas, les proporcionamos una, para facilitar la tarea de preparación del cereal, una colada a base de leche y harina de trigo. En un rincón de su cocina tiene doña Mercedes todo lo del programa. Un anaquel con varios espacios, hecho por su marido carpintero, se ve repleto de ollas, vasos, jarras y útiles de aseo. En una silla descansa la mochila donde están las carpetas de los niños y la balanza digital, para el peso del cereal. Una pequeña mesa de madera sin pulir, cubierta con un mantel plástico, sostiene la caja térmica donde transporta los vasos con la colada.

A las cuatro y media de la mañana prepara el cereal y cuan-

do está listo lo va repartiendo en pequeños vasos plásticos con tapa, correspondientes a una ración; esos vasos les introducen en otros aislantes, de espuma flex, para que guarden el calor, y todo ello dentro de la caja térmica forrada de espuma flex y papel de aluminio. ¡La colada tiene que llegar caliente hasta la última casa! Se pone el mandil celeste, arregla la mochila y se la carga a la espalda. Coge un palo para espantar a los perros y sale de la casa. La mayoría de las veces se envuelve en una chalina, pues el frío “pega duro” en las mañanas cerca del nevado. Muchas veces tiene que usar la linterna en las primeras casas, pues aún no aclara el día. Los niños se han acostumbrado tanto al cereal que esperan con ansia ver llegar a doña Mercedes, a veces sentados en la puerta de la casa.

“Buenos días mamita. Buenos días, señora Blanca. ¿Cómo han amanecido?” -dice doña Mercedes, al llegar a una casa- “Buenos días, señora Mercedes. ¡Que frío!” -contesta la madre-.

“¿Dónde anda el Diego Vinicio?” -prosigue, doña Mercedes, disponiéndose a realizar su trabajo- La niña Olimpia Mercedes, se coloca al lado de la promotora.

“Días, ña Mercedes” -dice una voz soñolienta, saliendo del cuarto- “Diga buenos días, mijito” -le reprende la madre, que vuelve de detrás de la casa, con una lavacara conteniendo agua-.

“¿Cómo está la salud de los guaguas?” -replica Mercedes, siguiendo su metodología de trabajo-.

“Pos el Diego ha amanecido con la tos. Toda la noche ha pasado con una tos fea, yo le hice agua de borraja, y le di. La

Olimpia tá bien, ya se curó de la “holanda” -cuenta la madre, quien ya ha acercado una silla a doña Mercedes-. Toda esta escena se desarrolla en el patio; incluso doña Mercedes que es tan apreciada, tiene que hacer la mayor parte de su trabajo en el patio, son pocas las madres que le permiten entrar en la casa, y ella incluso prefiere que sea afuera para poder ver mejor.

La madre también sabe la rutina y corre a ofrecerle el agua para lavarse las manos. Después de secarse, anota en la carpeta el estado de salud de los niños, saca la balanza y la encera. Coge dos vasos de la caja térmica y, quitándoles la tapa, pesa y anota, da uno a la niña y el otro empieza a darle ella misma, al niño. Con el paso del tiempo los niños se sientan en la falda de Mercedes, los mayorcitos en cambio prefieren comer solos, bajo la supervisión de la promotora. Cuando terminan, si ha sobrado, lo que ocurre rara vez, vuelve a pesar los vasos. Cada quince días pesa a los niños, en la casa. La mayoría de las veces colgando la balanza en un travesaño de la puerta.

Doña Mercedes se despide de la madre y los niños haciendo una serie de recomendaciones:

“Señora Blanca, si el Diego Vinicio se pone peor, me avisan en la casa. Yo he de llamar al doctor. Le sigue dando la agüita de remedio y una aspirinita infantil si le da calentura” -dice, mientras va recogiendo todos los utensilios-. En caso de que el niño esté muy enfermo, la promotora llama por teléfono a la oficina, si es que el equipo de salud no llega antes, para realizar el control de calidad.

“Vaya usted con Dios. Hasta mañana. Dios se lo pague” -dice

la madre, que sostiene al perro que comienza a ladrar-. Mercedes se encamina diligente hacía otra casa. Termina su recorrido a las nueve de la mañana. En total, cuatro a cinco horas de trabajo, claro que no falta el niño enfermo, la reunión con las madres o el control mensual, pero de cualquier manera es un trabajo que le permite hacer los quehaceres del campo y permanecer en su propia casa.

En la zona jarabe el trabajo es parecido, pueden empezar un poco más tarde, pues no tiene que coincidir necesariamente con el desayuno. Siempre las promotoras salen temprano para poder preguntar a las madres el estado de salud de los niños, antes de que salgan para la hacienda, a la acequia o al páramo. No tienen que cocinar pero en cambio tienen que hacer un recorrido mayor. Cada promotora se encarga de visitar la casa de veinte a veinticinco niños.

Fabiola se levanta temprano para hacer el recorrido, ella caminará ocho kilómetros diarios. En cada casa administra “el jarabe de alimento”, como le conocen las madres. Cada vez, lava con agua y jabón la cuchara, un tubo plástico graduado con una boca en forma de cucharilla, que permite dar la cantidad exacta y evita que se derrame algunas gotas. Aunque la visita de la promotora es menos atractiva que en la zona cereal, no deja de ser el primer acontecimiento del día para los niños, y su caramelo diario, pues el jarabe tiene un sabor muy agradable.

Ocurre muchas veces, con mayor frecuencia de lo que nosotros esperábamos, que los niños están solos cuando llegan las promotoras; esto ocurre en todas las comunidades. Las madres

trabajan y dejan a los niños solos. Como hemos visto con los niños Rocha, los Guanoluisa o los Caiza. Nosotros no podíamos creer que esos niños pasen todos los días prácticamente solos. Es un milagro que no les ocurra nada, que no padezcan algo más que desnutrición y una que otra enfermedad respiratoria, diarrea o dermatitis.

Las promotoras han ido tomando conciencia de la situación de salud de la comunidad y todos los días efectúan pequeñas acciones de salud, en cada casa que visitan, a través de consejos y recomendaciones que, a fuerza de ser reiterativas, van calando en las aptitudes y costumbres de las madres. Poco a poco, las promotoras se han ido convirtiendo en verdaderas educadoras para la salud.

CAPÍTULO IX

TODOS POR LA COMUNIDAD

El realizar un proyecto de investigación longitudinal²², donde la presencia del equipo investigador, en el campo, se prolongaría por más de un año, implicó analizar las estrategias para que nuestra presencia fuese tolerada y apoyada por toda la comunidad y por otro lado, conseguir la optimización de los recursos que disponíamos. El proyecto de desarrollo comunitario se abrió en dos frentes: educativo, a través de talleres de capacitación para las madres de familia, y operacional, por medio de la realización de obras de infraestructura, con la ayuda de la comunidad, a través de la “minga”, como un mecanismo cultural de trabajo colectivo, que utiliza el campesino ancestralmente; en suma, el proyecto aportaría los materiales y la comunidad el trabajo.

Para decidir democráticamente las obras necesarias en cada comunidad, se convocó a una asamblea con todos los miembros, y acordar así qué trabajo les parecía prioritario. Al mismo tiempo, se nombró un “comité de obras”, compuesto por cuatro personas. Se reglamentaron las normas que tenían que cumplir las comunidades al recibir las ayudas, así como el compromiso del trabajo comunitario. Decidieron hacer la casa comunal en San Bernardo; en Santa Cruz resolvieron construir una casa donde funcionaría la oficina de teléfonos y rehabilitar el centro de salud, que servía de bodega desde hacía muchos años; para Santa María del Rosario acordaron hacer una casa comunal y dispensario médico; en San Pablo Alto se construiría una casa para vivienda del médico

rural y en San Pedro de Arriba un dispensario médico con sala de espera y de reuniones.

Las obras comenzaron tres o cuatro meses después del primer gran control. Se efectuó un estudio previo, por un técnico especializado, para calcular los costos y determinar el presupuesto. Las compras de materiales y las mingas para realizar el trabajo, se fijaron a través de un calendario de actividades. A nosotros nos tocó la ardua tarea de comprar los materiales para las obras y supervisar la entrega de los mismos al “comité de obras” de cada comunidad.

Tuvimos que ir a caleras a comprar bloques, visitar canteras para contratar las cargas de arena y ripio, conseguir hierro y cemento, recorrer carpinterías para comprar madera, negociar con artesanos cerrajeros para que fabricasen las ventanas y puertas de hierro, en fin, una serie de actividades que fuimos aprendiendo sobre la marcha, ya que nunca habíamos realizado un trabajo parecido. Todo esto pidiendo proformas y ofertas a los distintos proveedores, procurando conseguir precios convenientes que se ajustasen al presupuesto.

Si la minga que se iba a efectuar era, por ejemplo, para hacer los cimientos de la casa, comprábamos solo lo necesario para ello, y contratábamos un transporte para trasladar los materiales a la comunidad. El comité los acogía firmando la recepción. Las madres, por lo general, eran las que descargaban los materiales, pues la mayoría de hombres trabajan fuera de la comunidad. Era impresionante ver a esas mujeres quitándose las chalinas, donde sostenían a sus hijos y soportar sobre su espalda el peso de los

quintales de cemento, mientras lo transportaban a un lugar seguro. Las mingas se realizaban los fines de semana, cuando llegaban los hombres a la comunidad. Nosotros asistimos a algunas, se trabajaba por igual, hombres y mujeres, y creo que en este caso, las mujeres se lo tomaron más en serio, pues veían las obras como una conquista de ellas. Fue muy bonito compartir con la gente la satisfacción de colaborar en una obra realizada por todos. El hacer algo con nuestras propias manos, supone que lo tendremos en más aprecio y lo cuidaremos mejor.

Todas las comunidades llevaron un ritmo similar en las construcciones, se tardó aproximadamente diez meses en la construcción de todas las obras. En todo momento, mantuvimos una supervisión cuidadosa, de parte del proyecto, en la comprobación del fin dado a los materiales y el cumplimiento de las fechas para las mingas; en fin, para nosotros fue un trabajo adicional duro y esclarecedor de lo que es el paternalismo. Nos fuimos dando cuenta de que nosotros prácticamente les dábamos todo e igualmente teníamos que empujarles en la realización de las mingas. Seguro que no sucederá así, cuando se trata de algo que realmente se gestiona y crece desde los mismos campesinos.

Por fin terminaron las obras y llegaron las inauguraciones. Las comunidades se volcaron generosamente con el “programa de salud”. Prepararon fiestas y agasajos, bailes y desfiles. Asistimos a misas de inauguración y discursos de agradecimientos, entregas de placas conmemorativas y comidas especiales. Y por encima de todo, trago, mucho trago. Fue un tiempo inestable, pues durante mes y medio tuvimos fiestas, todos los fines de se-

mana. Entre tanto, nos perseguía el “chuchaqui” hasta mediados de semana, para comenzar de nuevo, con otra fiesta, el siguiente fin de semana. Fue una prueba de resistencia, pues las madres no nos dejaban marchar de la comunidad, hasta que nos veían bien “bebidos”. Esa actitud, en el campo, es una prueba de amistad y aprecio, que contrastaba con el miedo que tuvimos de entrar en las comunidades al principio del estudio. Realmente nos ganamos la confianza de los campesinos.

Conocimos la exacta dimensión del alcohol en las comunidades, (habitualmente se bebe todos los fines de semana) y asistimos al verdadero daño que causa la bebida en los campesinos. Una madre nos contaba: “Mas antes había chicha y se chumaban con chicha. Ahora hay trago y más que cueste se chuman igual. Los chumados al caer se golpean, hasta se mueren. El trago daña la fiesta, se termina en peleas. Nosotros hablamos al marido cuando esta chumado y él no puede soportar las iras, entonces pegan, patean. Tomando, tomando, pasan así, sin tener ni para comprar la semana. De repente, las mujeres beben igual que los hombres, eso es más triste, abandonan a los guaguas, a la casa, a todo...”

CAPÍTULO X

EL GRUPO DE MADRES

Dentro de la organización de la comunidad existen, aparte del cabildo, otras asociaciones que se reúnen con fines muy concretos, como la “junta del agua potable”, la “asociación de padres de familia” de la escuela, y vinculada a la salud está el “club de madres”, que nació con el programa de reparto de leche avena para niños desnutridos y embarazadas.

En muchas comunidades campesinas del país han penetrado, en estos últimos años, diversas organizaciones, con fines distintos como son: asistenciales, políticos, religiosos, de desarrollo, etc.; y con tácticas, asimismo, diferentes como fomentar el paternalismo, el clientelismo político, la división de la comunidad o, por el contrario, propiciar la concienciación y la autogestión de los campesinos.

En nuestras comunidades y en torno a las mujeres se han realizado algunos proyectos como reparto de víveres y educación en nutrición y salud, cursos de corte y confección, y la creación de huertos familiares. Todo esto ha posibilitado la aparición de mujeres que lideren estas asociaciones.

Nuestro proyecto quiso reforzar la capacitación de las mujeres, para lo cual planificamos una serie de talleres de salud. Empezamos dando un taller de derechos humanos para centrar el tema del derecho a la salud, después, desarrollamos los temas que ellas nos iban pidiendo como: conocimiento del cuerpo, diarreas, enfermedades respiratorias, planificación familiar,

enfermedades de la piel, entre otros. Siempre se programaban los talleres en las horas que las mujeres decidían, generalmente a partir de las cinco o seis de la tarde o en los fines de semana; esto suponía para nosotros un sacrificio adicional, pero una vez fijada la fecha cumplíamos a cabalidad. Solo en ocasión de lluvia intensa o un compromiso ineludible, suspendíamos la charla, avisando previamente.

Por lo que se refiere a las madres, en general eran flojas a la hora de acudir al taller y en muchas ocasiones sucumbían al sueño, por lo que teníamos que procurar mantener la atención, con temas amenos, en medio del griterío de niños y los ladridos de los perros. En muchas ocasiones convocábamos y acudían solo tres o cuatro madres, por lo que decidíamos suspender el taller. En la evaluación de nuestro trabajo concluimos que era más bien una imposición de nosotros, el querer enseñarles una serie de conocimientos sobre salud, más que un verdadero anhelo de las madres, pues ellas no veían la salud como algo prioritario. El adentrarse en el conocimiento de su realidad como campesinos y los cambios de actitudes y comportamientos que esto trae consigo, son producto de un proceso de toma de conciencia, madurado durante muchos años. Pero dentro de esas vidas duras, llenas de trabajo, era difícil interiorizar algo tan importante, en tan poco tiempo, y en consecuencia nunca les llegó a interesar por completo los temas que expusimos en los talleres: eran demasiado teóricos para ellas.

Más adelante nació la necesidad de organizar un curso de corte y confección, a petición de las madres, ya que esta es una

actividad que pueden aplicar concretamente en sus vidas. La elección en base a sus verdaderas necesidades y gustos, marcó la diferencia. Los cursos de corte y confección fueron un verdadero éxito, tanto de asistencia como de constancia. Se consiguieron profesoras para cada comunidad; los cursos tenían lugar los fines de semana. Fue muy placentero ver cómo, incluso jóvenes varones, se inscribieron al curso y aprendieron a cortar. Tuvo una duración de seis meses y al final se hizo la exposición de las obras realizadas y una fiesta de clausura. Hasta no ver la exposición, no pudimos dimensionar realmente el éxito del curso. Las paredes de las casas comunales estaban llenas de faldas, blusas, pantalones y vestidos, producto del esfuerzo de los alumnos. Las madres estaban muy contentas, pues decían: “ahora ya podremos hacer la ropita a los guaguas, que es tan cara comprar en la ciudad”.

CAPÍTULO XI

SIGUIENDO A LA PROMOTORA

Un trabajo científico, serio y riguroso ha de contar con un control de calidad²³ estricto, en todas sus mediciones. Cuando ese trabajo se desarrolla en el laboratorio o en un hospital, la situación es menos difícil, porque espacialmente se tienen cerca los parámetros a medir para un control preciso. La situación se complica si el área se amplía, si hay que vigilar el registro de datos de quince promotoras en distinta ubicación, como era el caso de nuestro proyecto.

Sin embargo, todas las actividades del proyecto tuvieron su control de calidad. En los controles mensuales y en los grandes controles; tanto las medidas de los niños, como los exámenes bioquímicos, o simplemente el control de salud, eran evaluadas y supervisadas cada una de las variables, con una técnica depurada y específica, incluso se calibraba sistemáticamente cada instrumento empleado en el campo. Pero el control de calidad del trabajo de las promotoras, en la administración de los productos, fue la tarea más ardua que tuvimos que cumplir.

Fue indispensable elaborar un itinerario de salidas de cada promotora, donde se indicaba la hora en que se encontrarían en cada casa; esto nos sirvió para su ubicación a una hora determinada. Así mismo, fue necesario planificar un cronograma de salidas diarias al campo, para constatar el trabajo de cada promotora y verificar la medición de algunas variables. Se establecieron visitas al azar, a distintas casas, tanto en el momento del trabajo,

como después del mismo, para comprobar si este se llevó a cabo correctamente.

Esto supuso para el equipo de salud madrugar con asiduidad, levantarnos a las cuatro y media de la mañana, y llegar a tiempo a la administración del jarabe o cereal. Aunque nos repartíamos el trabajo entre todos los miembros del equipo, nunca dejó de ser agotador para todos, especialmente para el compañero chofer que tenía que salir al campo todos los días.

Nos levantábamos temprano y emprendíamos la marcha a la comunidad programada. En una parte de la carretera, se llegaba a esa zona de paisaje lunar, fantasmagórico. En el llano aparecía una alfombra de piedras y surgía la visión de la montaña vomitando fuego y rocas. Esa sensación de naturaleza indomable, imprevisible y caprichosa nos acompañaría durante todos los meses que permanecemos allí. Por el camino, a través de la ventanilla del carro, aún se veían parpadear las estrellas, un silencio infinito flotaba en el aire, el alba todavía descansaba. A veces llegábamos a la comunidad aún de noche, en otras ocasiones estaba recién amaneciendo. ¡Cuántas veces presenciamos la luna brillando junto al nevado! En ocasiones despertábamos a los pájaros mañaneros con el ruido del motor, en una oportunidad deslumbramos a una pareja de ciervos, que quedaron paralizados ante el destello de los faros del carro. Tuvimos que espantarlos para poder proseguir nuestro camino.

Al principio nos valíamos de un mapa y del itinerario de las promotoras, para localizarlas cuando llegábamos al campo, pero en poco tiempo, el chofer aprendió el recorrido de cada una de

ellas, íbamos directamente a la casa en que podía estar. Rara vez se equivocaba. Con el tiempo, como todo el trabajo de campo, se hizo rutina, ya estábamos acostumbrados a ponernos bufanda y poncho, y a enfrentar las bajas temperaturas de los amaneceres cerca del nevado.

A veces teníamos que caminar solos, el carro nos dejaba y se iba a otra comunidad, en algunas ocasiones nos cogió la lluvia. Empezaba por un vientecillo que azotaba la bufanda y hacía alborotar nuestro pelo. Al poco tiempo, unas nubes se levantaban hacía el sol, ocultando su luz, un ruido subterráneo estremecía la tierra. Los árboles gemían moviéndose de un lado a otro y el viento barría el polvo de las calles. Se avecinaba la tormenta, devorábamos las calles, buscando el abrigo de una casa conocida. Las aguas se dejaban caer, con una impetuosidad asombrosa; en otras ocasiones, era el granizo. El cielo se cerraba en torno al nevado, descolgando sus telones de nubes. El aire se rasgaba por los rayos, y ensordecíamos por los truenos. Cuando pasaba el aguacero, calados hasta los huesos, descansábamos al pie de la lumbre del fogón de alguna casa. Quedaba en el ambiente un olor a pajonal fresco, a surco removido, a tierra mojada.

En esta soledad de las comunidades, nadie se siente solo, son nuestros hermanos el sol, el viento y la tempestad, son nuestros compañeros el camino y la tierra. Qué bien se entiende la voz de las estrellas, el silencio de los árboles, la palabra tranquila de los campos... Y por sobre todo, sentíamos la presencia solidaria del campesino, niño, mujer, anciano. No se los teme, ni se los maldice; no se los acusa, ni se los indulta; no se los compadece,

ni se los desprecia, simplemente se los acepta.

Recuerdo cuando en las mañanas llegábamos a alguna casa, el aire olía a leña recién cortada, siempre los perros venían a nuestro encuentro, con ladridos feroces. Frente a la puerta de entrada, en el patio, donde se asoleaba la ropa tendida desde ayer, exclamaba la madre poniéndose de pie: “Quién va”. “Buenos días -respondíamos con voz somnolienta- ¿No hay quién venga a espantar a estos perros?”

“Ya va” -contestaba la madre-. Complacidos observábamos el aseo del patio, la leña apilada, la basura barrida. Alrededor de la huerta, un cerco de palos, para que no entren las gallinas.

“¿La promotora, ya ha estado aquí?” -proseguíamos indagando-. “Buenos días doctorcito. Sí, ya ha estado por aquí, se “jué” pa arriba” -nos decía la madre-.

“Es el doctor, es el doctor” -articulaba con miedo la niña, tropezando con un banco de madera atravesado en la entrada de la casa-. Sale al patio en camisa, descalza, envuelta la cabeza en un pañolón oscuro, seguida de un perrito flaco y ceniciento. Corre a colocarse detrás de su mamá, en actitud seria. Siempre nuestra presencia causó una gran aprensión en los niños.

“La Beatriz “jué” dando el jarabe de alimento a los dos, pero el Miguel está con calentura” -explica la madre, que no se ha movido de su posición-.

“¿Dónde está el niño? Vamos a examinarlo. Por eso vengo, Beatriz me contó que desde ayer está con tos” -digo, mientras me aproximo a la puerta de la casa-. La madre con mucho recelo, nos abre paso al fin y nos señala al niño echado en una cama. Era un

niño de cuatro años, moreno, con un flequillo que le caía sobre la frente. Con cara asustada nos mira y se pone a llorar. El cuarto es un desorden, ropa sucia se asoma encima de las dos camas y otras reposan colgadas en las vigas de la choza. Un olor rancio, mezclado con humo, carga el ambiente. Los trastes de cocina se encuentran desparramados en el piso de tierra.

“Disculparé no más, doctorcito, la pobreza -exclama la madre, acercándose al niño enfermo- Yo le he dado el jarabe para la calentura que usted dijo que guardara, pero no se quiere tomar el remedio, ahí le tengo, pero no lo traga”.

Después de examinarlo, le explico a la madre que no quiere tomar el jarabe porque le duele la garganta. Preparo una inyección de penicilina, antibiótico de amplio uso en el campo. El niño rompe de nuevo en un llanto agudo y resentido contra mí, aunque se deja inyectar el fármaco. Le doy las indicaciones de rigor, y salimos al patio, para dejar que adentro se tranquilicen los niños. La chiquita de dos años también llora desconsoladamente.

Así era el control de calidad, comprobar si tomaba el jarabe o cereal. Si ese día la promotora pesaba al niño, nosotros lo pesábamos de nuevo. Si llegábamos en el momento en que la promotora estaba administrando el producto, tomábamos una muestra del mismo para mandarla a analizar, verificando que fuese la fórmula asignada al niño.

Como es de suponer, se daban algunas fallas por parte de las promotoras, no errores fundamentales, eran faltas leves como: no lavarse las manos, no anotar la hora, no llevar puesto el mandil, en fin, situaciones que fácilmente se podían subsanar

y que eran reprendidas por nosotros y, poco a poco, corregidas por ellas. Nunca tuvimos problemas graves en lo referente a las normas de administración de los productos o en el cumplimiento del trabajo, excepto por dos promotoras que se mostraron indisciplinadas respecto al horario y al cumplimiento de las tareas; inmediatamente las despedimos, no podíamos ser blandos en ese sentido, cuando la información del estudio se podía volver poco fiable.

En general, las promotoras cumplieron muy bien con el trabajo, no por la supervisión excesiva e implacable de que eran objeto, sino porque en realidad no les costaba mucho esfuerzo hacer correctamente la tarea encomendada, a más de que estaban motivadas en laborar por el bien de la comunidad. Las pequeñas fallas se superaron, y se puede decir que el equipo de promotoras funcionaba a la perfección.

Las comunidades se acostumbraron a vernos ir y venir diariamente por los caminos, y nos adoptaron como médicos comunitarios. No solo asistíamos a los problemas de salud de los niños, sino que atendíamos cualquier patología, ya sea el dolor de huesos de una ancianita, el control de un embarazo de una madre o el desmayo de un escolar. Nuestro carro, un todo terreno grande, se convirtió en un consultorio ambulante, en él examinábamos a niños y mayores. Nunca en el campo se había tenido un servicio tan eficiente y a domicilio. Poco a poco conseguimos un botiquín completo, para poder hacer el diagnóstico y el tratamiento a un tiempo, pues en el campo, no vale de nada dejar una receta, si cuando la compran, después de varios días, el enfermo ya se ha

complicado. “Los doctores mandan remedios caros, que no se pueden comprar...” -nos decían-. Esta manera de trabajar nació de nuestro aprendizaje sobre el terreno, sin darnos cuenta de que creábamos una nueva dependencia. Se presentaron muchos casos en los que por medio de nuestra intervención evitamos una muerte segura, sobre todo en niños con neumonía, dificultad respiratoria y deshidratados por diarrea.

CAPÍTULO XII

LA SALUD PARA EL CAMPESINO

Cada mes se controlaba la salud de los niños; para ello pedíamos ayuda al personal de los subcentros de la zona, dependientes del Ministerio de Salud. Normalmente, dentro de la programación de los subcentros estaba el control de los niños preescolares, pero esto en la mayoría de los casos se cumplía solo parcialmente. Cuando los médicos rurales tienen que ir a las comunidades campesinas, piden transporte, y si no lo consiguen, esperan que las madres vayan al subcentro de salud. Cuando existe el “reclamo” de la leche avena, las madres de San Bernardo y Santa Cruz hacen el sacrificio y bajan, siete u ocho kilómetros de camino, con el niño cargado a la espalda y alguno que otro de la mano, hasta llegar al subcentro de salud que se encuentra en la parroquia. ¡Qué situación tan ilógica! En vez de ir a la comunidad dos personas, el médico y la enfermera, muchísimas madres tienen que recorrer el largo camino. También es carente de todo sentido, que habiendo un centro de salud en Santa Cruz, éste sea usado como bodega, desde hace muchos años, y que las madres sigan bajando al pueblo, en vez de reclamar el derecho a la atención médica en la propia comunidad.

Aunque realmente la salud y la enfermedad para el campesino, no están desligadas de lo que es la concepción integral del hombre como parte de la naturaleza, aún falta una mayor toma de conciencia para luchar sobre el derecho a la salud, sobre todo de los más débiles, niños y ancianos. Todavía es necesario que alguna

enfermedad mate, como en el caso del cólera, para que la gente tome conciencia, ante esta situación grave, de que es necesario construir letrinas, hervir el agua o mantener normas de aseo.

La enfermedad, según la cosmovisión indígena, es una ruptura del equilibrio del hombre con el medio ambiente. El calor, el frío, los lugares pesados, como quebradas y lagunas, los conflictos, como celos, peleas, envidias, y la escasez de recursos, todo esto rompe la armonía, produce la enfermedad.

Se tienen ideas claras con respecto a la alimentación, todos saben lo que es buen alimento y lo que no, pero lo difícil es comer todo los días alimentos nutritivos, como huevos, leche y carne. El proceso de aculturación llega hasta los hábitos alimentarios; el arroz de cebada y la quinua, alimentos muy nutritivos, son considerados despectivamente “comida de indio”, por el contrario da más prestigio comer fideo.

Muchas enfermedades dependen de la situación socioeconómica de las familias. El estilo de vida que marca la pobreza influye en la salud. Si no tienen agua, es difícil que el aseo sea constante. Aunque una educación continuada puede dar lugar a un cambio de hábitos perjudiciales a la salud.

Todavía está muy arraigado lo que son las enfermedades del campo, como el “mal viento”, el “ojeado”, el “colerín” y otras muchas. El uso de hierbas medicinales es una costumbre que conservan la mayoría de las familias. Nosotros, durante este tiempo, hemos respetado las creencias culturales, incluso en algunas ocasiones, hemos alentado el uso de las mismas, pues, aunque

no entendemos los mecanismos, sabemos del efecto terapéutico que la confianza ejerce sobre el individuo. De igual manera que hemos sido tolerantes y respetuosos con muchas prácticas, también en otros casos hemos denunciado a curanderos que se valen en parte de sus conocimientos y en parte de la medicina de farmacia, indiscriminadamente y sin preparación alguna.

La atención del parto es realizada, en muchos casos, por la partera de la comunidad. La presencia de una persona conocedora de las costumbres campesinas y que puede ayudar con su experiencia a la parturienta, es positiva y deseable, pues la buena sintonización entre las dos, logra excelentes resultados. Sin embargo, deberían estar más entrenadas para detectar patologías y remitir a tiempo al hospital.

Nos llamó la atención la lactancia de los niños durante dos años como promedio. En ese tiempo, madre e hijo estarán juntos, adonde quiera que ella vaya, el niño irá cargado a su espalda y podrá lactar cuantas veces quiera. En cambio existe un retraso en la incorporación del lactante a la dieta familiar, lo que provoca desnutrición y un gran número de anemias, como pudimos comprobar en los controles bioquímicos del estudio.

Según nos cuenta el personal de salud de los subcentros, las madres tardaron mucho tiempo en comprender y aceptar el valor de las vacunas. En un principio solo se daban cuenta de que los niños lloraban y se enfermaban al ponerles la vacuna, por esto las rechazaban. Solo al ver desaparecer aquellas epidemias de sarampión, que se llevaban una buena parte de la población infantil, esas muertes por tétanos y la “tos de burro” como ellos

llaman a la tosferina, fue cuando empezaron a aceptar las vacunas. Pero la lucha duró muchos años. La señorita Clemencia, auxiliar de enfermería de San Pablo Alto, cuenta como las madres se escondían, durante días, con sus hijos, cuando llegaban las brigadas de vacunación.

Algo parecido ocurre respecto al hospital, donde el trato al campesino deja mucho que desear, donde se olvidan del respeto y rechazan las costumbres del campo, donde el campesino acude como último recurso ante enfermedades graves, terminales, y se encuentra con un medio hostil. Por todo esto, los campesinos asocian el hospital con la muerte y los malos tratos, rechazando un recurso que en ocasiones puede ser vital.

También se cae en el extremo contrario. Hay personas que creen que es de prestigio y que se conseguirá la curación inmediata, cuando se recurre al médico de pago. Cuanto más caro, más bueno, y si manda inyecciones y sueros, estos son los mejores. Ante esa situación, muchos médicos deshonestos se aprovechan de la ignorancia de los campesinos.

Los controles mensuales lo hacíamos en las comunidades, todo el día pasábamos instalados en la escuela o la casa comunal, controlábamos a los niños y atendíamos a los enfermos que llegaban. Allí teníamos que manejar los problemas de tozudez e ignorancia. Como el marido que llegaba cargando al guagua dentro del poncho, entregaba el niño a la mujer y esta entraba al consultorio. En un instante empezaba a hablar: “Perdón doctorcito, verá, le voy a contar la verdad, mi marido está en contra del programa, pero mi guagua, el Juan Pablo, está enfermo. Yo

le he dicho que si hace falta, hay que vender la res, que decimos huagruto, el marido no quiere. Yo le dije. ¿Cuál vale más el hijo o el huagra? Tu hijito criatura mismo es. Pero no entiende doctorcito...”. En otras ocasiones teníamos que tratar de convencer, día tras día, a los padres de niños con cardiopatías congénitas, para que permitieran la operación. Les explicábamos que su negativa podía causar la muerte al niño, pero aún siendo tan contundentes, algunos padres se negaban.

Cuando llegaba el final del control, recuerdo como era, la tarde se aproximaba y ya era hora de que llueva. En la tienda los muchachos jugaban bromas a las vecinas. Nosotros entrábamos a comprar pan, queríamos matar el hambre hasta llegar a la ciudad. A veces, llegaba un bus atestado de pasajeros, levantando polvareda, es que era feria en el pueblo vecino. Empezaban a bajar la gente, descargan los costales de papas y al chanco chiquito, que chillaba y se resistía a emprender la marcha hacía su nueva casa.

En la tarde los cerros que rodean la comunidad parecían adormilados, sin vida, ignorantes y ajenos a lo que pasa en cada casa. Nosotros un día más nos alejábamos de la comunidad.

CAPÍTULO XIII

CONOCIENDO OTRA REALIDAD

Evoco la primera Navidad. Conseguimos juguetes para los niños. Ya hacía mes y medio que se había realizado el primer gran control. Las madres y promotoras organizaron una fiesta de Navidad en cada una de las comunidades, fue la primera vez que asistimos a una fiesta en el campo; después vendrían otras, la inauguración de las obras, las fiestas patronales de cada comunidad, la siguiente Navidad, las fiestas de despedidas, en fin, una serie de ocasiones que se multiplicaron en el tiempo de nuestra permanencia en el campo, y que nos dio ocasión de estar juntos con toda la comunidad, compartiendo la alegría de los campesinos. Pero, siempre recordaré esa fiesta de Navidad. Quizás por ser la primera, la revivo con nitidez y gran emoción.

La fiesta de San Bernardo. ¡Fue increíble! ¡Nunca imaginé tal creatividad en la gente! Cuando llegamos, ya estaba instalada la “orquesta”: una batería, dos trompetas y un acordeón tocaban al lado de la choza de paja, de donde salían voces y algarabía, eran las madres y la promotora que hacían los últimos preparativos para la “comparsa”. Casi al mismo tiempo que nosotros llegó el padrecito para officiar la “misa del niño”, una tradición cristiana de esta época del año, donde el niño Jesús es llevado en procesión por toda la comunidad hasta la capilla y es bendecido por el sacerdote. Antes de la misa empezó la procesión, un desfile de niños y hombres, pues las mujeres se acicalaban para el baile. Una larga fila de niños se exhibieron llevando en los brazos a tres

o cuatro figuras del niño Jesús, con trajecitos de seda y encajes, acostados sobre pequeños almohadones de terciopelo, confeccionados primorosamente por las mismas madres. Empezaron a recorrer todo el centro, cantando villancicos; a la cabeza de la procesión iba Cecilia, la ayudante de promotora, que iniciaba los cánticos y dirigía a los niños, al lado de ella su hijita de cuatro años arreaba un borrego, engalanado con cintas de seda y que representaba las ofrendas al niño Dios.

Después de la misa, la comparsa comenzó su actuación. Una comparsa formada por todas las madres, que habían estado ensayando desde hacía un mes con un instructor profesional de la parroquia vecina, danzante en las famosas fiestas del Corpus Cristi. El instructor abría el desfile con Clara, la promotora. Todas iban disfrazadas; con “anaco”, blusa bordada y mejillas pintadas de carmín, las mujeres; otras madres simulaban hombres, con pantalón blanco y poncho rojo, patilla y bigote, pintados con carbón, y al cinto una botella de “puro”. Empezaron con un baile de pañuelos entrecruzados, con pasos difíciles y diestramente aprendido, aquí nos dimos cuenta del esmero y la dedicación que habían puesto en la preparación de la fiesta. Bailaron tres o cuatro sanjuanitos, dejando bien claro la lección aprendida, y después comenzaron a sacarnos a bailar y a destapar las botellas que llevaban al cinto. No nos pudimos sentar hasta ver aplacada su generosidad, cuando ya casi no nos teníamos de pie. La comida nos despejó un poco la cabeza y empezamos el reparto de juguetes y fundas de caramelos. A pesar de que llevamos más de lo previsto, faltó.

En todas las comunidades hubo misa, comparsas y bailes. De Santa Cruz recuerdo la coronación de la estrellita de Navidad, una niña del programa, Wilma Patricia, que lucía muy bonita con un vestido celeste, largo, unos zapatitos de charol blancos y una linda corona de cartón forrada con papel dorado. Sus ojitos negros relucían de felicidad; a cada lado un “caballero” con corbata y terno azul marino. Después de la misa empezó la fiesta con toda formalidad, una madre hacía la presentación y leía el orden del día. Me escogieron para colocar la banda a la estrellita de Navidad y después de esto, todos los niños desfilaron por el centro comunal. Abriendo paso la estrellita y su séquito, detrás el resto de niños con las imágenes del niño Jesús.

Esta explosión de alegría y ese esfuerzo de las madres, nos demostraron el éxito del proyecto; en esa fiesta fuimos testigos de la gran colaboración que mostró toda la comunidad, de la confianza que nos demostraron y de la total aceptación al “programa de salud”.

Nuestra presencia en el campo y nuestra inevitable incursión en la existencia campesina, nos fue descubriendo asimismo lo que es la vida rural. El duro trabajo de las mujeres, nos impactó. La resistencia del campesino a la enfermedad, nos impresionó, pues a pesar de vivir en condiciones muy adversas, es capaz de sobrevivir mejor que alguien de la ciudad. El machismo del hombre y la dependencia y sumisión de la mujer, que mis compañeras colegas no podían soportar. El contacto permanente y respetuoso con la tierra, con la naturaleza. La pobreza que azota a muchas familias. Conocimos la sencillez, hospitalidad y generosidad de esta gente

que sin tener nada, comparten lo que tienen. La organización, la unión y la solidaridad en muchas ocasiones, y en otros casos, el egoísmo y la envidia. El odioso vicio del alcohol impuesto por el colonizador y adquirido sin problemas por los campesinos, que les sume en una embrutecedora evasión de todos los problemas y que les dificulta su desarrollo como personas, siendo uno de los motivos de opresión. La gran alegría de los niños, cómo estos se las ingenian para jugar con cualquier cosa, cómo viven su niñez con sencillez aprendiendo desde pequeños a trabajar. La sabiduría popular que tiene más sentido común que muchos de nuestros hábitos “civilizados”.

La gente sencilla y humilde tiene una cultura de resistencia increíble, basada en la alegría, en la fe y en la fiesta. Cuando algún amigo llega a una casa le reciben con cariño y en un momento arman una fiesta. Esto es reflejo de generosidad y calor humano. La gran capacidad para la alegría a pesar de todos los problemas que puedan tener, es lo que más me conmovió del campesino. Donde se congrega el pueblo estará la fiesta, la alegría, pues para ellos es una forma de sobrevivencia, de reafirmación de su identidad.

Durante ese tiempo que recorrimos las comunidades, casi imperceptiblemente fue entrando en nosotros el conocimiento de esa otra realidad. Nos dimos cuenta de las reacciones que el campesino tiene ante cualquier hecho, se deben a su cosmovisión diferente, y eso nunca lo habríamos comprendido partiendo de nuestro punto de vista occidental.

Pudimos comprender su terror a perder un poco de sangre, al entender su concepción de la vida, del cuerpo, su consideración

de que la sangre es un elemento vital y casi místico. Fue necesario que ellos tomaran conciencia de que éramos honestos, de que estábamos cumpliendo con lo que prometíamos para que, poco a poco, escucharan nuestras palabras, entendieran que la sangre se repone en poco tiempo, que la cantidad que se saca es insignificante, pues un gran número de madres, aun aceptando el programa, sentían que les estábamos haciendo daño a sus hijos. Esa confianza que día a día fuimos construyendo con nuestros hechos, con el cumplimiento de los compromisos fijados, les dio fe en nosotros.

No solo fuimos testigos de la salud y enfermedad de la comunidad, también fuimos testigos de la lucha por sobrevivir, de las alegrías y las penas, de la vida y de la muerte de los moradores. Vimos nacer nuevas vidas y asistimos al último adiós de otras. Fuimos testigos de la historia en este pequeño rincón de los Andes. Pudimos empatar un trabajo científico, aséptico y objetivo con las vivencias y emociones de la gente.

Fuimos testigos de otra realidad, pero no pudimos ahondar en los acontecimientos; nos llevábamos horas y horas, días y días, cuantificando, midiendo, contando, controlando, mientras a nuestro alrededor la vida estallaba en mil manifestaciones.

Segunda parte

CUALIFICANDO

CAPÍTULO I

TESTIGOS

San Pablo Alto, se dibuja dormido bajo la tenue luz del crepúsculo, como un enorme párpado que se cierra para descansar. No se escucha más ruido que la suave brisa semejando el quejido leve de un niño. Como a lo lejos, perdido, se escucha el ladrido de un perro. Entre las sombras, se descubren ligeros destellos, como una danza de cientos de luciérnagas, procedente de las diminutas ventanas de las casas.

La calle está entrando en la oscuridad, la penumbra se realza por los contornos que proyectan las hileras de eucaliptos al borde del camino. El perro sale al sendero y hace un último reconocimiento antes de penetrar en la casa. La noche es fría; el can entra y se recuesta a los pies de su ama, cerca del fogón, cuya lumbre cálida acompaña la choza durante la merienda. Ha sobrado un poco de colada. La niña se precipita sobre un plato de lata, sucio y desconchado y le coloca la comida al perro; este engulle ávidamente y más tarde se duerme, enroscado, al pie de la cama de su ama, una niña de ocho años llamada Rocío. Con sumo contento descansa apacible, vigilante de la noche, con el sabor de la colada en su hocico y el calor en su tripa.

* * *

Los perros de San Pablo Alto, como los de cualquier comunidad, son parte integrante del pueblo. Cada casa tiene sus perros, que acompañan, cuidan, avisan y protegen a los suyos.

Son verdaderos juguetes para los niños, cabalgan sobre sus lomos y se revuelcan con ellos en los potreros.

Los perros del campo andino, son perros de mil razas, mestizos, cruce de muchas generaciones, donde la selección natural ha ido perfeccionando el amor y la fidelidad hacia los suyos, a toda costa, traducido en una fiereza inaudita. Presa fácil de los vehículos a motor, ignorantes de ese peligro, es muy común verlos muertos a la vera de los caminos.

Cuando aparece el carro del proyecto de salud, vehículo muy conocido por todos por su deambular diario de comunidad en comunidad, el ruido del motor y el sonido de su bocina, siempre es precedido y acompañado por un conjunto de ladridos que salen precipitadamente por doquier, de cada una de las casas. Los perros más atrevidos persiguen feroz y desesperadamente al vehículo, tratando de ganarle la carrera, después de un buen trecho se rinden cansados, terminando la persecución, regresan agotados y polvorientos a sus moradas.

Los perros son parte de la imagen entrañable y peculiar de la serranía.

* * *

Costa Pinto, nombre de “oidor” portugués de la Colonia, es el perro de Rocío; se ganó el nombre por culpa de la novela brasileña, que televisaban en la época de su nacimiento. El y todos sus hermanos recibieron los nombres de los personajes que fascinaron la atención de las mujeres de la comunidad que

seguían anhelantes la trama de la narración.

Costa Pinto, un nombre, por lo demás, completamente inadecuado al porte y aspecto de este can, al cumplir dos años, reina, sin embargo, como el dueño y señor de sus dominios.

Su figura menuda, pequeña, de color amarillo tierra. Sus ojos brillantes y recelosos, como si siempre esperara la reprimenda de su ama o el garrotazo de cualquiera. Su porte poco elegante, las costillas pegadas a la piel rala del dorso, sus patas secas y huesudas, como un árbol viejo, ancladas firmemente en el suelo, contrastan con sus orejas enhiestas, rígidas, en guardia y su nariz húmeda, estirada, alerta, bajo una cabeza recta y altanera. Su piel mate y áspera, plagada de pulgas, su intestino martirizado por los parásitos y un olor fétido y agrio, rematan la estampa.

Nervioso, no tiene paz ni descanso, siempre alerta, siempre olfateando, siempre con hambre... Su voz tiene un sonido que se desborda vivaz y entrecortadamente ante lo desconocido y se derrama suave, cansadamente, ante los sucesos cotidianos. ¡No le asusta ningún peligro!

Su temperamento arrogante y orgulloso, su audacia y valentía contrarrestan su fea imagen y le dotan de un aire y una gracia, que dan a su figura un estilo singular.

Para no desentonar con los niños de la familia, su aspecto escuálido guarda consonancia con la endeblez y fragilidad de los pequeños. Risueño, juguetón y gracioso, adora retozar con sus dueños. Cuida celosamente a toda la familia, desde la madre hasta el último hijo, aunque siempre es el compañero inseparable de Rocío, su dueña.

* * *

Al clarear el día, después de la primera escapada al campo, Costa Pinto se dispone a acompañar a los niños hasta la escuela, los cuida diligente durante la larga caminata. Regresa solo y duerme un rato acariciado por el tibio sol de la mañana.

Se siente soberano y señor de cuanto animal se mueve por la casa. Hasta cree que le pertenecen los pájaros del cielo, emitiendo un ladrido entrecortado, cuando los ve surcar en lo alto, cruzando el patio. Cree recordar, con la memoria propia de su instinto, que tiene la responsabilidad de guardar la casa. Vigila al chanco amarrado a la cabuya del camino, mordisquea unas tiernas florecillas blancas y vuelve al patio donde vigila a las gallinas.

Siempre pelea con el altivo gallo, Costa Pinto salta sobre él y le arrebatata la presa, un diminuto gusanillo; eso enfurece al ave que, hinchando el pecho, comienza la persecución. Él se deja hostigar, se diría que le gusta la contienda, nunca se hacen daño, siempre deja que el gallo se retire victorioso, quizás para poder repetir el juego, al día siguiente.

Disfruta cuando la dueña de casa se pone a labrar la chacra, se revuelca en la tierra removida, aspira su olor y se da un baño, haciendo una gran polvareda.

A veces, su figura terrosa se pierde en el crepúsculo o en las tempranas horas del amanecer, va de caza o busca a su hembra, en tiempo de celo.

Por las tardes acompaña a su dueña al “pasto”. Le encanta

dirigir a los tres borregos, como un perfecto perro pastor. Responde con la velocidad de un rayo a los sonidos, voces u objetos. Les ladra a los borregos a su dueña y a todo el que se pone por delante. Si alguien se detiene a hablar con Rocío, ésta tiene que sujetarle firmemente para que no se abalance; si por desgracia se tropieza con otro perro, sin pensarlo dos veces se arroja sobre su rival, teniéndolos que ahuyentar a palos.

En los largos paseos que representa el pastoreo, Costa Pinto se distrae yendo a la acequia, al maizal o al bosque; en muchas ocasiones, cuando la lluvia les sorprende arriba, regresan todos empapados, perro, borregos y niña.

* * *

Parece que adivina, parece que huele a los niños cuando salen de la escuela, antes de llegar al recodo del camino. Se levanta como resorte moviendo su cola y corre al encuentro de los pequeños, bailando a su alrededor, por la alegría de su presencia y presagiando la hora de la comida.

En el almuerzo la dueña de casa le da su ración en el plato, él traga rápidamente y se sienta a descansar debajo de la mesa con los ojos cerrados, mientras comen. Se mantiene alerta, por si algún trozo se desliza hacia el suelo. Quieto, sigiloso, si no quiere ganarse una buena patada en las costillas.

Vive la pobreza de sus dueños, con aire resignado, por eso la expresión lánguida y triste de sus ojos. Se espulga en la barriga, entre las piernas o se rasca el trasero contra el suelo mientras espera que sobre algo más, lo que nunca ocurre. A veces no come

nada, entonces la locura del hambre le vuelve fiero, se pelea con los perros vecinos haciéndoles rodar patas arriba. Otras veces, si tiene suerte puede comer los excrementos de los niños de la casa.

* * *

Los perros sufren las alegrías y las penas de la comunidad. Siempre comparten los momentos de abundancia y los tiempos de escasez. En estos años cuando los pobres son cada día más pobres, ya ni los perros alcanzan a compartir la buena cosecha.

Cuando es tiempo de choclos podría ser la época más feliz de Costa Pinto, ha estado a punto de morir a garrotazos por dos ocasiones, ya que su golosina predilecta son los choclos tiernos. Sin ninguna vergüenza se lanza a la chacra de cualquier vecino donde el maíz está en su punto y come feliz las mazorcas. Su dueña le amarra una pata para que no pueda treparse a las matas y así preserva su vida. Es un tormento para él, así como la tortura de casi todos los perros en la comunidad. En tiempos de choclos se puede ver un grupo de inválidos, tristes e impotentes, deambulando por toda la comunidad.

En cambio su felicidad es plena, sin represiones, sin amarras, aunque con una que otra patada y pelea, cuando hay fiesta en la comunidad. Es el tiempo de delimitar su territorio y mostrar a sus rivales los colmillos afilados. Costa Pinto llega orgulloso y erguido, ignorando a los perros vecinos, olisquea los cuartos traseros de las hembras y se pasea con la tranquilidad que da el sentirse parte de la comunidad.

Es el tiempo de confraternizar, es el tiempo de conocer a

los amigos. Es como si el significado de la fiesta campesina, que es el compartir, fuese extensiva a los perros. Costa Pinto se siente feliz; en esas ocasiones, disminuye el celo hacia su familia, se muestra sociable y pasea libre, confiado, a su antojo.

Además, la comida es soberbia. Hay papas en abundancia y, si tiene suerte puede cazar al vuelo algún hueso de cuy. Hasta la música le fascina, sobre todo la trompeta de la banda. Su felicidad son las fiestas de San Pablo Alto.

* * *

Costa Pinto permanece parado, quieto, sus orejas empinadas, su hocico percibiendo el olor familiar de la casa; así, en la tarde este perro flaco, casi siempre hambriento, querido y maltratado, se consagra a su ocupación de vigilante. Tiene sus momentos de tristeza y de felicidad. Y su imagen menuda, vive y palpita, día a día, como la de cualquier integrante de esta comunidad.

CAPÍTULO II

EN EL PÁRAMO

“Siempre hemos vivido en San Pedro de Arriba, -que yo me acuerde- desde mis bisabuelos y más atrás según contaban, todos los antepasados eran de aquí, de cerca del volcán, donde las tierras son generosas con los campesinos. Los antiguos tenían más tierras, vivían en el gran valle, donde ahora están las haciendas ganaderas y las queserías. Los antiguos han sabido producir todo, animales, plantas, todo. Ellos han sabido vivir come y come, gordos y sanos.”

“La vida en los tiempos antiguos de la hacienda había sido muy triste, -que da ganas de llorar, recordando esos sufrimientos- parece que los gobiernos, la Iglesia y los patronos han sido contrarios de los indígenas. Nos quitaron las tierras y nos mandaron a la hacienda, los huasipungueros trabajaban gratis para la hacienda. Los que tenían, vuelta, un poco de tierra, era arriba, en las lomas y en las pendientes, lejos de todos...”

“Las mejores tierras son de las haciendas. ¡Pucha! De ellos son todo, los potreros, los ojos de agua, las mejores tierras de siembra. Ahora están las queserías, los ganados. Ahora hay muchas fábricas, fábricas de papel, de tejidos, de pernos y tornillos, y hasta una para congelar las verduras y todos los productos del campo”.

“Nosotros siempre vivimos en San Pedro de Arriba. Con poca tierra, apenas dos o tres cuadras para cada familia” -piensa Jacinto, camino a su casa-.

Desde arriba, desde el páramo se ve al fondo, delante de la línea azul del horizonte, la comunidad, como una inmensa colcha a cuadros de mil colores, entretejida de caminos y chaquiñanes.

El campesino sin su tierra no es nada. La tierra es para ellos no solo fuente económica, es fuente de cultura, es vida, es la raíz. El campesino sin tierra es como un tronco sin raíces, a la vera del camino, cualquiera puede pasar por su lado y pisarlo. La tierra, para ellos, es un don que debe ser compartido por todos.

* * *

“Hemos trabajado duro, siempre hemos sacado de la tierra lo suficiente para vivir, gracias a Dios, hasta ahora que los tiempos se han puesto más difíciles, siempre sembramos cebada y papas arriba, más abajo las habas, y el maíz en la parte menos pendiente, en la parte planita, cerca del río. Siempre hemos criado a nuestros animalitos, borregos, cuyes y, cuando hemos podido chanchos y gallinas; hasta una vez, cuando nació el segundo, tuvimos una vaquita, cosa que ayudó a criar a todos los hijos que llegaron”.

“Como los antiguos, hacemos el “prestamos”, el “cambiamos”, cuando necesitamos alguna ayudita en la chacra. En el trabajo la costumbre es dar la mano entre vecinos y entre familiares, en la siembra y en la cosecha. Para hacer la casa nos “valimos” de la minga -que se dice- entre todos los comuneros. Todos participamos con buena voluntad y gusto. Así hemos avanzado en nuestra comunidad”.

“Cuando ya mismo no se avanza con la platita, me he puesto a trabajar de peón en la hacienda, eso cuando se acaban

los granos. En los últimos años la cosecha ha sido mala, parece que la tierra está cansada de tanto químico, ahora todas las plantas son “curadas”, la tierra se sabe cansar, de tantas cosas que le ponen. También ha cambiado el tiempo, antes llovía en su época, sabíamos cuando sembrar, cuando desyerbar, cuando cosechar. Ahora igual llueve en mayo que en diciembre. Hasta eso ha cambiado. Y también nos vienen tiempos malos de sequía, hasta un año completito pasa sin llover”.

“Mis padres me enseñaron como hacer lluvia, quemando ramas como sahumeros, que den mucho humo, para que las nubes se junten y caigan las aguas; siempre se ha hecho así en el campo. ¡Este año ni eso ha servido! ¡La cosecha se ha perdido! Primero los choclos que no pudieron crecer bien, ni para el ganado, y luego las papas que no salieron, quedaron en el “huacho”, y la cebada que se perdió todita”.

* * *

La casa de Jacinto es de paja y adobe, construida sobre una loma, el viento sopla duro; él, con la sabiduría heredada de sus mayores, ha excavado en la tierra para construir su choza, y la resguarda así del “tierrero” y del frío.

Su mujer le ayuda en todo, es todavía joven, treinta y cinco años, pero el sufrimiento de su vida, sus hijos muertos prematuramente y los dos lisiados, le han llenado el cuerpo de cansancio y años de más, y el alma de resignación y desaliento. “¡Ya hemos gastado en médicos cuánta plata! -suele decir- Hemos quedado

sin animalitos, así, mano cruzada, hemos quedado con los dos hijos. ¡Tenemos mala espalda!”.

Son padres de seis hijos. El mayor, un varón de diecisiete años, trabaja en una mecánica de la ciudad. El segundo y el tercero, ambos varones de catorce y ocho años, reposan en la casa tendidos en una estera, sin hablar, sin moverse, porque, aunque entienden todo, no pueden valerse por sí solos. Tienen los miembros muertos, las carnes flácidas, un gorjeo comprensible solo por su madre, sale de sus gargantas. Al principio se lo achacaron al cerro, al mal de ojo, pero un médico les dijo que era por tener los niños en la casa, por no llorar rápido al nacer.

La niña de seis años crece sana y fuerte y ya sale en las tardes a pastar los borregos; su madre pasó mucho miedo cuando nació la pequeña, quería ir a la ciudad pero el parto fue en la noche. El penúltimo es un travieso de cuatro años, que aunque siempre está enfermo, hasta ahora ha logrado salir de todos sus males. La pequeña de dos años nació en el camino, en pleno día; el parto le vino de pronto, solo tuvo tiempo de acercarse a las chilcas, un dolor y la niña salió como “chisguete”. Quedó tranquila cuando comprobó que estaba bien y lloró inmediatamente.

* * *

“Ahora la cosa está fregada; con la pérdida de la cosecha este año tendré que salir a trabajar fuera, la hacienda no quiere coger más peones. Más antes, había trabajo suficiente en las haciendas, de cuentayo, chaguador, para desyerbar, sembrar, cosechar...

Ahora, con las máquinas, ya no necesitan tantos peones, ahora hay que ir a la ciudad -reflexiona Jacinto-.

“¡Yo no quiero salir a la ciudad! No me gusta, ya hice la prueba, no me enseñó al humo y al ruido, no me enseñó a estar lejos de mi familia, de mi pedazo de tierra y de mis animales. Otros compañeros se quedan hasta meses trabajando de lo que sale, cargadores, albañiles y hasta vendedores. ¡Yo no me enseñó! Todas esas calles llenas de gente y más gente, hay días que parece un hormiguero, todos corriendo, todos con prisa, todos malencarados. Y esos edificios que no dejan ver el cielo, que no dejan ver el horizonte, parece cárcel. Yo no conozco, pero así ha de ser la cárcel, como que no puedes respirar aire puro. ¡No, yo no me enseñó!

“He estado dos veces, por necesidad, cuando mis guambras, los enfermitos, nacieron y se necesitó platita. Primero cogí plata al fío, de un “chulquero”, pero después tuve que salir a trabajar. Qué martirio, Diosito, ya ni sentía gusto por la comida, hasta me quitó el apetito de comer, solo trabajar y trabajar y que llegue pronto el sábado y poder salir a la casa. ¡Pendejada de ciudad! Antes no, estuve poco tiempo. ¡No, yo no me enseñó!” -se convence Jacinto-.

“Me han ofrecido un trabajo en los páramos de la hacienda. No sé que hacer... Es un trabajo duro, por la “lejura”, no hay como salir breve, y por el frío, más que nada. La otra vez el niño cogió una pulmonía, tuvimos que bajar al hospital y nos quedamos gastados. No sé, no sé... Tendré que pensarlo bien. Pero, este año será fregado. ¡Que es fregado, será fregado! En fin, lo hablaré

también con mi mujer” -con todos estos pensamientos, cargando los aperos de labranza, Jacinto se acerca a la casa-.

El sol se va a ocultar, la mayoría de los vecinos regresan a sus moradas; mujeres con un hato de leña en la espalda, tan encorvadas que parecen pegadas a la tierra, caminan lentamente detrás de su pequeño rebaño de borregos; hombres con la azada al hombro y el machete en el cinto, agotados, avanzan con un fardo de hierba, -para los cuyes- bajo el brazo; niños que arrastran a un pequeño rebaño, borregos, cerdos, que todavía con hambre, aprovechan cualquier brote fresco de la hierba del camino. Jacinto, con la cabeza llena de contradicciones, camina hacia su casa. De cuando en cuando, agita el brazo para saludar a un compañero, para despedir alguna paisana, pero su corazón está en otro sitio, está decidiendo su futuro.

* * *

El viento azota los pajonales, una nube de polvo oculta por un momento el horizonte. Jacinto está mirando cómo su hija se limpia los ojos con el reborde de su falda. Regresan de pastar los borregos de la hacienda, no son muchos, unos treinta; su madre aparece junto a los perros, la pequeña a la espalda. Entre las dos mujeres logran meter los borregos en el corral, los perros ayudan. La imagen reposa con cariño en la retina de Jacinto, su esposa fuerte y ágil y su hija tan pequeña aún, enfundada en un poncho de lana multicolor, con un gorrito redondeado tejido por su madre, las mejillas reseca por el viento y en el centro un área costrosa, dura, de un color más oscuro, como sucio, “la paspa”, es

el tributo a la exposición prolongada al frío y al viento del páramo, que permanecerá en los rostros delicados, sobre todo de los más jóvenes, hasta regresar a la comunidad.

Llevan seis meses en el páramo, tienen una buena casa, una choza amplia, de la hacienda. La labor que realizan es el cuidado de un rebaño de llamas y alpacas compradas en el país vecino. El amo quiere criar ese ganado, ya se están perdiendo aquí estos animales, y ahora en varios sitios se comienza a criar de nuevo. Los llamings no necesitan cuidados especiales, salen a pastar a los pajonales y por la tarde se les da un balanceado de granos y harina de pescado.

“Hasta ahora no nos hemos enfermado “fuerte”, solo el chico, el “maltón”, que como siempre, carga, de ganas, con la gripe desde que llegamos. Le hincha la garganta, se le hace tumor, duele mucho y no puede comer. Amarramos al pescuezo, hoja de llantén con aceite de almendro, cuando hay tomate de árbol, “suasándole”, le ponemos. La “porota” ha sufrido dos o tres veces la diarrea, está flaca, como “cuica”, pero nada grave, hemos curado con agüitas del campo. Estamos todos, menos los tulliditos que quedaron con los abuelos. La mujer sufre porque son apegados a ella, todavía faltan otros seis meses para terminar la temporada. Mi hijo mayor y yo andamos con el ganado y los pequeños y la mujer, con los borregos de la hacienda”.

“Es una vida dura, el frío no para y por la noche el viento parece que va a arrancar de cuajo la choza. Pero es más triste de todo, cuando llueve. A veces hay tormenta con rayos, yo les digo a los hijos que cuando esté el tiempo de tormenta, se recojan breve.

El rayo mata. Bajaba yo del páramo en unas aguas fuertes y he visto morir a una señora, cogida por el rayo. ¡La lluvia! Eso si es triste. Todo está empapado, nada se seca, durante días ponchos, zapatos y toda la ropa parece que está siempre mojada, no nos podemos sentar en la paja, ¡Es una desgracia...!”

* * *

“Dentro de una semana dejaremos el páramo; mi mujer anda feliz y los niños también, ella quiere estar con sus hijitos enfermos, todo el tiempo ha sufrido por ellos, solo ha podido bajar a la comunidad tres veces en este año. Está más tranquila, por ese programa de salud que dizque hay en la comuna, han estado viendo a los niños y dando ayudita. También quiere ver a sus amigas, sus comadres, hacer otras cosas. Los guaguas están felices, el mayor volverá a la ciudad, al taller, los pequeños a la escuela con sus amigos, aunque ya hace dos meses que principió el curso. Yo, también siento contento de volver a la comunidad, de estar en mi casa, de cuidar mi chacra, mi pedacito de tierra, mis animalitos, de ver mis compañeros y amigos. En realidad la vida que hemos pasado allí, no ha sido mala, pero... ¡El páramo es tan triste!”

“Con la platita guardada hemos de comprar, vuelta, una res y dos chanchos, como más antes. Hemos de preparar la tierra para sembrar papas y habas y si puedo iré a la hacienda. ¡Quizás haiga trabajo! Dios le pague, tenemos platita para comprar semillas y ahorros para los malos tiempos. Ha sido duro, pero ya estamos todos juntos. ¡Ojalá tuviera más tierra para no salir

nunca de mi comunidad! Este año pasamos. ¡Ojalá Diosito, nos favorezca el próximo!”

CAPÍTULO III

DIOS NOS MIRA

Doña Pancha se dispone a hacer la colada morada y las guaguas de pan. Mañana es finados, el día de los difuntos, y podrá ir al cementerio de la comunidad a visitar a sus muertos. Sus muertos viejos, hermanos, padres y abuelos, y sus muertos recientes, hijos y nietos. Siempre sigue la costumbre antigua de llevar comida al cementerio y compartir ese día con todos, familiares vivos y muertos, en el humilde y pequeño cementerio de la comunidad. Es la única fecha del año en que el recinto se llena, inusualmente, de las voces, risas y regocijo de los niños, que comerán -allí en el campo santo- las golosinas preferidas, pan, mote, cuy y la rica colada morada, en compañía de todos los suyos.

Existe en el campo una gran veneración por los muertos. La inmortalidad está presente de manera simbólica en los rituales que acompañan a la muerte, como el enterrar a los difuntos con sus pertenencias, compartir y dejar comida en el cementerio o dar encomiendas a los antepasados.

En estos días doña Pancha se siente más cerca de sus muertos, compartirá con ellos las penas y alegrías, les preguntará cómo van todos y les contará cómo es su vida ahora, cómo están los niños, las familias, los animales y la cosecha. Este año tiene especial interés por recordar a su hija Estella, que marchó hace apenas un año, se esmera en hacer las guaguas de pan especialmente como le gustaba a ella, adornadas con hilos blancos, rojos y negros. Cuando recuerda esto se pone triste. Hasta cuándo

presenciará la muerte de sus seres queridos -se dice-.

* * *

Pedro, el marido de doña Panchita, se recuesta en la cama y se pone a escuchar los sonidos de afuera, oye el graznido de los patos que pasean en el patio, el ruido acompasado de los cuyes en la cocina, a lo lejos, el griterío de los niños que juegan en el potrero, siente cómo su mujer se mueve por la cocina trajinando entre cacerolas, le llega hasta su nariz, el olor agridulce de la colada morada. Suspira.

Es un hombre que todavía no cumple el medio siglo; ha llevado una vida muy dura y ahora está pagando en la cama los desmanes que siempre cometió. Desde que sufrió un accidente al caer de un árbol, hace diez años, no puede hacer esfuerzos. ¡Pero, él siempre trabajó en el bosque, cortando y cargando leña! Cada año tenía que meterse en cama unos días, pues no aguantaba el dolor de la columna. Los períodos en la cama se fueron haciendo cada vez más largos y frecuentes, hasta hace un año, en que prácticamente no sale de ella. El incorporarse y caminar es tan doloroso para él, que sale únicamente para ir a la letrina, detrás de la casa, siempre ayudado por dos familiares y en un grito permanente hasta llegar de nuevo a la cama.

Doña Pancha siempre dice que es un hombre muy testarudo. “Prefiere las friegas del curandero, mil veces al doctorcito” -comenta- “Para el dolor le manda una infusión de hierbas, toronjil, valeriana, como en el colerín, -que dicen-. Después queda como

postrado, como chumado, pero se alivia el dolor, tan le friega con ortiga blanca y le amarra bien con papel periódico, el espinazo y la rabadilla”. Él siempre dice “hierbita, es santo remedio”. Cuando se siente muy mal, -prosigue doña Pancha- primero se hace limpiar con huevo y cuy, para el “mal viento”; siempre le dice el limpiador, que es recaída, que el cuy apesta, de mucho calor, después me manda a comprar en la botica, pastillas y “endicciones” de vitaminas. A la semana está mejorado”.

“Estando tan enfermo, no piensa en la muerte, aunque cada día está más delgado, como cuica, aunque cada día le está haciendo el cuero como cartón, nunca piensa en la muerte. ¡Fuerte estoy sufriendo y él como si nada! -Pancha en la cocina, piensa en su marido que está en el cuarto contiguo-. ”Yo le digo que vaya donde el doctorcito del programa, vuelta, se pone renegado, bravo, no quiere saber nada. Yo calladito, hago venir a la promotora para que de la coladita a los guaguas. Él se reniega de tanto guagua, de tanta bulla, ahí vienen las peleas”.

“Yo le digo, criaturas son, viejo bruto, y él -no me digas pendejadas, no me digas- vuelta, yo le replico -si no quiere tener a los guaguas, más que sea regalárale a alguien-, eso le pone “pior”, más bravo...”

* * *

Doña Pancha se mueve por la cocina, un espacio oscuro. En el fondo, el fogón en alto, al pie de la pequeña ventana, que solo permite la entrada de un ligero rayo de luz. A un lado sobre una mesa de madera sin pulir, descansa un horno de gas que com-

praron hace tres años y que sustituyó al viejo horno de piedra. El humo sale de la estancia por el techo de paja, completamente negro, que permite ver un trozo de cielo por la abertura del centro. Cerca de la puerta está una mesa grande, muy grande, que hizo su hijo Andrés cuando quedó viudo; los bancos alrededor, descansan en el suelo de tierra. Los baldes de agua y las ollas de aluminio, brillantes por dentro y ennegrecidas por fuera, cuelgan en clavos que sobresalen de la pared de adobe y de las vigas de madera. Al otro lado de la puerta la cocineta de gas de cuatro quemadores, regalo de su hija Estella, la que murió hace un año.

Ágilmente se desenvuelve en esa penumbra, de un lado a otro, con paso urgente, hace la colada y el pan, al mismo tiempo. La colada de maíz negro y mortíño, condimentada con pimienta de dulce, hoja de naranja, ishpingo, arrayán, canela, hierbaluisa y piña, desprende un aroma que se esparce por todos los rincones de la casa. Doña Pancha, empinada sobre el piso, mueve la enorme olla, esperando impaciente que termine la cocción, tiene otras muchas tareas que hacer hasta las tres de la tarde, cuando se irá a la hacienda a ordeñar.

Ella es “chaguadora”, salió a trabajar en la hacienda desde los catorce años y aunque gana un sueldo miserable, no puede dejar la tarea, ya es parte de su vida. Ahora trabaja por necesidad, tiene seis nietos a su cargo. Se levanta a las tres de la mañana, con sueño y frío, se apresura a ponerse la chalina y el sombrero, coge un palo y corre por las “trochas”. La oscuridad es total, su perro Capitán le acompaña hasta la puerta de la hacienda, es tan fiel que recorre la media hora de camino, todos los días con su ama,

mañana y tarde. En la noche aún, dormida sobre el horizonte silencioso, como una inocente criatura en la calidez de su lecho, con el cielo oscuro y callado sobre sus hombros, doña Pancha el ánimo dispuesto, inicia la jornada.

Cuando llega ya está el “rejo” en la cuadra, se aprovisiona de los baldes para lavar las ubres y empieza el ordeño con sus compañeras. Son diez chaguadoras, a veces han sido hasta veinte, ahora hay menos vacas de leche. Cada una ordeña, en dos horas y media a tres horas, de doce a catorce vacas. Doña Pancha tiene una destreza única, con habilidad, lava la ubre con un líquido desinfectante, le seca con un paño y, a continuación en cuclillas, empieza a ordeñar. Sus dedos cogen el ritmo y comienza a caer en el balde, chorros de espumosa y blanca leche. Maquinalmente, pasa de una vaca a otra, las “mañosas” las deja para el final, son las difíciles, las caprichosas, con ellas hay que tener un cuidado especial, no se acucilla sino que extrae la leche casi parada, por miedo a una patada o que le caiga encima, como le ha pasado más de una vez.

Cuando los pájaros empiezan a cantar, -ya entrada el alba- doña Pancha regresa a la casa. Recién están despertando los suyos. Comienza a preparar el desayuno. Y así continua, día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Los lentos años van pasando enteros y su vida sigue ahí, inalterable...

* * *

Es el día de los difuntos, todos se alistan para salir, los niños entran y salen de la cocina esperando el momento de poder

saborear la comida que ha preparado su abuelita. El patio resue-
na, pleno de niños, Capitán pasea moviendo la cola entre unos y
otros. Doña Pancha termina de vestirse, desde su ventana oye el
estruendo de voces. “Ahora ya están menos en la casa, llegamos
a ser al menos quince, -recuerda- era por el tiempo en que murió
mi Estella, hace un año. Los tres hijitos de Estella siguen con
nosotros, el marido se fue a trabajar a la capital hace seis meses
y no regresa. ¿Qué será? Ahora el Andrés, mi hijo el viudo, se
ha hecho de otra en la capital y se ha llevado a los dos mayores;
a la Julia y al Luis los pequeños, los atajé porque se pegó a otra
mujer con tres hijos tiernos, no valía tanto guagua. Mi hija la
Rosita sigue en el trabajo, ya se llevó a sus guaguas, solo quedó
el Manuelito que está ya en quinto grado, el enfermito Pepelucho
murió aquí con nosotros, ya hace dos años, pero todavía le veo
clarito, con la barriguita gorda y la carita pasposa, el pelito se le
había sabido hacer rubio. ¿Qué también sería? “.

“Mi hijita murió de la muela, ajustó un año en las fiestas,
en septiembre, de la muela murió. Cuando dio a luz le seguía
jodiendo la muela. Se le pudrió en el embarazo. Después de la
dieta, se fue a la ciudad y se la sacó, a los dos días se le hinchó la
cara, el Pedro llamó al curandero, le mandó tascar hojas tiernas de
arrayán y enjuagos con trago, pero nada, le principia la calentura y
el curandero le dice al Pedro: compadrito, yo no me comprometo,
vaya donde el doctor. Y “juimos” corriendo al hospital, pero ya
iba muy mal; el doctor dijo que se envenenó la sangre, que se le
infectó el corazón. ¡Diosito, con veinticinco años se la llevó! Por
eso el Pedro reniega de los médicos... El tiernito muere de gana,

al poco de morir la mamá, quedó de tres meses, solo sabía tomar el seno, no quería la teta, ni la comidita. Murió de ganitas.”

La abuela termina los preparativos y todos van al cementerio, sus dos hijos solteros y los seis niños, se encaminan hasta el pequeño cementerio de San Pablo Alto. Pedro en la casa, solo, enciende el televisor y no piensa en la muerte. Es la defensa de los enfermos.

Han llegado temprano, solo hay tres familias sentadas al pie de las tumbas; en el suelo, con un decir silencioso, conversan con sus muertos. La mañana esta nublada, la neblina está colgando en el aire. El olor perezoso de la hierba húmeda inunda el crudo ambiente, un suave viento acaricia los rostros de los niños dándoles la bienvenida a este recinto de paz y quietud.

En un momento, el aire se llena de la risa cristalina de los pequeños, se sientan alrededor de la tumba de Estella, y todos comen felices los manjares de la abuela; más tarde los niños empiezan a jugar y doña Pancha puede entonces compartir con sus muertos las penas y las alegrías de este año. “La Pepi ya entró a cuarto grado, es “guagüera”, cuida bien a los chiquitos, les hace “gulumpio”, les quita el “emperro”, mamitica, es “alhajita” -le cuenta, a su hija- René, vuelta, ayuda al abuelo a ir a la letrina, está bien grande y es amiguero y un “ocurrido”; la Maribel, la pequeña, duerme conmigo, porque todavía recuerda tu calor, semejante mala que es, es una mimada, se pega sus “calentadas”, yo le enseñé el “fute” y calla no más”.

“Ya hay más platita, tus hermanos están de peones en la hacienda” -sigue, doña Pancha- Le cuenta que el papá está cada

día peor, que dentro de poco le hará compañía. Le dice que su marido no vuelve de la capital, que ya son seis meses. Le explica las fiestas de este año, de cómo bailaron toditos con las comparsas, menos los viejos. De la invitación a casa del “prioste”, pues el hermano era de la “yumbada” del capitán. De lo que gastó el prioste en la “volatería”, un platal.... Y así por mucho rato, va recordando todo lo bueno y lo malo ocurrido en ese tiempo.

Lo que no le cuenta es lo cansada que se siente, de cómo quisiera reposar allí en esa tierra tan blanda, en ese sitio tan tranquilo, fundida con la naturaleza; de cómo quisiera reclinarsse, dormir, aunque fuese una pausa, un respiro. Dejar de hacer, dejar de trabajar, dejar de ver morir a otros. Quieta, callada, quisiera ver desde allí a la comunidad, a sus gentes, cómo viven, cómo aman y ríen, cómo a pesar del dolor, la pobreza y la desgracia, tienen un tiempo para la alegría y la fiesta. Pero verlo de lejos, fuera del sufrimiento diario, fuera del trabajo que no cesa, así desde lejos, pero también cerca, no perdiéndose detalle, calladito, calladito. Así, como Dios nos mira.

CAPÍTULO IV

LA VIDA SIGUE

Cuando termina el trabajo ese día, se siente muy cansada, más cansada que otras veces. Ha estado caminando toda la tarde y ahora que las sombras lo llenan todo llega sin aliento a la casa, se acerca con avidez a un tronco que está en el patio y se sienta pensativa.

Desde la mañana tenía un gran peso en la cadera y al caminar creía desgarrarse por dentro. Había hecho el recorrido de la tarde y el camino hacía las casas de los niños fue interminable. ¡Por fin finalizó la jornada, sin novedades! Persiste, sin embargo, un dolor sordo que le acompaña desde temprano.

Según sus cuentas no le tocaba hasta el final de la próxima semana, unos quince días, pero como este era el segundo quizás se adelantaría el parto.

“¡Mamita, mamita, ya llegué! ¿Dónde está César Orlando...?”
-grita Beatriz-

La señora Blanca termina de tender la ropa que lavó en la acequia, detrás de la casa, sobre las chilcas. Ya casi no se ve, se ha demorado mucho porque ha lavado las cobijas y los pañales.

“¡Ya pronto necesitará la ropita y la cama limpia!” -se dice doña Blanca-

“Desde que mi Beatriz está trabajando en el “programa”, vuelta contamos con un mensual. El otro embarazo fue muy duro. Fuerte sufrimos. Eso de no tener marido, es más duro aquí en el campo. Nos quedamos bien gastados. Ahora sí que se casará, el

Juan le ha dicho que cuando termine la conscripción se casarán por lo civil, después cuando cojan la cosecha, vuelta el eclesiástico. Parece un buen hombre. ¡Quizás Diosito favorezca!”

Los gritos de Beatriz sacan de sus pensamientos a la señora Blanca, quien termina por colocar la última prenda en un montón de bloques y entra a la choza, dispuesta a calentar la colada que sobró del almuerzo.

“Hija, qué pasa. Por qué tanto grito...” -pregunta doña Blanca- “Mamita, creo que esta noche me enfermaré, ya me duele la cadera y siento “calosfríos” -contesta Beatriz mientras, parada ante su madre, bambolea su gruesa barriga-. Perlas de sudor se le forman en la frente y encima del labio superior.

“Estará aquí la señora Rosario, creo que todavía no llega de Quito. ¡Por Dios mamita! De viendo. Qué ha de hacer. Tan tráete al César Orlando, estará jugando en la cancha” -manifiesta Beatriz, llena de angustia-.

* * *

Cuando sale doña Blanca, Beatriz toma asiento en el filo de la cama y empieza a llorar calladamente; sin apenas hacer ruido, las lágrimas se escapan de sus ojos y corren lentamente por sus mejillas hasta desembocar sobre el dique de sus pechos que rellenan un mandil celeste, ropa de trabajo que aún ni se ha quitado.

“¡Qué pronto, qué pronto...! ¡Ni compré los pañales nuevos...! Gracias que traje el otro sábado las cuatro gallinas para la dieta. Si fuera de día llamaría al doctor, pero mejor así, porque

me da mucha vergüenza...”

“¡Quién dará haciendo mi trabajo mañana! ¡Tengo que avisar a la señora Josefa para que me dé ayudando en el recorrido y tan que avise al doctor que estoy así....! ¡Ojalá no se ponga bravo...! ¡Quizás no me descuenta del mensual...! El Juan estará muy tranquilo en el cuartel y ni se imagina que ya llegó la hora...”

Sus pensamientos se interrumpen por un temblor que sacude su barriga poniéndola dura como una cimbra; nota un dolor agudo en su columna como si los huesos se quisieran separar entre sí, al mismo tiempo una humedad viscosa, se desliza suavemente por sus rodillas.

“¡Ya me enfermé, ya me enfermé...! Tengo que preparar todo” -balbucea asustada Beatriz-

Caminando torpemente, sale al patio con un balde, se dirige hasta la llave del agua llenándolo a rebosar. Entra a la casa con su carga y ágilmente llena la olla grande y la pone al fuego. Por un momento tiene que agarrarse a la pared, y quedarse allí parada unos segundos hasta que se vaya el nuevo dolor. Este es más fuerte que el anterior.

Colgadas de las vigas de la choza, al lado de la cama, están algunas prendas; de un tirón coge una chalina y una bufanda. Se quita el mandil que aprisiona su barriga y se envuelve con la chalina, para sentir su calor. A continuación se amarra la cabeza con la bufanda a modo de turbante, que no se quitaría hasta pasados los primeros treinta días de la dieta. Es costumbre en la comunidad amarrarse la cabeza “para evitar que la sangre mala del parto se vaya hasta el cerebro”.

“Tengo hambre” -protesta César Orlando al entrar en la casa-. Es un niño de tres años, pequeño para su edad, muy inquieto, con cabellos negros lacios que cuelgan hasta sus hombros, cara empolvada por la arena que sopla junto al viento por las tardes, en los veranos de la sierra. Penetra como un torbellino, agitando la cabeza y saltando alrededor de su madre.

-No para de decir- “Tengo hambre, tengo hambre, dame sopa...”

Doña Blanca ha entrado después de su nieto y mira con curiosidad a su hija, quiere adivinar cómo va todo, sentir los acontecimientos respirando el ambiente. Nota las huellas del llanto en el rostro de su hija, cómo ésta, sin prestar mucha atención al niño, se prepara para tomar un baño.

“No está la señora Rosario, la partera, recién llega en quince días, está en un “corso” en Quito. He dado llamando, vuelta cuando venía de camino a la tía Elvira, vendrá no más, tan dé de comer en la casa” -explica doña Blanca, mientras sirve la comida al niño-.

Como es lunes, el padre de Beatriz no está en la casa, hoy se quedará en la hacienda. Aunque es lisiado -había perdido el brazo izquierdo hacía treinta años, cuando se fue a la costa a trabajar. Un día al volver de la plantación, se volcó el camión, tuvo suerte de salir con vida, pues murieron más de la mitad de los trabajadores- labora en la hacienda, cuando le llaman. Siempre los lunes y los viernes, días en que el capataz va a la capital a dar cuentas a los amos, él se queda de vigilante, cuidando a los peones y al ganado.

César Orlando empieza a quedarse dormido, después de

haber comido, y llorado un buen rato. No quería dormir en la cama de los abuelos, siempre duerme con su mamá. Insistía en subirse una y otra vez a la cama, chillando en cada intento; solo un buen tirón de pelos, propinado por la abuela, pudo disuadirlo a cambiar de lecho. Más tarde, a través de la cortina que separa las dos camas, aún se oyen los últimos suspiros del niño, que poco a poco se van confundiendo con los rítmicos compases del sueño.

La choza está abrigada, doña Blanca ha encendido el antiguo fogón, en el piso de tierra -desde que Beatriz compró la cocina, a los tres meses de trabajar en el “programa”, solo encienden el fogón cuando se quedan sin gas-.

Beatriz yace muy quieta en la cama, entre dolor y dolor intenta coger fuerzas, durmiendo un poco. Se sumerge en un sueño profundo que apenas dura unos minutos, para de nuevo enfrentar con valentía el nuevo dolor. Cada vez, los intervalos son más cortos.

La madrugada está muy fría, las dos mujeres maduras se arriman al fuego, cada una en su tarea; doña Blanca remueve incesantemente una olla con agua aromática y se alista a preparar un par de huevos de gallo y gallina, que va a dar a su hija para que “coja fuerzas”. La tía Elvira prepara la tijera y el cordón con que atará la tripa del niño, les desinfecta, haciéndoles hervir en una olla, como le había enseñado Beatriz; de vez en cuando, aviva el fuego con un aventador.

La tía Elvira tiene experiencia en el asunto, es la mayor de cinco hermanas y siempre les había atendido cuando llegaba la hora; ella misma tuvo nueve partos, cuatro muertos y cinco vivos.

Siempre se batió solita.

La choza, alumbrada tan solo con el fuego del fogón, aparece en claroscuro, dibujándose nítidamente la silueta de las tres mujeres; en verdad, esa penumbra silenciosa, hace difícil adivinar a los vecinos los acontecimientos vitales que están ocurriendo en este rincón de la comuna.

Otra vez de pie, Beatriz recorre incansable la habitación. “Sigue paseando “mijita”, dizque es bueno para que salga breve, breve...” -susurra cariñosamente doña Blanca-.

La futura madre comprueba, cada vez más segura, que es muy poco el tiempo que le queda por sufrir, se da cuenta que poco a poco su cuerpo se está terminando de abrir. Cada dolor es como el aire de la mañana para el capullo a punto de florecer. Siente que la criatura ya quiere salir. Le viene un fuerte dolor y se arrodilla sobre el piso de tierra, cubierto por un gran poncho de lana. Tiene preparado el sitio, cerca de la cama para poder agarrarse al espaldar y así hacer fuerzas.

La joven mujer se queja sin pronunciar palabra, sus labios aparecen apretados ahogando un grito contenido. Se acuerda de su primer parto. Cómo gritaba de miedo y angustia. Tenía quince años cuando le forzaron en el camino, ella luchó con uñas y dientes pero eran dos y pudieron con ella. El embarazo fue malo, no tenían dinero y ella no pudo salir a trabajar. “Mamita siempre apoyó” -pensaba- “Decía que un niño es bueno en el campo, acompaña, cuida de uno; si es varoncito trae platita, si es mujer cuida la casa, sale a pastar... ¡Siempre apoyó mamita! Entonces yo no sabía nada. ¡Tenía miedo a morir! Ahora soy fuerte, y mamita

sigue no más apoyando. Pero ahora ya conozco. ¡Soy fuerte...!”

No estuvo mucho tiempo en esa posición -cuando grita con un ronquido- “¡Ayayay mamitaaa! ¡Me viene el pujo...!”

Es un placer tener esa sensación, es un dolor agridulce, es como pasarse un gran bocado de comida por la garganta, es como resbalarse por la pendiente del potrero... .

Conteniendo la respiración, después de varios pujos siente como resbala entre sus muslos una masa de carne y sangre caliente, que al caer sobre los brazos de doña Elvira suelta un sonoro chillido.

“¡Ele! ¡Vea! ¡Ya cayó, ya salió! Varoncito ha sido. ¡Bendito sea Dios! Y está completito. Razón ha sufrido tanto, bien gordo ha sido” -sentencia feliz doña Elvira-. Diciendo así pasa la carga resbalosa a doña Blanca, que toma en los brazos a su nieto, lo observa satisfecha y lo envuelve en pañales.

Edgar Vinicio nace la primera noche del mes de julio, con hambre y alborotando la casa. El cuerpo de Beatriz había participado, recibido, amparado, abrigado, hecho crecer, transformado y por último dado a luz la vida de su hijo.

Exhausta, Beatriz se sienta en el piso; su cara brilla por el sudor y su cabello se adivina mojado en la frente y en las sienes, tras la bufanda que lo esconde. Espera que “nazca” la placenta para poderse acostar.

Todavía no consigue dormir; una hora ha transcurrido desde que acabó todo, esta tendida en la cama, bien arropada, sintiendo aún en la garganta el calor del agua de zanahoria que le da su madre después del alumbramiento.

La tía Elvira está afuera de la casa enterrando la placenta. Según la costumbre la placenta no se puede tirar, hay que enterrarla para que esté abrigada y así transmitirle el calor a la madre, para que no se le enfríe el útero, ni le dé dolor de barriga.

El niño descansa, al lado de su madre, envuelto en una suave chalina y amarrado con una faja desde el cuello hasta los pies. Beatriz lo contempla complacida. “Es igualito al Juan, estará contento de que sea varón...” -diciendo esto-, pasa la mano alrededor del cuerpecito rodeándolo. Cansada se duerme profundamente.

* * *

Ya han transcurrido dos semanas desde el parto y es el último día en que Beatriz se queda en casa.

Antes la costumbre de la dieta duraba cuarenta días, era una verdadera estrategia de sobrevivencia para la madre campesina. El tiempo necesario para que el cuerpo se recupere y alimente bien, éste mecanismo de defensa de la mujer -el ser más explotado de la serranía andina- está matizado por varias creencias mágicas, como el sobreparto que ocurre cuando la madre no guarda la dieta en el reposo, en la alimentación y en la salida prematura de la casa; si la madre se “desmanda”, entonces le viene el “sobreparto” y puede morir.

Estas creencias están firmemente arraigadas en las costumbres de la comunidad, pero las mujeres más jóvenes ya no cumplen fielmente todo el ritual, pues sus ocupaciones y las

influencias culturales de la ciudad han modificado por completo las prácticas de sus abuelas.

Para Beatriz este nuevo hijo es un motivo de alegría inmensa y representa el futuro. Su vida ha transcurrido siempre en la casa de sus padres, es la hija más pequeña, sus hermanas y hermanos ya están casados; ella tiene que asumir la tarea de quedarse en la casa, cuidando a los mayores, y desde que nació César Orlando, pensaba que ese sería su destino.

No le molestaba vivir con sus padres; por el contrario, se sentía muy cómoda compartiendo las tareas de la casa con su madre, todavía joven, y percibir el cariño sobreprotector con que le rodeaban los suyos. Es, en cambio, la negación de una vida propia, la vida que podría compartir con un hombre, lo que le causaba esa tristeza que se reflejaba en su rostro, con una imperceptible mueca de pena, en la comisura de los labios.

Todo esto cambia cuando conoce a Juan; él es de la comunidad de San Bernardo, vecina a Santa Cruz. Desde que lo vio en la minga del agua potable, simpatizaron, se hicieron amigos y más tarde, enamorados. De la misma edad y con gustos similares, se llevan muy bien. Juan acepta inmediatamente a César Orlando y cifran su unión para después de su estadía en el cuartel.

Cuando él supo que Beatriz estaba embarazada se sintió muy feliz y le llevó a conocer a sus padres en San Bernardo. Ya habían decidido vivir en Santa Cruz, en casa de la novia como era la costumbre. La fortuna de conseguir trabajo en la propia comunidad, como promotora de salud, había mejorado las expectativas de la pareja. Pensaban construir una casa de bloque

frente a la vieja choza de los viejos.

Beatriz está haciendo los preparativos para el trabajo del día siguiente; sentada en el cuarto intenta componer el mandil que se le ha quedado pequeño. Al acordarse de la visita del doctor Carlos, el día siguiente del parto, todavía siente que se sonrojan sus mejillas. Este se enteró por las promotoras que ya había dado a luz y, por supuesto, fue a visitarla no tanto como jefe, sino como médico y amigo.

Siempre se sintió culpable por ocultar su embarazo al comenzar el trabajo, aunque los primeros meses no estaba segura; cuando ya lo supo con certeza, se sintió incapaz de comunicarlo por miedo a perder su empleo. Fue la evidencia del crecimiento inexorable de su vientre, lo que alertó al doctor y con ello llegó la confesión. Beatriz se sorprendió de que el doctor fuese tan comprensivo, limitándose a reprenderla por tener oculto lo que era tan importante para su vida. Le exigió un control inmediato del embarazo y comentó que no le haría nada mal los recorridos diarios por la comunidad... Después de esto, siempre guardó dentro de sí un agradecimiento profundo por el gesto generoso del doctor.

Cuando este la visita, ella le explica como fue el proceso del parto y el esmero con que puso en práctica todo lo que había aprendido en los cursos de capacitación.

Se siente muy contenta con la solidaridad de las compañeras, porque de una manera espontánea asumieron su carga de trabajo durante esas dos semanas. Después del recorrido diario

le visitan, contando las novedades de cada niño y como estos le reclamaban para que volviese pronto al trabajo.

Comprueba como cada día se siente más fuerte, tiene leche suficiente y el “guagua” lacta con glotona voracidad. La señora Blanca cuida minuciosamente la dieta de su hija, preparándole comidas sustanciosas y nutritivas. Pendiente de que no salga al patio y por ningún motivo haga esfuerzo alguno, ella misma lava los pañales del nieto y acarrea el agua para la comida y el aseo diario.

Aunque los primeros días César Orlando estuvo llorón e irritable, por la relegación a la que había sido objeto, con el transcurso del tiempo sintió una gran curiosidad y admiración por ese niño tan pequeño y chillón que le permitía comer casi a diario carne y comidas sabrosas.

Beatriz se enteró de que Juan tendría licencia el próximo fin de semana, lo que aprovecharía para llevar a inscribir al niño al Registro Civil y ponerle la vacuna del recién nacido. Todos estos acontecimientos le hacían sentirse muy satisfecha; la buena alimentación, el descanso y el placer de la lactancia le habían devuelto la sangre a las mejillas. Se siente en plena forma para reanudar sus labores.

¡Está preparada de nuevo para el trabajo!

* * *

“Darás cogiendo bien al guaguito, “carishina”, pareces primeriza no más” -farfulla doña Blanca a su hija-. Esta se pre-

para para hacer el recorrido, ya hace un mes y medio que volvió al trabajo, pero este es el primer día que lleva consigo a Edgar Vinicio. Ya ha cumplido los dos meses y está más “endurado”, como diría doña Blanca. Ya puede sacarlo sin temor.

Beatriz se siente bien realizando su trabajo, es respetada por la comunidad y está aprendiendo muchas cosas nuevas. Todo le va bien. El sábado compró más materiales para su casa; a Juan solo le queda un mes en el cuartel y cuando termine, harán una minga. Aunque todavía se pregunta, por qué Juan se resiste últimamente a comenzar la obra...

“Si que ha sido pesado el guagua, hoy me siento mucho más cansada, pero también más tranquila, eso de dejar al guaguito solo en la casa no valía...” -con estos pensamientos se dirige Beatriz a visitar las últimas familias del recorrido-

Su itinerario le lleva hasta el costado izquierdo de la comunidad, en la parte nororiental de la misma, donde tiene que atravesar un pequeño bosque de eucaliptos, para llegar a las casas más lejanas.

Disfrutando el buen tiempo, luce un sol radiante y cálido, decide hacer un alto en el camino y así aprovecha para amamantar al bebé. Con un rugoso tronco caído como cabezal, reposa casi acostada en el blando potrero. La sensación de tener esa diminuta boquita prendida en su seno no deja de causarle, cada vez, un sencillo deleite, casi voluptuoso. Lleva un rato recreándose en su maternidad cuando siente unas voces que llegan de lo más hondo del bosque. Se queda recostada pero alza la cabeza por curiosidad.

Cuando todo hubo pasado, no paraba de repetirse que lo

que vio esa tarde no fue fruto de una coincidencia, sino que “Dios le había puesto allí en ese momento, para abrirle los ojos, para que ella se diera cuenta por sí, y no por lo que le dijeran... ¡Ella no habría creído!» Era tanta su fe en la intervención divina, que, posteriormente, ese hecho le serviría de consuelo.

Lo que ve en el bosque la deja paralizada, es Juan y una joven de la comunidad, que charlan con una fuerte dosis de pasión y enfado, al mismo tiempo. Acierta a oír varias frases.

“Vaya diciendo a su mamita... vuelta, ya diré en la casa... Ya está apuntado el guaguito, por eso no se ha de quejar...” -decía Juan-.

“Por Dios, da diciendo breve a la Beatriz, ella anda diciendo que ya vas a casar con ella. ¡Diosito mío...! Ha de ponerse bien brava... Da diciendo breve, antes que un “lengua larga”, diga de adrede” -exclama la joven-.

Beatriz no tuvo que seguir escuchando. Con un dolor que le aplasta el pecho y una rabia que le muerde la garganta, no tiene el valor y la fuerza suficiente para enfrentar a la pareja.

Calladamente, va arrastrándose hasta salir del bosque; el niño sigue aferrado al pecho y ella lo mantiene así por temor a ser descubierta.

Corre hacia la casa frenéticamente, como loca. Corre como una fiera que persigue a su presa, como una tórtola corre hasta su refugio cuando viene la lluvia, como un niño perdido busca el regazo de su madre. Siente que un abismo se abre a sus pies, que su futuro se dispersa, como la arena en el verano...

Llega a la casa temblorosa, deja al niño en la cama y por fin

puede llorar sin contener los sollozos. Sabe que no podrá soportar el momento en que Juan le diga que no se casará con ella. Esto le crea un desasosiego y un vacío en su pecho y en su cabeza.

Como un fardo pesado, cae sobre sí toda su vida. La dureza de la vida de la mujer campesina, el sufrimiento por la pobreza, el sometimiento cotidiano, el trabajo permanente, la sensación de que las cosas suceden así y no de otra forma, traducido en una indiferencia que aparenta insensibilidad.

Un grito de rechazo a su vida se dibuja en su boca. “¡Ojalá me muera! Así no sentiré pena...”

-diciendo esto-, la mirada de Beatriz recae sobre un plato conteniendo pan duro, que está en un rincón del cuarto.

Se acuerda como hace dos días, después de venir su madre de la feria, le había dicho: “He comprado un “pite” de Racumín. Presta una lavacara. Voy a poner con pan y no ha de quedar ni un “pericote” vivo”.

Sin reflexionar un instante, atravesada por la pena, engulle los restos del veneno. Mientras come, está pensando en que sus padres tardarán todavía en llegar, están en una asamblea, en la casa comunal. Cuando lleguen ya no tendrán ni que avisar al doctor...

* * *

Beatriz se despierta con la impresión de que está volando. Su asombro se acentúa cuando mueve sus brazos y nota el roce del vacío entre sus dedos, la ausencia de un asidero donde agarrarse. La cabeza le duele y siente una náusea que atenaza su

garganta. Con dificultad abre los ojos y percibe todo el ambiente al revés, inmediatamente el vértigo se apodera de ella y comienza a vomitar profusamente.

“¡Diosito, Diosito! Ya está despertando, quizás Diosito quiera favorecer... Qué han de hacer, den bajando... Tan parece que vuelve en sí. Daré preparando agüita... Aquicito asienten...”

-con estas palabras doña Blanca se dirige a la cocina-

Como el día amaneció espléndido, el cabildo había decidido realizar una pequeña minga en el páramo, para enlazar las reses que se torearían en las fiestas. A la hora de la asamblea no aparecieron más que los que no estaban enterados. Se suspendió.

Cuando los padres de Beatriz se acercaban a la casa sintieron el llanto desconsolado de los niños, Beatriz estaba tendida sobre la cama, inconsciente. Se percataron de lo que pasaba por los restos de pan y el plato caído a los pies de la cama. Como es costumbre en esos casos, le dieron aceite de comer y le colgaron de los pies en una viga de la choza.

* * *

Ya pasaron las fiestas de Santa Cruz; como siempre vinieron todos los comuneros que viven afuera. Este año hubo toros populares, y heridos. ¡Como corresponde a un buen festejo!

Se está terminando el verano, pero sigue el buen tiempo. Ellos no fueron a los toros, pero sí al desfile. César Orlando está muy contento, estrena unos zapatos nuevos y Beatriz, sola, con un gran lazo en el pelo, carga en la espalda a su pequeño.

En el centro comunal se encuentran las compañeras promotoras y disfrutaban de la música de la banda y de las comparsas. “Que bueno que el doctor nos dio permiso hoy día, vuelta, mañana otra vez al trabajo” -comentan resignadas-.

La música resuena en el silencio del páramo, la vida continúa como cada día.

CAPÍTULO V

LA OTRA VERDAD

Desde abril no llueve. Pasó Navidad en una sequía pertinaz que atrasó el tiempo de siembra de las papas y del maíz, algunos prepararon la sementera y se pasan los días mirando a las alturas.

¡Nada en el cielo hace presumir que la lluvia está cerca!

La comunidad reunida decide realizar unas rogativas a la Virgen del Rosario, patrona del barrio. Se planean tres días de procesión desde la capilla hasta la Jatunrumi, la roca que está en la quebrada, al pie del camino, donde se halla pintada la imagen de la virgen.

El primer día salen temprano, a las cinco y media de la mañana, se ponen en camino antes de salir el sol. Una fila de mujeres, niños y algunos hombres, dirigidos por el sacristán de la comunidad, Don Manuelito, marchan en dirección a la roca. Cantan la Salve, todavía somnolientos; sus voces sordas resuenan como un eco en la recién estrenada mañana. Llevan incienso y otros sahumerios que queman en ollas y trozos de latas viejas. Las ofrendas de flores y comida las cargan en pequeñas canastillas de paja. Caminan despacio, aún transcurrirá un rato, hasta que el sol esté en lo alto, para despertar por completo a toda la comitiva.

La señora Toaquiza, con su pequeño hijito Antonio, abre la procesión; al lado su esposo, José, muy elegante, enfundado en su terno azul, muy recto y sin perder la compostura, como siempre, canta en alta voz las rogativas y los salmos. Los niños, ateridos de frío avanzan sonámbulos al lado de sus mamás, las manos juntas,

estremecidas y heladas. Los perros, fieles compañeros, también adornan el cortejo, que se llena por momentos de la fragancia dulce y densa de la combustión del incienso.

Durante los tres días que duran las rogativas, la familia Toaquiza asiste puntualmente a la procesión, abrigados con todas las prendas de lana que poseen, excepto el padre que sigue luciendo su traje azul, de corte antiguo pero elegante, traído de la capital, cuando fue a trabajar de peón de albañil.

Tienen que rezar, pues hasta las abejas ya no saben de dónde comer. Aunque ellos siempre ayudan a la naturaleza comprando melaza, el bello jardín de su casa es la base de la alimentación de los cuatro panales que poseen. La miel es un preciado tesoro para ellos; es la alcancía, el dinero para los gastos de la escuela, para comprar la ropa de los niños al inicio del año, para las fiestas, en fin, para cuando José se olvida de entregar el salario semanal de la peonada.

* * *

La comunidad de Santa María del Rosario es un pequeño barrio, muy cerca del volcán. Ha sobrevivido milagrosamente la última erupción. Cuentan los mayores que sus padres y abuelos les relataban lo que ocurrió hace ya más de un siglo. Como el monstruo se despertó y empezó a vomitar humo y ceniza, calentando toda la cumbre. “Se había sabido anochecer y sonaba durísimo” -decían-. Su furia desató una lluvia incontenible de piedras que fueron a tapizar los campos. Hubo un deshielo que hizo crecer

los ríos que bordean la montaña. Santa María quedó convertida en una pequeña isla, por un lado los potreros se convirtieron en quebradas y por el otro las fértiles chacras se llenaron de piedras de todos los tamaños. “Entre los sembríos, solo pura piedra, quedó más piedras que sembríos”. La piedra más imponente de todas, la Jatunrumi, se colocó a la entrada de la comunidad.

La leyenda de esta piedra ha marcado a los moradores de Santa María. La Jatunrumi, es una gigantesca piedra de varias toneladas de peso, con un volumen de una casa de tres pisos. Parece imposible que la fuerza del volcán escupiera rocas de tal tamaño. No es improbable que la piedra pudiera ser arrastrada por la riada, hasta quedar anclada al pie de la quebrada. La tradición dice, sin embargo, que esa piedra la arrojó el volcán para vengar a un caminante, hijo del cerro, que salió a inspeccionar cómo se portaban los lugareños.

“En ese paraje se encontraba la hacienda El Romeral. La vida en tiempos de la hacienda había sido muy difícil, los indios tenían que trabajar de sol a sol, hacían los trabajos más duros, desmontes, aradas, cuidar al ganado... Por la tarde, antes de comer, la única comida del día, los llevaban a la capilla donde les obligaban a rezar, de rodillas, por espacio de una hora. Más de uno, sobre todo mujeres y niños, caían desmayados sobre el suelo desnudo y frío del templo. Para empezar la jornada tenían que rezar, cuando se atrasaban a la doctrina eran garroteados. Era una vida de esclavitud, una religión de esclavitud. Era una situación en la que solo alzar la vista al patrón o a los curas era considerado como un insulto o como un pecado. ¡Hasta los pe-

rros de la hacienda eran bien comidos y la gente mal comidos; los caballos bien bañados y los indios enlodados...!”-cuentan los mayores-.

“Cuando llegó el caminante no le dieron posada en la hacienda. Solo se le acercaron un perro y un gato que se calentaban al sol en la puerta. El mayordomo le echó los perros al caminante, que le persiguieron hasta el páramo. Dos días después el volcán rugió enfadado y sepultó la hacienda, que quedó bajo la Jatunrumi. Dicen que los indios huyeron en la noche avisados por el caminante, pero de la casa del patrón solo se salvaron un perro y un gato”.

Desde que la piedra llegó hasta Santa María, no pararon de surgir historias de aparecidos. De noche se escuchaban lamentos y gritos. Durante muchos años los habitantes de Santa María daban un rodeo para entrar en la comuna, evitaban pasar cerca de la piedra, que consideraban maldita.

Fue a principios de siglo cuando un anciano de la comunidad se le ocurrió bendecir el lugar y, para ello, pidió a un artesano pintor que dibujara la imagen de la virgen del Rosario en la roca, y el párroco del pueblo la bendijo. Hasta ahora se conserva la imagen que es motivo de veneración por todos y origen del nombre del recinto. Hasta allí acuden procesiones, romerías y petitorios de los más diversos lugares del cantón.

En los días grises y lluviosos, el abandono inmenso y sobrecogedor del lugar pesa en el espacio, solo cuando luce el sol, en las mañanas de azul encendido, las lagartijas osan perturbar la soledad de la enorme roca, dando un soplo de vida a su frío contorno.

* * *

La familia Toaquiza vive casi aislada del resto de la comunidad. Para llegar a la casa se pasa un joven bosque de eucaliptos, se cruza una empinada quebrada y la blanca casita se asoma entre los árboles, como una tímida isla en un mar inmenso. Cuando uno se acerca percibe algo distinto en el ambiente, es el suave aroma de las diversas flores que adornan el jardín de las abejas. El jardín da vida a la humilde casita de adobe y teja, pequeña, miserable, siempre esperando una restauración. Contrariamente a la mayoría de las casas vecinas, en la entrada hay un recibidor donde descansa un viejo sofá y una mesa de centro con unas empolvadas flores de plástico. El resto de la vivienda es como cualquier modesta casa.

Lourdes, la señora Toaquiza, joven de treinta años, se casó hace trece con el entonces viudo José Toaquiza, descendiente, según él, de los patrones de la hacienda El Romeral. Muy arrogante y prepotente, sin embargo, es un pobre hombre enfermo, ignorante, que apenas sabe leer y escribir, y dueño de un espíritu terco y grosero. No posee nada propio, la casa donde viven es de la familia de su esposa; no obstante, él alardea de alcurnia y menosprecia a sus vecinos comuneros llamándoles “runas y rocotos”. Trabaja como peón y solo cuando se emborracha logra contemporizar con sus paisanos. La gente le conoce y más bien se burla de su arrogancia.

Con Lourdes ha tenido ocho hijos de los que solo viven cinco, todos varones. El mayor, de doce años, no terminó la es-

cuela porque ya trabaja de peón; los menores de diez, siete, cinco y dos años son la alegría de su madre. Son sumamente pobres, pero José esconde su miseria, por orgullo, alejándose de sus compañeros. Viven pobremente; sin embargo, José, alcohólico e irresponsable, se gasta la paga semanal en trago. “Cuando se chuma -dice Lourdes- se vuelve bocón y peliaringo”.

“Antes era peor, recién casados estuvo muy enfermo, con tuberculosis -Lourdes recuerda como tantas veces peleaban-. “Vamos a casa, ya es tarde -le decía, mientras él se sentaba en el camino, con la botella en alto- ¡Nos va a coger la noche y está lloviendo! Espera mujercita, un traguito más”. Ella cansada, se alejaba. Él quedaba borracho en el camino, durante toda la noche. Tomaba cada semana, dos o tres días. “Principiaba a toser y a botar sangre, le dolía la espalda, estaba una lástima. Los médicos le dieron remedios, pero él no les perdonaba que le quitaran el trago”.

* * *

Desde que comienza el programa de salud, la señora Toaqui-za se apoya en la promotora; el hecho de ser visitada diariamente hace que Lourdes, que no tiene muchas amigas, se confíe a ella. Ya no tiene que pasar envarada y con la cabeza alta, como le exige el marido, sino que se muestra como realmente es.

Hoy, cuando llega la promotora, le cuenta que Antonio está con las comezones; también el marido y los otros niños. El doctor llega por la tarde. Lourdes le muestra las piernas del niño, donde

se puede apreciar al lado de unas huellas de rascado y sangre, la presencia de ronchas diminutas. Es “rascabonito”, diagnostica el doctor. Le receta un líquido y les da las indicaciones del caso.

El marido no quiere saber nada. Lourdes tiene que lidiar varios días con la ignorancia y tozudez de José. “Diosito, qué hombre tan necio, -comenta con la promotora- le explico no más lo que dijo el doctorcito y él que no, que es una gastadera de plata, que es por frío, que como se ha de bañar todos los días, que eso son picados de pulga, no más” -cuenta, contrariada, Lourdes-. “Ese verdugo, penitente, hasta insultó al doctorcito... Yo me voy sin permiso a comprar el líquido, mi platita mismo es” -sentencia Lourdes, firmemente-.

Varios días después, el doctor examina nuevamente a Antonio. Es un niño pálido y ojeroso, muy dócil, casi inactivo, quizás fruto de su constitución endeble y enfermiza. Con su pantalón raído, casi por las pantorrillas, unas botas negras de agua y su chompa liviana de algodón, de un color impreciso, perdido entre las múltiples lavadas, Antonio contempla, muy serio, cómo su madre habla con el doctor. Se agacha y empieza a rascarse el tobillo con inusitada fuerza.

Lourdes sufre, está preocupada por las dos enfermedades de su hijo. Le dice al doctor que por fin ha podido comprar el remedio, del rascabonito, que esta noche comenzará el tratamiento, ya ha conseguido marco y matico para cocinar y bañarle. A Lourdes le inquieta sobre todo la anemia del niño, detectada en los exámenes de laboratorio y que está en tratamiento desde hace un mes. Ella, de alguna manera, quiere justificarse, quiere

participarle al doctor la dedicación a sus hijos. “Perdón, doctorcito Carlos, le voy a contar, -le dice- verá, yo siempre cuido a los guaguas, les doy de tomar una oncita de leche de magnesia, para limpiar el vientre; de repente el Antonio se deja dominar por el asco de la comida, no quiere comer, vuelta, yo, le muelo alfalfa en molino de mano o machacando, el jugo cierno en cedazo y bato con huevo crudo y miel de abeja para alimentar la sangre. Así he sabido hacer doctorcito, y más que todo, sigue así, flaco, una lástima” -termina de hablar en un murmullo, entre lágrimas-.

* * *

A la semana de la rogativa, llueve en la zona, las mujeres abren los brazos al cielo y se convencen una vez más de la intervención milagrosa de la Virgen del Rosario. El domingo se celebra el día de acción de gracias por la lluvia. Habrá misa y baile. Este pueblo se vale de cualquier celebración como un motivo de unión y alegría.

José acude a la fiesta con una copa muy fina de champán, herencia, al igual que el terno, de su paso por la capital, objetos que guarda celosamente en espera de poder exhibirlos ante cualquier celebración de la comunidad. El baile está animado, no tienen orquesta, pero hacen sonar una grabadora, a todo volumen. Se oyen cumbias y sanjuanitos, alternativamente. La comunidad cobra vida, está alegre y divertida, el trago circula a discreción.

Con unos tragos de más, José, en el baile, alza la copa, con aire altivo, brinda por la lluvia y por la prosperidad de la comu-

nidad. Borracho, comienza un discurso, se siente el centro de la fiesta. De pronto le asalta una comezón irresistible; al principio con bochorno, se comienza a rascar disimuladamente, pero es algo que no puede aguantar, tambaleándose se retira del centro de la fiesta y empieza una rasquiña compulsiva.

Ya sin pudor, contorsiona el cuerpo, salta, como si mil gusanos estuviesen caminando por su figura. “¡Esa sarna! -dice- ¡Qué comezón! Viene de repente, no ve, no ve, uno rasca, rasca y nada. ¿Qué será?”.

Ya no le importa estar vestido con su único y elegante traje, poco a poco, se va despojando de la ropa, que desordenadamente descansa en el suelo, al lado de su copa caída.

Y sigue con el ritual del rascado.

CAPÍTULO VI

SANGRE DE INOCENTES

Está muy nerviosa, quiere irse a su casa, pero ya no puede hacer nada. El sudor corre por su cabeza, lo siente entre el pelo y le llena las sienes. No sabe por dónde empezar, el doctor le ha dicho que simplemente cuente lo que pasó, sin buscar las palabras, sencillamente, como le salga, pero las palabras se han ido de su boca. Solo puede sentir su corazón, suena tan fuerte que cree que los demás también lo oirán, y eso le hace estar más nerviosa. Su garganta está completamente seca, un regusto amargo se instala sobre su lengua, las manos le sudan. Ve una gran multitud delante de ella, pero no puede fijar su mirada en nadie. “A ver Clarita cuenta como pasó todo” -dice el doctor-. Como saliendo de un sueño Clara se dirige al doctor y empieza el relato, primero con una voz tímida y apagada; más tarde, recuperada la confianza, su voz vuelve a un timbre normal, alza un poco la cabeza, poco a poco la sangre va volviendo a sus mejillas.

Es la promotora más joven del grupo, con sus quince años, ejecuta su trabajo con suma precisión y prolijidad. Antes de presentar su caso en la mesa redonda sobre Derechos Humanos, que está por realizarse, se lo piensa bastante y cede, ante la insistencia del doctor, que la invita a hablar de la tragedia de su familia. Clara nunca ha hablado en público y mucho menos ante desconocidos que vienen de la capital. Carlos le explica que solo es un testimonio, una denuncia moral, que no es nada oficial, que es contar simplemente lo que pasó. Ella no lo dice a sus padres,

sabe que se habrían negado, pero siente un compromiso con el doctor y en el fondo quiere conocer lo que se discute en esa institución, por eso se decide al fin.

Clara está relatando dónde vive. Con su aspecto de campesina frágil, su figura menuda, su piel morena y su rostro de niña, no percibe la impresión de desamparo que transmite a los presentes. Continúa contando cómo viven en Santa Cruz, cómo eran sus hermanos, y del trabajo de sus padres para mantener a seis hijos pequeños, ella, la mayor. De su pobreza, y de la alegría de la casa, los niños siempre contentos, siempre jugando. Su padre trabaja de albañil en la capital y desde que ella trabaja como promotora, su madre queda en casa, ya no va a la hacienda. Explica que sus hermanos pequeños son pastores y cuando llegan de la escuela, el mayorcito se va con los pequeños al páramo, con diez borregos, dos vaconas y dos puercos.

* * *

“Así pasó ese día -según contó Tomás, su hermano sobreviviente-. Salen a las dos de la tarde al pasto, el Wilmer llora porque la mamá lo quería atajar en la casa, pero él, rápido, rápido, sale corriendo detrás de sus hermanos. Esta agripado y tiene que tomar los remedios que le dio el doctor. Mamita corre tras él y le amenaza con pegarle, él “changa” unas chilcas y sigue, no más, corriendo hasta que alcanza a los ñaños. ¡Nunca tenía miedo de nadie!”.

Van por la calle uno, la más cerca al páramo. La comunidad

tiene cinco calles, y de sur a norte se le conoce a cada una de ellas por el número correspondiente. Ellos viven en la calle tres, pero para subir al páramo toda la comunidad usa la calle uno, que da directamente a un chaquiñán que acorta el trayecto; es un camino peligroso, estrecho y empinado, con un terraplén a un lado. Cuando se tiene más ganado se prefiere el otro camino, es más seguro, pero ellos, con tan poco ganado, siempre van por allá.

“Fue el Pascual, el mediano, quien lo había sabido encontrar -sigue narrando Clara- Vio brillar en el suelo un “aparato” de metal y lo dio sacando de la arena. El Wilmer Patricio, un travieso de tres años, se acercó al hermano y empezó a querer coger la granada. El Tomás les decía que apuren. Ellos, chuta, le enseñan -esa que dicen- granada, ellos la vían como pelota de metal. El Wilmer le arrancha al ñaño y esconde entre su saco, -así mismito, cuenta el Tomás, mi ñaño, dice Blanca, que divisa una que otra mirada incrédula- después la esconde bajo un cabuyo del camino, y dice que hablaban que a la vuelta llevarían a la casa para abrirla”.

Están toda la tarde en el páramo, juegan mientras pastan los animales y se pelean más de una vez, por las cosas que siempre pelean los hermanos. A las seis de la tarde, cuando ya empieza a oscurecer emprenden el regreso. Ya se han pasado del sitio donde está escondido el artefacto. Es Wilmer quien se acuerda y corre rápidamente a buscarlo; le persigue Pascual, está furioso por que reclama como suyo el hallazgo. Con la granada entre las manos, uno dice que es suya y el otro también, forcejean los dos, y ya Tomás se disponía a poner paz entre hermanos cuando, en

un descuido, los borregos se entran al potrero del vecino, él corre a echarlos de allí. En ese momento ocurre, una gran explosión que lo tira al suelo.

Por un momento Tomás se queda sordo, no sabe qué ha pasado. Se incorpora, una gran polvareda rodea el sitio donde estaban sus hermanos, se friega los ojos y corre hasta el lugar. Lo que ve le acompañará por el resto de su vida, sumiéndole en pesadillas y en el horror. A sus pies su hermano Pascual, partido por la mitad, aún mueve los brazos y la boca, tiene los ojos abiertos aunque ya no puede ver; al lado, trozos de lo que había sido Wilmer se desparraman por toda la zona. Los animales, espantados, han salido corriendo despavoridos, una vaca está en el suelo malherida. El trata de coger a su hermano pero lo suelta aterrorizado al ver que le faltan las dos piernas y parte del abdomen. En ese momento se desmaya y así lo encuentran los vecinos que acuden de inmediato al lugar.

Mientras cuenta los hechos, a Blanca se le quiebra la voz, no puede dejar de sentir una inmensa pena por todo lo pasado. Siente pena de sus hermanos muertos y también de Tomás su hermano sobreviviente. Recuerda cómo llegó a la casa, el rostro pálido descompuesto, los ojos muy abiertos, desencajados y sin poder articular palabra. Solo al día siguiente, tuvo valor para contar todo; su expresión no obstante, siguió por mucho tiempo llena de terror.

Con mucha rapidez se efectúa el entierro. Fue muy penoso recoger los restos de los niños, hasta los hombres más fuertes de la comunidad estaban enfermos con la visión. Una vez más, como

siempre que ocurre una desgracia en la comunidad, la gente se solidariza de inmediato con los dolientes y acompañan el triste momento, tanto con su presencia como con lo que tienen. En el velorio la gente empieza a decir que son los soldados del cuartel cercano. Un grupo va al reducto e informa de lo ocurrido; el capitán manda dos camiones que bajan al pueblo con los comuneros, para la autopsia y el entierro. “El cabildo le pide a papá que denuncie, que vaya al cuartel. Él va para allá y lo reciben, pero cuando empieza a reclamar, culpan a las bandas guerrilleras y prometen dar trabajito seguro, dan platita para entierro y así mantienen la boca cerrada a mi papá, pobre” -dice Clara-.

Los dirigentes se indignan cuando se enteran que ha cogido el dinero. Él en cambio alega que tiene miedo, que al fin y al cabo ya nadie le puede devolver la vida a sus hijos. Ellos dicen que no hay derecho que esto suceda, que otra vez también murió un anciano por lo mismo y que nadie movió un dedo. Hasta cuándo tendrán que exponer a sus hijos y a la comunidad, al descuido ajeno. Pero él tiene miedo, teme la represalia de una institución tan poderosa. “Mala suerte, Diosito lo ha permitido así -dice- Semejante atraso tenemos, y yo, pobre, he de quedar bien gastado si denuncio.” Decía que le costaría mucho dinero y nunca ha visto perder a un poderoso. No lo pudieron convencer.

El doctor le cuenta que hay una organización, la Comisión de Derechos Humanos, que pueden conseguir un abogado gratis, pero todo es inútil. Hasta sale a la luz pública una prueba inequívoca de que es un artefacto militar, pues un viejito saca de entre sus pertenencias otra granada, que permanece guardada

debajo de la cama desde hace varios meses, cuando la encontró asimismo en el páramo donde van a hacer las maniobras los militares. Tomás confirma su similitud con la que explotó, la llevan al cuartel e inmediatamente la requisan.

* * *

“Todo esto ocurrió hace ya tres meses, no hicimos nada, por miedo. Nosotros nos quedamos -por esto y por todo- tan nerviosos, que tuvimos que hacer tratamiento. Mamá tuvo el “ataque”, por pena, las manos encogidas, duras, hecho puñete. Las piernas también se querían encoger, se moría un rato y después volvía. Le daban de tomar agüitas, le ponían colonia...”.

“Vuelta, el Tomás -sigue su relato, Clara- se quedó sin pelo, en una semana sufrió la caída del pelo por pena, por “espanto”. No quería comer, solo agua, le daba diarrea, tenía todos los días pesadillas. Juntos, mamá y él, lloraban horas sin parar, él acordándose del horror que no se apartaba de su cabeza y mi mamita recordando a sus hijos, ya criados, ya grandecitos, que se habían ido juntos, sentía lástima de sí misma como madre, que tenía que llorar la muerte de dos hijos a la vez. Para el “espanto” se hizo llamar al curandero, hay que llamar a la sombra que se pierde, -así dijo el limpiador- se dice tres veces shungo, shungo, shungo, se hace la señal de la cruz en el pecho y se reza tres padres nuestros a Diosito y a la Virgen del Rosario”.

“El Tomás mejoró, aún se está recuperando, parece que el pelo le empieza a retoñar. Mamita está más tranquila y el

trabajo de la casa poco a poco está mejor. Ahora, papá trabaja en la capital, como siempre, porque nunca le dieron trabajo, los “chapas” -concluye-.

La calle uno se convirtió en leyenda; hasta ahora, a los tres meses del accidente, hay quien encuentra trozos de carne ya acartonada entre los cabuyos y los eucaliptos. Dicen que los primeros días hasta bajó el lobo del páramo, a comer la carroña. Dejaron el hueco que se hizo con la granada, como advertencia y ya no utilizaron ese camino, decían que era peligroso, que daba mal aire al que pasaba por allí.

Pero la memoria es frágil y la gente olvidará el hecho, en poco tiempo retornarán de nuevo a la vieja ruta, por la comodidad de cortar camino.

Así termina el relato Clarita, dejando esa sensación de terror, angustia e impotencia en la audiencia. La sangre de estos inocentes conmovió la conciencia de la concurrencia, pero se derramó inútilmente en los campos.

CAPÍTULO VII

MERCANCÍA

Cada mañana la misma escena, a partir de las siete los niños esperan sentados la llegada de la promotora. Desde que comenzó el programa de salud, hace un mes, desayunan algo más que agua de panela.

Los cuatro, sentados en la puerta de la choza, vigilantes, esperan sentir ladrar al perro del vecino, es la señal. Se mueven inquietos, tienen hambre, sienten el sabor de la rica y caliente colada en sus bocas. Aunque el programa es solo para los dos chiquitos, Lucía y Enrique, sus hermanos Bolívar y Pancho, de cinco y siete años, saben que tendrán su ración. Se ha convenido que así sea, todos los días les reparten un vaso de colada para cada uno.

Pancho, el mayor, de oscuros y brillantes ojos cafés, con mirada encendida, mantiene abiertos de par en par sus ojos como una gran lámpara, esperando el momento del desayuno. Sostiene en brazos a su hermana que duerme plácidamente. Bolívar y Enrique se entretienen sentados, jugando a espantar con unas ramas las moscas que se posan a la entrada de la casa.

* * *

Hace ya diez meses que llegó la noticia de la muerte de Francisco. Murió en la capital, no se supo bien cómo fue, parece que murió atropellado por un autobús. Cuando se cansó de llorar,

Ana se preguntó qué iba a hacer con cuatro hijos. Los padres de su marido querían a los dos mayorcitos, ella prefería seguir como hasta ahora, viviendo todos juntos. Quería que todo fuese igual que cuando estaba Francisco.

Cuando vivía el marido eran muy pobres, pero no les faltaba qué comer, ella trabajaba en la hacienda cuando podía, pero con hijos pequeños era difícil. Cuando nació Ana Lucía, dejó de trabajar. Con veintitrés años, nunca tuvo juventud, nunca disfrutó, solo se había pasado pariendo, desde adolescente. Era una mujer descuidada y perezosa, el marido siempre le pegaba cuando llegaba de la ciudad a meterse en una choza inmunda, los niños siempre sucios, con hambre, y ella indiferente.

Desde la muerte de Francisco, ella no se dedicaba a nada. Los primeros meses fue pasando con lo que tenían, se endeudaba en la tienda para comprar víveres y fue vendiendo la cocineta, el tanque de gas, más tarde las herramientas del marido y por último la bicicleta. Cada día aumentaba la miseria en esa casa, se comieron los cuyes que correteaban por el cuarto y también las gallinas. Ya no les quedaba nada. Fue entonces, cuando pensó en trabajar en la hacienda.

Un tío ayuda a Pancho desde la muerte de su padre. Se hace cargo del niño, le compra la ropa y la lista de útiles, para la escuela, pues ya está en segundo grado. Cuando Ana decide trabajar en la hacienda, saca a Pancho de la escuela para que cuide a sus hermanos. Ni siquiera se lleva a Lucía, la pequeña; dice que mejor se quede en casa, pues quiere quitarle el seno. Los cuatro niños se quedan solos todos los días.

La mamá no les cocina nada. Les da el desayuno temprano, agua de panela con máchica y a las cuatro de la tarde, cuando regresa, prepara una sopa para todos. A veces les deja papas para que cocinen ellos mismos. Pancho se encarga de todo. Enciende el fuego con pajitas finas y sopla con un tubo hueco, de hierro, para avivar la llama. Cocina, para todos, papas con cáscaras. Ha aprendido con facilidad. Frecuentemente, sus hermanos le piden sopa, entonces pela las papas con suma destreza, para no desperdiciar ni un poco de pulpa y sale con los hermanos a buscar berros, en el potrero, pone un poco de achiote, que está en una lata de atún vieja y mohosa, y listo. Todos se sientan en el suelo, alrededor del fogón a comer el caliente caldo.

La choza tiene un solo ambiente con el fogón al frente y un par de camas a los lados; en las vigas reposan colgadas las escasas ropas. Dos ollas viejas y ocho platos es cuanto hay en la casa.

* * *

Un niño juega con una pelota vieja, el pantalón amarrado con un hilo, sin medias, con zapatos viejos, es Bolívar. Le pregunta a su hermano Pancho. ¿Qué vamos a comer hoy?

Enrique un nervioso y tímido chiquillo, muy activo, se asoma a la puerta de su casa, mirando a uno y otro lado, después de haber hecho una de sus inocentes travesuras: dejar caer del catre las viejas mantas y arrastrarlas por toda la choza.

Se sienta familiarmente encima de la cama, y así, con las diminutas piernas colgantes, mostrando unas rodillas llenas de

tierra, Lucía espera la hora del almuerzo.

Los niños subsisten gracias a Pancho, quien con siete años parece un niño de cinco, pequeño y endeble. A pesar de todo siempre se crió bien. ¡Es de constitución fuerte! Durante sus primeros años sobrevivió a la bronquitis, el sarampión y varios episodios de diarreas. Podía tomar día tras día esas coladas aguadas, poco nutritivas, siempre las mismas. Pequeño y desnutrido, pero resistente. Un niño a favor de la vida, que no se deja vencer fácilmente. Su mirada, llena de alegría, reluce en sus ojos redondos y graciosos, y sus frágiles manos siempre están dispuestas al trabajo. Es esperanzador ver a ese niño, con responsabilidades prematuras, siempre alegre y jugando, sin dejar de cuidar a sus hermanos.

La tía Elena, que vive cerca, ayuda a veces; ella tiene así mismo una familia numerosa, es hermana de la madre y sabe que ésta es un desastre. Les lleva lo que tiene, “tostado”, una coladita y ahora, en tiempos de choclos, ha llevado varias veces con choclitos tiernos. “Viven botaditos, “carcosos” -dice- así, una lástima, viven los guaguas”.

Todos están en la choza, parece que pronto empezará a llover. Pancho prepara los choclos que le regala su tía. “Eso me sale muy bien. Mis ñaños se comen hasta la tusa” -dice Pancho-.

De un momento a otro el cielo se oscurece, parece que va a diluviar, hace frío. Los niños, envueltos en una cobija, esperan que su hermano termine de cocinar. De un momento a otro empieza el ruido, cae un granizo grueso, desde el techo de la choza comienza a precipitarse una multitud de trozos de hielo, que

aterrizan desordenadamente en el piso de tierra. Pancho deja el cucharón y se enrolla en la manta con sus hermanos. Tiene miedo. El camino se tapiza en un momento de una alfombra blanca.

Niños solos, niños olvidados, son como mercancía, de aquí para allá. Ahora que son pequeños no valen nada, más tarde sí, trabajarán y traerán dinero.

“Otras madres son distintas, aunque no tengan leche les gusta llevar cargando a sus hijos, el niño les sigue tascando, les saca sangre pero sigue pegado al pecho” -la hermana critica a Ana, su falta de sentimientos-. No puede entender cómo deja a Lucía sola. “A veces se caca y Pancho no se sabe qué hacer, él tan es guagua, no sabe qué poner, el otro día, vuelta la vi con la blusa de la mamá, como vestido, parecía payasita. El Enrique, el travieso, se sentó en el fogón y se quemó el “rabo”, le andaron a llevar breve, al subcentro. ¡Uta, es una desgracia!”.

* * *

Al principio, cuando comenzó el trabajo en la hacienda, Ana llegaba por la tarde, lavaba la ropa y preparaba una colada; después, pasan los días y cada vez llega más tarde, cada vez se olvida más de los hijos. Es que Ana anda enamorada. Él le pide que se vaya a la costa, le está insistiendo para que se vaya con él. Se va con Lucía. Los tres ni se enteran, quedan solos en casa. Al día siguiente, les recoge la abuela paterna.

Un mes ha estado fuera. La deja el novio. “Para mantener a mujer e hijo ajeno, mejor volver a mi tierra y mantener los míos

propios” Vuelve arrepentida. Hoy vive con los suegros. Trabaja en el bosque cargando madera, lo hará hasta dar a luz. Después ya verá. Pancho vive con el tío, le trata bien. Sus hermanos echan de menos la rica comida que preparaba y él extraña sus risas y juegos.

CAPÍTULO VIII

LA REBELIÓN DE LAS MUJERES

Decir que el doctor se asustó más de lo previsto, no es suficiente; solo la irrefrenable curiosidad, pudo más que el temor de verse envuelto en la pelea.

María Fernanda, joven madre de San Pedro de Arriba, es una mujer que pone por encima de todas las cosas a su familia: su esposo Segundo, un agricultor que a veces trabaja en la hacienda como peón y otras se la pasa haraganeando por la comunidad, sus tres hijos varones, de cuatro, dos años y ocho meses. Ella se siente feliz amando a su esposo, criando a sus hijos, cultivando la tierra, guardando a sus animales y cuidando la casa. Pero, como muchas mujeres en la comunidad, tiene que soportar con impasibilidad la violencia de que es objeto por parte de su marido.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que, aquel viernes, Segundo había bebido más de lo habitual: mezcló “puntas”, aguardiente de caña elaborado de forma artesanal, con ron de segunda, comprado en la tienda del compadre Francisco. Bebe con los amigos hasta ponerse el sol. Perfilando el camino de su casa con un paso titubeante y recorre los trescientos metros con la euforia creciente de su borrachera, que despierta en su mente una agresividad brutal, tan incontrolable, que solo se calma cuando descarga sobre su esposa una serie de golpes rudos, toscos e irreflexivos o convierte su furia animal, en un abrazo forzado, torpe y cruel. Como en la última borrachera, a la que ella achacaba su actual embarazo.

Darío Manuel, el hijo mayor del matrimonio, está con fiebre desde hace dos días. Mercedes, la promotora de salud, avisa al doctor, que tenía que asistir a una asamblea en la comunidad, para aprovechar de paso, la ocasión de visitar al niño.

Cuando Segundo entra en la casa se pone un poco inquieto, pues divisa en la puerta el carro del “programa”; intempestivamente abre la puerta del cuarto y la escena que ve, o más bien creyó ver, le nubla la escasa conciencia que le queda.

Sentado en la cama, Carlos, el médico, se inclina sobre el pecho del niño, terminando de auscultar sus pulmones. La madre consuela al hijo acariciando su frente y secando las lágrimas. Sentada en el lecho, muy cerca del doctor, contiene el llanto del pequeño, susurrando palabras de alivio, para facilitar el trabajo del facultativo.

Un torrente de sangre se agolpa en las mejillas de Segundo, una cólera ciega vela su vista, los celos, tortura perpetua del hombre campesino, le impiden razonar. Acercándose de improviso a su mujer, le propina una imponente cachetada, que resuena en la habitación como un crujido en la maleza. De repente, el niño cesa en su llanto y la escena queda como detenida, congelada, tal fue la sorpresa y estupefacción de todos los presentes.

La casa está recién pintada y el patio se halla en un impecable orden, un rimero de leña cuidadosamente apilado se observa cerca de la puerta de la cocina. Con creciente furia María Fernanda fue saliendo de su estupor, envalentonada por el respaldo que supone la presencia del doctor, y herida en lo más profundo de su amor propio, al verse humillada a la luz pública cuando siempre las

peleas y los golpes habían guardado la debida intimidad.

Emerge del cuarto con paso firme y desafiante, alargando el brazo hasta el montón de leña, coge una “raja” entre sus manos, y acordándose de todos los consejos y enseñanzas de doña Mercedes y las conquistas de sus compañeras, siente que el momento de la liberación ha llegado. A un tiempo se abalanza sobre su esposo, exclamando:

“Yo no tengo miedo, yo no tengo miedo a la muerte. ¡Si me matas, me matas! pero ya no dejo, no más, que me pegues”

Y diciendo esto, empieza a propinarle una lluvia de golpes que, sorprendiendo a Segundo, le hacen perder el equilibrio, aterrizando de un traspíe en el suelo, el cuerpo lleno de cardenales y magulladuras, el alma entre un sentimiento de culpa y vergüenza. Termina atendido por el doctor que, lívido aún y casi paralizado, ha presenciado todos los acontecimientos, tan de cerca que, aún con el miedo dibujado en su cara, se asombra de no ver estampado en su rostro, uno que otro palazo que, desviando su trayectoria, fuese a detener con su perfil.

En la memoria de los acontecimientos, María Fernanda no olvidó la expresión de incredulidad del doctor durante el desarrollo de los sucesos, que nunca pensó presenciar en una comunidad campesina perdida en la serranía andina.

* * *

San Pedro de Arriba, como su nombre indica, es una comunidad de altura, en el páramo, a tres mil metros sobre el nivel del

mar, pequeña, con aproximadamente ochenta familias dedicadas a la agricultura, desierta entre semana, pues la mayoría de los hombres salen a trabajar a la ciudad, alegre y bulliciosa los días festivos, cuando la comuna se reúne a discutir y a hacer deporte. Fría y tranquila, la vida se desarrolla a la sombra del volcán, que se divisa por el nororiente, cuando hace buen tiempo. Los antecedentes del relato anterior hay que buscarlos en el desenvolvimiento de la vida de esta comunidad.

* * *

Mercedes, la promotora, fue siempre una mujer de empuje. Desde que la comunidad era jurídica, cada año el teniente político de la parroquia que acudía siempre a las elecciones, tenía que imponer de mala gana su función a Mercedes. Ha desempeñado multitud de cargos en el cabildo, desde tesorera a vicepresidenta, sin que pudiera aún ser elegida presidenta de la comunidad, no por falta de méritos, no por apoyo de sus convecinos, sino por el mero azar de ser mujer, en una cultura donde el hombre es el que detenta el poder.

Sin embargo, siempre se la podía ver dirigiendo las asambleas, resolviendo los conflictos comunales y encabezando las comisiones que periódicamente bajaban a la ciudad para hacer los reclamos correspondientes y, conseguir mejoras para la comunidad.

Mercedes se preocupó, sin cesar, por colaborar con las mujeres de su comunidad, desde su participación en el club de madres,

formado a raíz de un proyecto de alimentación complementaria para los niños preescolares y madres embarazadas, dependiente del subcentro de salud de San Pablo Alto, hasta su ayuda en los talleres de salud y corte y confección que dependían ahora del “programa” que está en marcha en la comunidad, y del que ella es promotora de salud. Sin que medie interés personal -pues solo tiene una hija adolescente, que está por finalizar bachillerato y comenzar en la universidad la carrera de administración de empresas- ella colabora en todas las actividades.

Es respetada, querida y admirada por toda la comunidad, en especial por las mujeres que ven en ella la personificación de todas sus aspiraciones y esperanzas. Menuda, pequeña e inquieta, supera con pocos los cuarenta años y, como todas las campesinas a su edad, Mercedes es una mujer gastada por el trabajo extremadamente duro del campo, pero llena de la sabiduría popular que le da el contacto con las penas y alegrías de las cosas más sencillas de la vida; y poseedora de una vitalidad que le nace del compartir y luchar con su comunidad.

Las reuniones con las madres tienen el sabor de la confianza, del testimonio. Después de abordar el tema del día, siempre se desemboca, irremisiblemente en el asunto que preocupa, por sobre todo, a las mujeres: la familia. Se habla de la miseria del campo, de la alegría de ver crecer sanos a los hijos, de los problemas con los animales y la chacra, del sufrimiento por la pobreza, en fin, de todo lo que constituye lo común de la vida. Obligatoriamente el final de la charla versa, una y otra vez, sobre los maridos y la condición de esposas sumisas y maltratadas.

Es tradicional, en todas las familias campesinas andinas, que el hombre sea el productor y el jefe del hogar. La mujer es un ser preparado y educado para la servidumbre y obediencia al varón. El poder del hombre sobre la mujer es un fenómeno de orden cultural; la mujer ha sido presentada como un ser extremadamente frágil, prescindiendo del hecho de que la mujer campesina es la que asume el peso más fuerte y constante del trabajo en el hogar, en el campo y en la educación de los hijos. Sin embargo, es considerada como un mero instrumento de reproducción de la especie.

El hombre, en cambio, posee valores como fuerza, seguridad, independencia, trabajo y poder. “La mujer tiene que estar sujeta al esposo, para eso se casó, así lo ha establecido Dios”. Por eso se la mantiene en un plano secundario, pasivo, teniendo que demostrar humildad, paciencia, sufrimiento y resignación. La sujeción al marido llega al máximo cuando el dominio adquiere una dimensión dramática, que se manifiesta en la actitud de violencia del hombre hacia la mujer. Las mujeres campesinas son maltratadas no solo por celos, por rebeldía, por haber cometido alguna falta, sino para exhibir el poder y el derecho de dominación del varón.

Mercedes, que siente en su alma muy sensible toda clase de injusticias, poco a poco ha ido abriendo los ojos de las mujeres: les muestra su estado, reflexiona con las madres, cuestiona los imperativos ancestrales que se han ido reproduciendo de generación en generación. Poco a poco ha ido formando el espíritu crítico de sus compañeras, a fuerza de analizar los hechos coti-

dianos. Poco a poco han ido desentrañando las distintas formas de violencia del hombre para con la mujer y se han ensayado posibles soluciones.

Dejando a un lado las reflexiones filosóficas, Mercedes pasa inmediatamente al campo de la praxis. El campesino posee una mente concreta, le cuesta conceptualizar los sentimientos, expresar en palabras el amor, el gozo o la tristeza. En cambio, es más fácil expresar en acciones los pensamientos, que es la verdadera forma de mostrar lo que se siente en profundidad.

Les cuenta a sus compañeras cómo su vida cambió sustancialmente al comenzar a enfrentar la agresión de su marido borracho. Les explica cómo planificar las estrategias de ataque, cómo un día se decidió sobre la marcha a poner fin a su opresión. Cómo al fin, empuñando una sartén como arma, propinó un rotundo golpe al marido, que se derrumbó a los pies de Mercedes, “la chiquita”, como la llaman cariñosamente. Era divertido verla, tan menuda y diligente, remedar las poses que adoptó en el combate, sus ropas lamiendo el aire, simulando los movimientos de la lucha.

Esta hazaña fue un paradigma para todas las mujeres de la comunidad. En un año se fueron sumando sucesos similares a los protagonizados por Mercedes. Con su manera de decir, seguía aconsejando al grupo, en el arte de “rebelarse”. Tenía un tratamiento individual de los casos, daba un consejo particular para cada ocasión, y cada día se sumaban más adeptas a la “asociación de mujeres rebeldes”.

Les recomendaba, hablándoles en forma aleccionadora:

“Los maridos, cuando se chuman, tratan mal, vienen renegados, bravos, peleones, pegan no más. Cuando se les reclama entonces se portan más groseros, hasta patean donde les coge...” “Cierto, cierto” -exclamaban exaltadas las mujeres-.

“¡Hasta cuándo vamos a dejar que nos peguen, unidas conseguiremos que cambien!” -gritaba Mercedes contagiada de la excitación del grupo-.

* * *

Con un estruendoso golpe vuela por los aires la motorista en funciones, cayendo estrepitosamente sobre el barro del camino; sus faldas revueltas y empapadas, tapan por un momento su rostro. El vehículo sigue rodando unos segundos hasta tropezar con un montón de piedras, aplastándose de nuevo el abollado guardabarros.

Como todos los sábados, doña Mercedes ayudada gentil y pacientemente por su marido, aprende el difícil arte del manejo del volante. Unas carcajadas suenan desde lo alto del patio de la escuela, es el grupo de mujeres que espera, como cada semana, el desenlace de la clase práctica, único momento en que pueden reír sin temor de ver desencadenarse la furia de doña Mercedes.

“Por Dios que he de poder no más, la otra semana probaré vuelta con pantalones. ¡Ya mismo haré las compras solita, en la ciudad...!” -diciendo esto, doña Mercedes se levanta del suelo con mal humor-.

Ha transcurrido una semana desde la rebelión de María

Fernanda. Ahora todas las mujeres se encuentran en la casa comunal, María Fernanda instalada entre sus compañeras, su hijo pequeño a la espalda, repite una y otra vez el episodio. A su lado está doña Mercedes que sufre cada vez que refiere la intervención accidental del doctor.

“Pues sí, nos dimos una gran “pisa”, pero yo le gané, le di duro, le di de chirrazos, le hinché, le tapé un ojo...” -explica María Fernanda, entre el silencio de admiración de sus compañeras-.

-Continúa diciendo- “Ya nos hicimos de a buenas, ahora me quiere harto. ¡Está como cuando enamorados...! Cuando dé a luz al próximo guagua quisiera que sea una niña, y me gustaría que se parezca a usted” -con estas palabras, aprieta las manos de doña Mercedes, con un gesto de agradecimiento y complicidad.

En la ventana, se oye la voz de Segundo. Asoma la cabeza, todavía se le notan las señales de la pelea, en el rostro.

-Se dirige a su esposa diciendo- “¡Mijita que ya nos atrasamos, vamos no más a controlarte el embarazo a San Pablo Alto!” -María Fernanda sale y, sin más, su esposo le rodea el cuello con el brazo-.

El grupo de mujeres, conteniendo la risa, ve como se aleja por el camino la feliz pareja.

CAPÍTULO IX

NACER DE LAS CENIZAS

Desde temprano están esperando. Piedad y Ramiro, los padres del niño, permanecen cerca de la caja; más allá se encuentran los familiares, abuelos, tíos y parientes, en total, no suman más de doce personas. Todos esperan la llegada del sacerdote para el entierro. Hoy treinta y uno de diciembre, último día del año, el padrecito tiene mucho trabajo, “está en misa en una comunidad”, les dicen en la casa parroquial. Todos esperan al pie de la iglesia, en la escalinata, cuatro peldaños que suben hasta la puerta principal.

Allí, en el frío de la mañana, aguardan, unos sentados y otros dando cortos paseos. Hablan en voz baja, como si temieran despertar al muerto; el viento sopla llevándose las voces quedas de la familia. No hay nadie en la plaza. De vez en cuando aparece un grupo de campesinos que se dirige al subcentro de salud y poco después se regresan contrariados, pues no encuentran a nadie en la consulta. Otra vez reina el silencio. Un perro recorre la plaza y se para en cada banco a husmear las señales de sus congéneres. Los dolientes se sientan en los bancos del parque, en los peldaños de la iglesia, van a la tienda de la esquina a comprar pan y, callados, se reparten entre sí la caliente masa recién salida del horno.

A veces el viento trae un murmullo, como un lamento, y se aleja de nuevo con su dolor. Piedad amamanta a la pequeña. Sus ojos, como distraídos se pasean por la plaza y terminan el recorrido en la caja, gris, diminuta, un insulto a la vida; entonces

se le escapan unas lágrimas que quedan un rato colgadas en sus mejillas, hasta acabar de resbalar del todo. Ramiro, serio, muy derecho, la acompaña impotente con una inmensa tristeza.

Llevan ya más de tres horas de espera, parece que la noticia no le llegó al padrecito. Hoy tienen que enterrar al pequeño, tiene que ser hoy, pues mañana, año nuevo, puede ser más complicado. La tenencia política está a un costado del parque; el teniente político, máxima autoridad del pueblo, se acerca a los dolientes. Se congregan alrededor para saludarle. Todos están muy agradecidos, la madre de Piedad se acerca con un costal conteniendo dos gallinas y se lo entrega al hombre. “Dios le pague, taita amito” -se retira agradeciendo, haciendo un ademán de besarle la mano-. Se ha portado muy bien con ellos, no ordenó hacer la autopsia del niño.

Ayer, cuando subió a Santa Cruz, para hacer el levantamiento del cadáver, y vio el cuerpo carbonizado, tomó la decisión. “Por la fecha se hace difícil encontrar médico, y si traen uno de la ciudad, les costará más de ochenta mil, con los otros gastos, no se salvan por menos de cien mil, y como yo he visto que estaba completamente quemado, no hay problema, yo autorizo” -diciendo esto, regresa al pueblo-.

Ahora se vuelve a acercarse para confirmar lo que dijo el día anterior. “Lo ven, la fecha es fregada, no hay nadie en el pueblo” -dice, como queriendo justificarse él mismo-, ya que sabe que ha obrado contra la ley, que exige la realización de la autopsia por cualquier muerte súbita, de la naturaleza que sea. “Vean, ni siquiera asoma el padrecito” -prosigue, asegurando las dificultades-.

* * *

En la soledad de la plaza, Piedad, mientras mira la caja recuerda con angustia cómo ocurrió todo. Cómo tuvo que contarle al marido, con suma culpabilidad, lo que había pasado.

Desde hacía varias semanas una banda de ladrones de ganado merodeaba por los alrededores, haciendo de las suyas en las comunidades vecinas y también en Santa Cruz. Esa noche, cuando todos estaban dormidos, Piedad siente un ruido en la casa de los vecinos, se levanta con miedo y piensa en los ladrones. Ellos tienen una vaca y tres chanchos grandes; además, tres borregos duermen detrás de la choza, en un corral, al cobijo de un techo de paja y unas hojas de zinc, ya viejas.

Se levanta sin hacer ruido, sus hijos duermen. Coge a la pequeña que empieza a llorar y la carga en la espalda. María, la mayor, duerme con su hermano Ricardo y Luis comparte la cama de su madre, con la hermanita pequeña. Les mira en la penumbra y sale. Por precaución cierra por fuera la choza, no quiere que salgan los niños en una noche tan fría, todavía están con gripe. Descalza, revisa los animales y cuando se dirige de nuevo a la choza, la alertan los gritos de sus vecinos, se para un momento a escuchar y oye como desesperadamente piden auxilio.

“Ladrón, ladrón, nos han robado el ganado” -alcanza a oír-. Sin pensarlo dos veces se dirige donde sus vecinos. Piedad se acerca, es un griterío, mamá Panchita llora sin consuelo. Le han robado las dos vacas y el ternero, los perros se desgañitan ladrando. Ya acuden otros vecinos alertados por los gritos. To-

dos comentan que no pueden estar lejos, que ellos han sentido, hace un momento, escasamente, cómo ocurre todo, que hay que ir tras ellos.

Cuando se deciden a partir, alguien mira en dirección de la casa de Piedad y avisa del fuego. Después culparon a los ladrones de incendiar la choza para distraer la atención de la gente. Eso nunca se sabrá, hay quien dijo que vio como alguien introducía papeles ardiendo por la ventana de la choza. Pero en verdad nadie supo cómo se inició el fuego, ni siquiera los niños que estaban profundamente dormidos, solo se supo que, en pocos minutos, las llamas consumieron la frágil vivienda.

María puede saltar entre las llamas y salir corriendo, tosiendo y muy asustada, logra salir antes que todo se envuelva en llamas. La pared de adobe es tan endeble, que la derriba fácilmente. Ricardo despierta sobresaltado, sin saber qué ocurre. No puede respirar, entre el humo ve como su hermana brinca por la pared. Sobresaltado se pone de pie en la cama y sin pensar dos veces da un salto, logrando escabullirse del infierno. Hasta más tarde no empieza a sentir el dolor de las quemaduras, tal era el pánico en que se hallaba. Cuando ambos están afuera, llegan todos. La madre, espantada, grita como loca. La niña dice que Luchito está adentro, pero ya la choza es una tea incontenible; un joven se echa por encima un poncho mojado y se dispone a entrar en la choza, cuando ésta se viene abajo, echando chispas y acabando con la vida de Luchito, quien la tragedia encuentra dormido, como después comentan viendo las piernecitas flexionadas sobre el cuerpo, en posición fetal.

* * *

Todo es confusión, todos lloran. Piedad, impotente, mira su casa destruida y grita el nombre de su hijo. Mucho más tarde, se da cuenta de que tiene los pies quemados, de caminar entre el fuego, descalza, sin sentir nada. Un dolor que nace desde muy adentro, le atenaza el pecho. Su Luchito ha muerto, su casa está destruida, nunca pensó sentir tal desconsuelo, no le queda nada, ni siquiera ropa con qué envolver a sus hijos; todos sus esfuerzos de años se pierden por completo, en un instante.

Como siempre en estos casos, los vecinos acompañan a Piedad. Mamá Pancha los lleva a su casa, se ha olvidado por completo del robo, solo piensa en el dolor de esa madre y sufre con ella. Le da de tomar un vaso de fuerte trago y saca ropa para los niños, que se cambian mientras ella les prepara una agüita caliente. Ricardo no para de llorar, se niega a ponerse nada encima y entonces ven la dimensión de sus quemaduras, tiene el brazo y la mano en carne viva y su espalda está llena de ampollas, también su carita. Todo su cuerpo tiembla de dolor y miedo.

La comunidad está en pie. Ya todos saben lo ocurrido, la promotora acude inmediatamente, se asusta al ver a Ricardo, no sabe qué hacer, le da una aspirina. Un grupo de personas se organiza para ayudar, tienen que esperar al amanecer, pues ahora no pueden hacer nada. Por desgracia, no hay un solo carro en la comunidad, y ya es más de media noche. Por la mañana llamarán al doctor Carlos a la ciudad; él ayudará a trasladar al niño hasta el hospital, con el carro del “programa de salud”.

Quieren ir muy temprano al pueblo, tienen que avisar al teniente político y comprar el ataúd. Cuando sacan el cuerpo de Luchito de entre los escombros, de entre las cenizas de la choza, todos quedan impresionados; el pequeño está irreconocible, completamente carbonizado, con un olor característico a grasa y piel quemada. Le tapan con una vieja cobija que milagrosamente se ha salvado de consumirse totalmente en el flagelo. Esa cobija media quemada guarda de la vista, en ese escenario de muerte, tan horrendo espectáculo. Solo una parte, el brazo derecho rígido, se abre sobre los bordes de la lana chamuscada, dejando ver unas manos negras e hinchadas.

* * *

A Ramiro se lo dicen por teléfono. Él trabaja en la capital desde hace años, trabaja de peón y ahora cumple tareas de “guachimán” en una construcción, junto a su hermana y su cuñado. La señora de la tienda de la esquina, donde hacen compras, le llama a las seis; tiene una llamada urgente de la comuna. Así se entera. Él pensaba viajar ese mismo día a Santa Cruz, pues ya acordaron con su hermana y cuñado que a ellos les tocaba cuidar la obra, durante el fin de año, ya que él se quedó de guardia en Navidad. Con los ojos anegados en lágrimas cuenta que ha perdido su casa, aún no sabe lo del niño, de eso se entera cuando llega, cuando ve la manita saliendo de entre la manta.

Para Piedad todo transcurre como en sueños hasta que llega el esposo. Ella tiene miedo de que la culpe de todo. La actitud de él

la tranquiliza; pensó que le iba a maldecir y le iba a echar en cara todo, y en verdad eso iba a hacer, pero la pena y la desesperanza pudo más que la rabia. Él quería mucho a Luchito, era un niño muy simpático y hablador, hacía reír a todos con sus ocurrencias. Se sintió tan impotente ante los hechos, que no pudo más que arrimarse al único ser que compartía su dolor y así juntos intentar mitigar la pena. Los dos se confortaron.

* * *

Los recuerdos se agolpan en el pecho de Ramiro y Piedad, mientras esperan al cura. Los dos sufren la pérdida de su hijo. El cielo, aliado con la tristeza de los presentes, empieza a descargar pequeñas gotas de lluvia, una lluvia muy fina que les va calando mientras esperan al padrecito. A la una de la tarde, después de aguardar toda la mañana, deciden llevarlo al cementerio, no pueden quedarse todo el día, tienen mucho que hacer en sus casas. Solos, sin siquiera la esperanza de la fe católica, hacen el traslado y dan sepultura al niño. El abuelo dice un padrenuestro y un avemaría y todos hacen la señal de la cruz y se retiran. Ha dejado de llover, el viento sigue soplando en el cielo, cuando se alejan caminando hacia la comunidad.

* * *

En la fiesta de su casita nueva, un año después, cuando aún no se ha ido del todo el dolor, descubren nuevos sentimientos,

como el agradecimiento y la solidaridad. Nunca podrán agradecer a todos cómo se portaron. Hicieron una colecta y pudieron pagar el entierro y los gastos de hospital. Otra colecta les permitió comprar los utensilios de cocina y las mantas, les dieron ropas para todos y muchos juguetes para su hijo enfermo. Y lo más importante: el doctor Carlos se compromete a arreglarles un seguro contra incendios.

Un trámite largo. Ramiro es analfabeto y Piedad solo puede dibujar su nombre. El doctor quiso que ellos asuman todas las gestiones, pero se dio cuenta de que era imposible. La falta de iniciativa, unida a la ignorancia y escasez de plata, hizo que él lleve el peso de los trámites. Empieza por aleccionar a los padres para cuando llegue el inspector a visitar los restos del incendio; tienen que decir que se produjo un cortocircuito, condición indispensable para poder acceder al seguro. Más tarde se encarga de documentar el caso con todos los requisitos que le piden. Una ardua tarea que se realiza en seis meses. Hay que buscar a todos los conocidos, a algún funcionario, verse las “palancas”, hacerse el sinvergüenza. Averiguar a qué hora se le coge a tal empleado, hasta qué hora atienden, si hay que ir con algún regalo...

Una mañana el matrimonio es citado a la capital para cobrar el cheque, ellos no pueden creer que tienen en su poder tres millones y medio de sucres. Asustados, le dan el cheque al doctor para que él lo guarde, este les acompaña hasta el banco donde abren una cuenta de ahorros. Con esa plata tienen suficiente para hacer una casita de bloque.

La casa pudo renacer de las cenizas, no así la vida de su hijo.

CAPÍTULO X

YA TENEMOS AGUA

Las mujeres de San Bernardo, agrupadas en su reunión quincenal, se ríen acordándose del carnaval pasado. ¡Cómo ha cambiado todo en la comunidad, en solo un año! Se ríen de cómo fue el juego de carnaval y de cómo transportaron el agua. El año anterior aprovecharon la presencia del doctor Carlos y el equipo de salud en el control mensual de los niños, para jugar al carnaval.

Como aún no se construía la casa comunal, los controles se realizaban en la choza del centro comunal, que aunque no tenía puerta era al menos un sitio bajo techado. El control se hizo como siempre: las madres, sentadas alrededor de la choza, esperando el momento en que la enfermera llame por su nombre a cada niño. Un grupo de mujeres preparaban una fogata; pelaban papas y alistaban los cuyes, ensartados en estacas para asarlos.

Todo estaba ensayado, cuando terminara el almuerzo empezaría la batalla del agua. Las madres aguardan con impaciencia el momento, se agitan más de lo habitual, se espían unas a otras, hay un trasiego, un ir y venir constante, cuando lo común era verlas sentadas en el suelo amamantando a los niños o tejiendo su labor de punto, esperando pacientemente el turno para la visita al médico.

Si se fijaba la vista en la lejanía, detrás de la choza, se podía divisar cómo una hilera de burros cargados con baldes, guiados por mujeres y niños, se dirigían a la acequia, para aprovisionarse del líquido elemento que serviría de arma ritual, en el festejo de

carnaval. Fueron cuatro los viajes que hicieron, se podía descubrir cómo se iban turnando; y habrían traído más agua, si hubieran contado con más recipientes.

En el almuerzo, toda la comunidad compartió la comida con los visitantes, reservando para estos el mejor bocado, como siempre ocurría cuando había invitados. Las madres de familia confabuladas, se despiden para sacar de la choza al grupo. En este momento empieza el combate, la refriega. Desprevenidos, fueron atacados al mismo tiempo por los cuatro flancos.

En un minuto estuvieron empapados. Algunos lograron entrar en el carro, el doctor y la enfermera quedaron arrinconados en la choza, a merced del grupo de madres armadas con ollas y cacerolas llenas de agua y bolsas de harina, dispuestas a empapar y embadurnar a todos. Fue una guerra sin cuartel, una lucha implacable, una contienda donde se olvidaron todas las inhibiciones de uno y otro bando, una pelea en la que se midieron las verdaderas fuerzas de cada grupo. Siempre recuerdan con cariño cómo se despidió el grupo de salud, protestando, impotentes y vencidos, mientras tiritaban de frío y con el cuerpo y la cara cómicamente recubiertos de harina, mientras todos en la comunidad reían satisfechos y dichosos del triunfo.

Celebran con deleite y grandes carcajadas el recuerdo del episodio. Este año será mejor. “¡Ya tenemos el agua entubada en la comunidad!”.

* * *

San Bernardo es una pequeña comunidad, muy cercana a los páramos del volcán y casi pegada a una enorme hacienda ganadera, de la cual ellos, en otros tiempos, formaban parte. Dista un kilómetro y medio de Santa Cruz, y se puede decir que sus raíces son muy comunes y que el esfuerzo de organización se fortalece cuando se unen ambas comunidades. Aunque Santa Cruz es cuatro veces más grande, sin embargo, San Bernardo da ejemplo de unión y hermandad entre las familias.

Si uno se fija detenidamente, en cada vivienda, ya sea una humilde choza o una casa de bloque recién construida, hay una llave en cada patio. Hace dos semanas conectaron el agua. Después de cinco años de lucha lo han conseguido, el agua es una realidad.

Juana Tenelema, sentada en el potrero, tejiendo, recuerda cómo empieza toda la lucha por el agua. El grupo de mujeres está a su alrededor, unas siguen evocando la victoria del carnaval, otras discuten si participarán en el próximo curso de corte y confección -mirando donde se encuentra Juana-. Está ensimismada en sus pensamientos, teje calladamente; su hijo pequeño, Diego Armando, duerme cálidamente en su espalda.

Ella es la presidenta del grupo de madres; aunque analfabeta, toda la vida ha sido dirigente. Reúne en su persona tres situaciones de desventaja, el ser mujer, indígena y campesina. Habla y vive con sencillez, impresiona su honestidad y combatividad, es de las que no se dejan rendir.

Siempre ha soñado con la comunidad unida, conseguir todos juntos el bienestar y el crecimiento. Volver al sistema de trabajo comunitario, -como le hablaban los mayores- tiendas co-

munales, cosechas comunales, mingas, cambiamanos, economía comunitaria. La comunidad es muy pobre, no tiene tierras. La mayoría de la gente trabaja en la ciudad o en la hacienda. Aunque muy unidos, todavía no tienen siquiera una casa comunal donde reunirse. Ella quisiera transformar esta pequeña comunidad llena de retraso y decadencia, en un barrio próspero donde los niños puedan reír sin miedo al mañana.

Le viene a la memoria cómo empezó todo, hace ya más de cinco años, antes de que naciera María Luz. Cómo los dirigentes se enteran de que en la ciudad ha comenzado un proyecto de aguas para las comunidades campesinas, y que el gobierno y otras instituciones ayudan si están organizados. Ellos siempre se han unido con Santa Cruz para conseguir el progreso de la comunidad. San Bernardo solo es demasiado pequeño. Así pasó cuando lucharon por la electrificación de las comunas, se unieron y lo consiguieron más rápidamente.

La organización en comunidades comienza hace unos años, cuando se establece en forma jurídica, la ley de comunas, lo que tradicionalmente había sido la agrupación de campesinos unidos en un área geográfica. “Nos unimos para tener adelantos y hacer algo entre todos -piensa Juana Tenelema-. Nosotros, en San Bernardo, somos unidos porque todos somos pobres, en cambio en Santa Cruz hay división porque unos tienen más que otros y unos se aprovechan de otros. El Salvador, mi marido, cuenta que cuando él era presidente del agua potable siempre había problemas con la gente, unos querían más beneficio para su casa, se robaban los materiales y siempre estaban pidiendo

en las instituciones. El presidente de Santa Cruz hasta pidió una casa, por haber dado el voto al partido del gobierno que ayudaba al agua potable. Siempre pidiendo, y eso que ya tenía una camioneta y una casa de bloque. Pero, como siempre, por muchos años fue dirigente, se aprovechaba, engañando a su propia gente”.

* * *

“Nuestros papacitos contaban que antes todos vivíamos en el atraso y tranquilos, solamente culpando a Dios, diciendo que así ha sido nuestra mala suerte de vivir de esa manera. Todos pensábamos que esto era normal, que por ser campesinos somos destinados a vivir así, todo conforme. ¡Tanta cosa había! Se creía que los blancos sabían mucho más que nosotros y hay que respetar. Todo mandaban los hacendados, dueños eran del agua, de la tierra, de los páramos, de los animales. Todo mandaban ellos, ordenaban más que Taita Diosito. Teníamos mucho miedo. Nuestros mayores nos habían criado así, “gente campesina no vale para igualarse con gente blanca”. No teníamos confianza. Hoy no nos ha quitado todo el miedo, sino solo parte. Al patrón decíamos sí con la cabeza y no con el corazón, así hemos pasado ocultando nuestros pensamientos”.

“Ahora sí pensamos, ahora sí nos damos cuenta que nosotros sí, no somos ignorantes, nosotros sí, sabemos vivir en el campo, soportando todo, lo duro del tiempo, lluvias, soles, vientos fuertes, soportando la mala cosecha, la pobreza, la enfermedad y tanta cosa. Y así seguimos no más, eso también es saber vivir...”

“Cuando se repartieron los huasipungos, había la desunión, entre nosotros, el individualismo, algunos se aprovecharon sin importarle sus vecinos, sus compañeros más pobres que quedaron sin tierra. Estábamos ciegos, con los ojos cerrados. Gracias a Dios llegó la organización. Los animales viven solos. Las personas, vuelta, no podemos vivir solas, tenemos que vivir juntas, en comunidad. ¡Desde siempre hemos vivido así! La organización es buena, pero para beneficio de todos, no está bien que unos se aprovechen y otros trabajen”.

“El cabildo intenta hacer en el año cualquier mejora para la comunidad. Algunos dirigentes han trabajado solo por algún interés personal y nada más. Están bien algunos reclamos, que sacrifica su platita en comisiones, -como pasaba con el Salvador, cuando estaba de presidente del agua- va a la capital y tiene que gastar en pasajes, comidas, y este tiene familia a quien mantener y solo en viajes, comisiones, visitas a las instituciones, en cursos y en cuanto cosa, gasta y gasta y, vuelta, la familia botada. ¡Esto es una injusticia! En estos casos, la organización debe ayudar”.

“A veces el dinero ha dañado a nuestra gente -sigue reflexionando Juana-. El dinero no debe hacer daño a nadie. El dinero debe servir al hombre. Así nos han enseñado los antiguos, la misma organización nos da el camino, dando el trabajo de servir a nuestra gente, no por el dinero sino por la vida”.

“Cuando llegan las instituciones, algunas actúan en bien del campesino, pero otras lo que hacen es atraso en la comunidad, ofreciendo programas y dinero, sin respetar el propio pensamiento del campesino. Los dirigentes vivos en vez de apoyar a

la comunidad sirven de contras y aprovechan. Ellos podían estar en las reuniones, junto con la gente, opinar lo mismo, pero en el fondo son otros sus planes. A veces se apegan de una institución porque esta ofrece dinero, y cuando lo reciben no siguen a la organización, sino solo a la institución. La gente, cansada, se pone, no más, en contra de sus dirigentes, dudando del dinero o peleando entre todos. Pierden confianza. En estos casos los trabajos de organización es difícil. La comunidad no quiere creer en la misma comunidad. Si no hay organización, no se avanza, se hace lo que cada uno le parece. No tiene dirigentes. ¡Carajo, nos quitan la fuerza! El fracaso es para abrir los ojos y aprender. Y no volver a caer en lo mismo. Si volvemos a caer, es que, vuelta, somos menos”.

* * *

“Esta unión para el agua potable ha sido buena. Todos hemos estado de acuerdo. ¡Antes, cómo había que estar cargando agua de la acequia! Lavando a las tres de la mañana, con los guaguas enfermos de diarrea por tomar el agua guardada. Así sufrimos, durante muchos años, pero la unión ha conseguido las cosas”.

“Nos unimos San Bernardo y Santa Cruz y nombramos un comité del agua potable. Este comité estuvo andando mucho tiempo, van a la capital, a la ciudad, a veces llevando “agradados” porque así ha sabido conseguir breve la aprobación. Casi dos años pasaron, piden cuotas tres o cuatro veces, para viajes, para comidas, para regalos, después nos enteramos de que el presidente

del agua potable se había quedado con nuestro dinero y no hizo nada. Le trincaron. Fue un engaño”.

“Al año siguiente nombran otro comité; el Salvador, vuelta, es el presidente, yo apoyaba. Andando, andando, consiguen la firma, ellos pondrán los tubos, el tanque de reserva, ochenta bloques para la letrina por familia y una llave. Nosotros el resto de los materiales y todo el trabajo. ¡Buen acuerdo! Todo el mundo conforme”.

“Después fue muy duro. ¡Fuerte sufrimos! Cada comunero tuvo que hacer setenta mingas o más, marido, mujer y hasta niños; en total se trabajó casi seis meses seguido. No todos conseguimos el agua, unos pocos, poco, poco, se retiraron por creencias, por decir que ha de costar mucha plata. Ahora se arrepienten” -piensa-.

Los trabajos del agua fueron duros. Al inicio hacían las mingas cerca del volcán, salían a las cinco de la mañana y caminaban hasta tres horas para llegar arriba a la vertiente; después trabajaban más abajo en los arenales, en la construcción de los tanques de reserva. En el pajonal las nubes descargan con furia sobre el monte y calan hasta los huesos, el cielo se oscurece por completo, los rayos cruzan el cielo como flechas y su resplandor ilumina las caras asustadas de todos los campesinos.

“Yo me acuerdo cómo sufrimos en las mingas arriba en el páramo, recuerdo que nos cogieron muchas lluvias allá arriba. Cuando no se podía asistir a la minga, multa, multa de dos mil o tres mil, todos por igual, para que nadie se haga el bandido. Fue muy duro, se descuidó la casa, los animales y los guaguas. Pero por fin lo conseguimos, si no hubiéramos trabajado todos,

no tendríamos nada”.

“Las mingas en la comunidad, para poner los tubos fue vuelta, alhaja. Qué lindo ver una hilera de compañeros trabajando, todos alegres, sudados, contentos, haciendo chistes y después comiendo todos juntos, compartiendo cada uno lo que tiene. El alcohol así es bueno porque se ocupa en la minga, así somos amigos, hay fiesta y alegría. Me acuerdo la alegría de todos, de los jóvenes, cómo se gozaron cuando uno se cayó en la zanja y no podía salir, eran todo carcajadas... Así está bonito. No caras largas, no sufrimiento, cuando estamos juntos todo es alegría, se olvida hasta la pobreza”.

CAPÍTULO XI

CON LA ESPERANZA EN BRAZOS

Para conseguir el trabajo, se necesitaba conocimientos de escritura y hacer operaciones matemáticas. Fabiola terminó la primaria, pero nunca tuvo oportunidad de demostrar sus destrezas, por otro lado, incompletas y escasas. Sabía que para Santa María requerían solo dos promotoras, ya estaban en el curso las dos personas elegidas por la comunidad; ella presenta su carpeta en el último momento, aconsejada por su amiga Elvira, una de las candidatas. Hoy, después de cuatro días de curso se realiza la prueba final.

Espera impaciente los resultados, con el resto de compañeras. El doctor Carlos va llamando, progresivamente, a cada mujer y en privado le indica sus calificaciones y la decisión final del equipo de salud.

“Señora Fabiola, Vd. se ha esforzado bastante” -dice un poco azorado, el doctor-. “Me da mucha pena decirle esto, pero como Vd. sabe, en Santa María se necesita solo dos promotoras, y preferimos que sean las escogidas por la comunidad” -prosigue el doctor, intentando hacer menos duro el golpe-. Mide las palabras y cada vez se mueve más inquieto en el asiento.

“De cualquier manera su carpeta queda archivada y si se produce alguna novedad, le tendremos en cuenta a Vd.” -termina diciendo, con voz apagada-.

Fabiola hace rato que ya no oye al doctor, solo el murmullo de su voz llega hasta sus oídos, mientras que en su garganta

crece una opresión cada vez más fuerte, con ganas de estallar. Por respeto y vergüenza, el llanto queda anclado en su pecho, esperando la salida, para poder reventar. Sin embargo, unas lágrimas adelantadas, precursora de su pena, se escapan de sus ojos. El doctor, finalmente turbado, apresura la explicación y la despide, consolándole torpemente.

En el corredor sus lágrimas rompen el dique, pueden fluir libremente y da curso a su abatimiento. Se acuerda de su casa y de lo que la espera, sale al patio y se dirige hasta donde está su hermana con los gemelos. Se derrumba cansada en el piso y empieza la tarea de amamantarlos, antes de salir.

* * *

Dando de lactar al niño, se tranquiliza; la respiración regular del pequeño, le trasmite a la madre un poco de serenidad. Fabiola empieza a pensar en su situación, a pesar de su tristeza y desesperación. Cuatro hijos a su cargo: Marina, la mayor, de ocho años; José Luis, el orgullo de su padre, que acaba de cumplir los cinco; y los dos gemelos de once meses, nacidos idénticos, pero que con el paso del tiempo, Carlos, muy tragón, va dejando atrás a Diego, enfermizo e inapetente. También está la hermana menor de Fabiola, ahora en el colegio. La madre viuda y muy anciana vive con otra hija, alejada del centro comunal, aunque pasa temporadas con Fabiola, como ahora. Siete bocas que alimentar, piensa, suspirando.

A los quince días de nacer los gemelos, José, el padre de

los niños, no quiere saber nada de ellos, por el simple hecho de ser dos, convencido de que la culpa de haber parido un par, es completamente de Fabiola.

José siempre hace lo que a él le interesa. Vecino de Fabiola desde niños y enamorados desde siempre, estuvo en la capital trabajando un año, y al regresar encontró a Fabiola con una niña tierna. No quiso oír explicaciones, esa fue la excusa para que en adelante entrara y saliera de la cama de Fabiola sin ningún compromiso formal. Él vivía frente a la casa de Fabiola y había temporadas que pasaba en la choza con ella y otras llegaba directo del trabajo, en la fábrica de papel, con su moto, derecho a la casa de su mamita. Fabiola, trabajando siempre, logró sobrevivir y nunca dependió de él. Este, cuando quería, le daba dinero, si no lo gastaba como a él le apetecía. Por ese motivo, desde que nacieron los gemelos, Fabiola tuvo que seguir trabajando en la hacienda.

Saliendo de sus pensamientos, termina de dar de lactar a Diego, mientras que su hermana agota la “mamadera” que toma Carlos.

* * *

Ya se están despidiendo todas las compañeras, ya saben los resultados, basta mirar los rostros de cada una, para saber quien tendrá trabajo y quién no. No solo Fabiola llora, otras mujeres esconden el rostro tras la chalina, desencantadas por la pérdida de un trabajo tan ligero, tan bonito y seguro, y sobre todo tan bien pagado.

Fabiola se dispone a marchar. Quiere aprovechar la feria del sábado, para hacer compras. Con lo que recibió por haber asistido al curso tendrá víveres para más de dos semanas.

Al momento de salir, el doctor Carlos se acerca a ella, mira a los gemelos, y le dice: “No quiero crearle falsas esperanzas, pero en la prueba piloto del proyecto, que será en dos semanas se sabrán las necesidades, parece que Santa María es una comunidad muy dispersa, quizás se necesite más personal. ¡Ya se verá!”. Estas palabras animan mucho a Fabiola y sale radiante de la oficina, llena de esperanza, camino al mercado.

* * *

Son las doce de la mañana y la plaza bulle de gente. El sol está generoso este día y regala espléndido sus brillantes rayos. Fabiola y su hermana se acercan a los tenderetes de las vivanderas, se sirven un caldo de patas y con energía renovada, los niños a la espalda, empiezan el peregrinar por la feria. Primero acuden a los puestos de abarrotes, instalados en un lateral de la plaza; son una hilera de tiendecillas resguardadas al sol y la lluvia por toldos de lona amarrados con sogas a frágiles palos, protegen a un rimero de costales donde sobresalen los diferentes granos, maíz, morocho, máchica, quinua, canguil, arroz de cebada y otros muchos; se respira un olor seco, a grano molido hace poco.

Después acuden a la zona de los alimentos frescos, verduras y frutas. Campesinos de distintos sitios se colocan aquí y allá, con sus productos recién sacados de la tierra, ajos, cebollas, zanaho-

rias. Por altavoces se vocea al pie de camiones, la rica naranja y los plátanos verdes y maduros procedentes de la costa. Al fondo, en la solitaria plaza, los puestos están vacíos, todos se encaraman arriba. Adentro, en el propio mercado, solo quedan los canales de carne, con su olor rancio y nauseabundo. Fabiola compra carne de res y carne de chanco.

Antes de marchar hacia la parada de autobús, que funciona regularmente a todas las comunidades en los días de feria, se acerca a un puesto de pescado frito, en el filo de la plaza. El olor penetrante y apetitoso del pescado, revolotea en el ambiente. Compran dos pescados que les sirven en un trozo de un papel de periódico, y lo guardan para poder saborearlo mientras esperan el bus. Caminan cargadas de compras; dejan atrás el griterío, el bullicio de la gente, el ambiente multicolor de la feria, esta práctica de intercambio que cada semana une a las diversas comunidades de la zona.

* * *

Aunque el doctor le dio muy leves esperanzas, ella se agarra a las mismas con plena confianza. Cuando no se tiene nada, no hace daño soñar, por eso, no puede dejar de hacerse ilusiones. Pasan los días y sigue aferrada a la idea de que muy pronto le llamarán para trabajar. Era justo que proceda así, pues con el ritmo de vida que lleva, es natural y necesario desear un cambio para no caer agotada, antes de rendirse.

El cielo está cubierto de estrellas; al fondo, iluminado por

la luna reluce el volcán, sus laderas cubiertas de nieve brillan en la oscuridad. Son las tres de la mañana, Fabiola se levanta con frío. Todavía adormilada, coloca las ollas al fuego para hacer el desayuno. Se cubre la cabeza con la chalina y sale a raspar la cabuya para la colada. Mientras se cocina, se acerca a la cama y empieza a amamantar a los gemelos. Prepara el “cucayo” que llevará a la hacienda, “para matar el hambre”, una botellita de café, tostado y papas con arroz. Su madre siempre le dice- “Mijita, no se olvide la “tonga”, de repente nos vamos de apuro al trabajo sin café y de repente duele el estómago de frío, comiendo las papitas, vuelta, permiten aguantar al cuerpo hasta la tarde sin comer”.

Con una rapidez que solo da la práctica permanente, sale y entra del cuarto casi sin hacer ruido, va y viene con un ritmo y una precisión medida, para poder hacer todas las tareas antes de marchar al trabajo. Ordeña la vaca y la deja amarrada arriba, en la chacra, baja cargada de hierba que corta para los cuyes. Saca del corral a los dos borregos y los amarra cerca de la vaca. Ahora ya hace rato que siente calor, se envuelve la chalina a la cintura y, remangándose la falda, la mete entre los dobleces del mantón, de ese modo se pone a desyerbar el maíz. Con la frente perlada de sudor, entra en la casa cuando ya se deja ver la primera luz de la mañana. La hermana viste a José Luis y a Marina; ella también se dispone para ir al colegio, que queda en el pueblo.

Fabiola empieza a servir el café, mientras comen encarga a su mamá el cuidado de Carlitos. Hoy se lleva a Diego, le toca. Aún tiene tiempo para darle el seno por última vez al que queda en casa.

La hacienda está a dos horas de camino. Cuando tiene suerte, la lleva un vecino en bicicleta, cuando no, avanza hora y media entre potreros y bosques para cortar camino. A las ocho de la mañana comienza la jornada. El trabajo es demasiado pesado. Es una hacienda ganadera y de labranza. Ella hace de todo; a veces es chaguadora, otras cuentaya y lo común es el trabajo en la tierra, en los sembríos de espárragos. Casi todo el día pasa con el niño a la espalda. Solo descansa el rato de comer. A las cuatro termina la tarea y emprende el camino de regreso. A veces regresa en el cajón de la camioneta del agrónomo de la hacienda, que la deja a un cuarto de hora de su casa. Cuando le toca llevar leña, llega a su casa doblada, con el niño y la carga, sin ánimo para nada más.

Descansa un cuarto de hora mientras el gemelo que quedó en casa se cuelga del seno; entonces le cuentan las novedades del día: José Luis va a salir disfrazado de pastor, en el desfile de la escuela (el niño está en el Jardín de Infantes) y Carlitos se acabó en el día más de un litro de leche. Fabiola descansa feliz. Son las únicas horas del día que puede respirar con alivio; siempre sufre al dejar a uno de los chiquitos, mientras está en el trabajo le asaltan miles de pensamientos. Más tarde se dedica a hacer la comida y arreglar la casa. A los ocho de la noche todos duermen profundamente. Los fines de semana los dedica a lavar ropa y realizar las tareas atrasadas.

Esa forma de vida es demasiado dura. Su compadre, el padrino de bautizo de José Luis, un buen hombre vecino de la casa, que ha visto crecer a Fabiola, que la quiere y que siempre le ha aconsejado como si fuera un padre, le sugiere que regale a

uno de los gemelos, pero ella no quiere saber nada del asunto.

* * *

Ya ha comenzado el programa, ya han sacado sangre a todos los niños. Los gemelos tienen anemia y están desnutridos. Al terminar el control, el doctor se ha quedado con el equipo y con las promotoras para revisar los itinerarios. Con un mapa de la comunidad desplegado sobre la mesa, han pasado casi dos horas organizando los recorridos de cada promotora. Efectivamente, Santa María es muy dispersa, la distancia entre algunas casas es de media hora de camino.

Escondida detrás de una banca, Fabiola escucha y espera impaciente el momento decisivo. El doctor se le acerca y sin más preámbulos que unas palmaditas en el hombro, le dice que desde el lunes trabajará en el proyecto. Las lágrimas caen por sus mejillas. Saca una bolsa de plástico usada, conteniendo cinco huevos y la entrega al doctor. Solo pensar que ganará casi el doble que en la hacienda y trabajando en la propia comunidad, le llena de alegría, tiene ganas de gritar, se aleja corriendo, no cabe en sí de dicha.

* * *

Hace un mes que trabaja de promotora, es otra mujer. La felicidad de poder cuidar a los hijos, de dormir más horas, de trabajar menos, de alimentarse con sosiego y de vivir sin angustia, ha hecho de Fabiola una mujer radiante. Su rostro risueño

puede expresarse sin trabas. Es muy importante, en otro sentido, el prestigio que supone ser promotora de salud; eso le ha dado confianza en sí misma y el respeto de la comunidad.

Esta situación le da fuerzas para emprender una demanda contra José, un juicio de alimentos. Asesorada por su compadre, quién le presenta a un abogado, le desafían a que pensione a sus hijos o que se case. Ella está llena de miedo, teme el carácter caqprichoso de José, pero este, por primera vez en ocho años, asume su responsabilidad y decide casarse.

Ahora todo va bien, la vida de Fabiola ha cambiado, es más digna. Ya no necesita ir a buscar leña cada vez más lejos, debido a la explotación de los bosques por una compañía maderera. Se ha comprado una cocina de gas y con José están pensando en construir una casita de bloques.

CAPÍTULO XII

LA CAPITAL

En las fiestas de la comunidad siente que está embarazada. Es el décimo, en veinte años, tiene seis hijos vivos y tres muertos. “En los últimos embarazos me coge así, -piensa- siempre me pongo ronca. Me comenzó cerrando el pecho, estaba como muda, no podía hablar, vuelta, solo movía la boca. Dos o tres meses y no mejoraba. ¡Ahí, me siento encinta!. ¿Será porque me coge el aguacero o porque paso lavando ropa en agua fría? ¿Será ese el pretexto? Tomo agüitas calientes de manzanilla y anís estrellado, pero nada, me froto el pecho y la garganta con manteca de chivo y nada, siempre me coge así en los embarazos. ¿Por qué será?. ¿Será por eso que mueren los guaguas...?». Carmen, preocupada, se pregunta por su situación. Desde hace cinco años, después del nacimiento de Maricela, en los dos embarazos posteriores ha tenido esa enfermedad, y los niños, dos varones, murieron al poco tiempo de nacer. El último solo duró unas horas, antes de fallecer.

Carmen, mujer campesina ya madura, ha criado todos sus hijos con mucha dedicación; su vida ha estado repartida entre las labores agrícolas y su casa. Sus hijos, en todo tiempo, han llenado su vida de alegría, solo estos últimos años siente fracasada su maternidad. Quiere especialmente a su hija Maricela, la pequeña; en ella ha depositado todo el cariño que no ha podido brindar a sus dos hijos tiernos, piensa que ella le cuidará en su vejez. Los grandes ya no necesitan tanto de ella. Van a la escuela

o trabajan. Con ella vive una hija casada y su familia, dos hijitos, sus dos nietos, uno de la misma edad que Maricela.

Ella vive una época de la vida muy apacible, la más tranquila, si no fuera por la muerte de los niños. Sus hijos están criados, su marido ya viejo, sin fuerzas, no encuentra el placer de antaño en las palizas que le propinaba. Trabaja menos, ya no va a la hacienda, sus hijos ayudan en la casa con el jornal. Por primera vez en muchos años se permite llegar a fin de mes sin incertidumbres, sin estirar con mucho ingenio la escasa comida. Pero su profesión, lo que mejor sabe hacer, criar niños, esa la sigue practicando con los nietos. Su hija trabaja en la hacienda y cada día le deja a los niños.

Su marido, un buen hombre serio y huraño, de pocas palabras, gran bebedor de aguardiente, se queda pensativo cuando Carmen le dice que está nuevamente embarazada. En estos meses está trabajando en la compañía que tala el bosque, cerca de Santa Cruz. Entre los hombres de la comunidad, es fácilmente reconocible. Unas piernas huesudas enfundadas en un pantalón acrílico marrón, unos brazos delgados que revolotean bajo una chaqueta gris piedra, raída y muy pequeña para él. El poncho, viejo pero majestuoso, de lana de borrego, cubre su silueta endeble. La cabeza, en todo tiempo coronada con un sombrero negro, de ala corta, siempre empolvado.

A Carmen le gustaría que este sea su último embarazo, con treinta y ocho años se siente muy cansada. Quiere curarse de una vez esa afonía, que empeora en la gestación. Aunque algo

enferma, tiene que trabajar en las tareas de todos los días. “Parece que estoy mejorcita, ya aclaró la voz, -piensa, mientras toma asiento para descansar por un momento-. Esas “endicciones” y pastillas que dio el doctorcito del subcentro el otro año, Dios le pague, compré en la botica y me he hecho poner. Estoy mejor. Ahura, vuelta, estoy con estragos, varoncito ha de ser, encinta de hombre es pior, duele la barriga, duele la cabeza, vuelta, en mi Maricela me sentó “pañó”. ¡Ojalá Diosito permita que este llegue a vivir...!”.

* * *

Nace en casa, no tiene tiempo de acudir al hospital. Todo estaba preparado, ella había convencido al marido para que le hicieran la ligadura de las trompas, después del alumbramiento. ¡Ya no quiere más hijos! Le cuesta mucho convencerle, él siempre se ha negado, siempre por celos, como todos los maridos de la comunidad, dice: “así no he de saber cuándo engaña”. Es una pena que no pueda trasladarse a tiempo. ¡El parto fue tan rápido!

Desde el nacimiento le nota muy amarillo. Es un niño grande y gordo. Carmen está contenta. Nació bien, llora pronto y fuerte, y se agarra al seno con fuerzas. Pasa el tiempo y no desaparece el color; por el contrario, este se acentúa día a día, asimismo nota que la deposición se va volviendo cada vez más blanca. Avisa al doctor Carlos, del programa de salud; le tiene confianza, con él prepararon todo para ir al hospital.

“Venga, venga doctorcito, dentre al cuarto, venga a ver -dice

Carmen- que le recibe con un pañuelo grande, anudado a la cabeza. El doctor reconoce la voz bronca de Carmen, la misma de hace unos meses, cuando la conoció-. Disculpará no más, doctorcito, ya me zafé, -dice señalando al niño- estoy cuidando la dieta. Vea, doctorcito, me curé el “pañó” poniendo el pañal del guagua con la primera orina de la criatura -le cuenta Carmen mostrando su cara limpia de manchas-. El doctor sonrío, se acerca a la cama y examina al niño. Carmen le va contando todo. Come hartó, doctor, yo para sentar leche me dan cauca y coladita de morocho. Aquí en el campo no se puede comer todo, no hay. Se come lo que Diosito da, granitos, a veces huevito o se mata una gallina. En el campo se come lo que hay, no se tiene antojos. ¡Mire, doctor, está sanito, solo que amarillo...!” -exclama, mostrándole las piernas-.

Todo ocurre muy de prisa. El doctor le manda al hospital provincial, quiere que le hagan exámenes. Allá dicen que es un defecto en el hígado, que los conductos biliares no se han abierto en la gestación, por eso está amarillo; que seguramente es por tomar medicamentos durante el embarazo. El único tratamiento que puede salvar al niño es la operación o morirá. Es una operación delicada y hay que hacerla en el hospital infantil de la capital. El doctor promete arreglar todo para el ingreso del niño.

Con esa sentencia tan trágica va llorando a la comunidad. Tiene que contar en casa lo que pasa, ella nunca toma decisiones sola, es el marido quien dice la última palabra. No saben qué hacer. En la reunión quincenal con las madres de la comunidad le aconsejan unas y otras. “Por un hijo hay que hacer todo, -dican- antes no se tenía ayuda, pero ahora sí hay, hemos de aprovechar,

aunque digan que va a morir. Eso nadie sabe, solo Diosito. ¡Hay que hacer todo por los hijos!”. Carmen, de acuerdo con estas reflexiones, conviene hacer el esfuerzo antes que dejar todo en manos de Dios -piensa-. El marido está de acuerdo en que vaya, saben que gastarán bastante plata, pero ve al niño tan grande y aparentemente sano que piensa que es necesario hacer algo por él.

Carmen recibe la fuerza de sus compañeras, siempre en estos casos los campesinos se unen, se ayudan. La presidenta de la asociación de madres y la tesorera le entregan la plata de una colecta, no es mucho, pero es el acto de solidaridad de todas las madres.

* * *

Parte un lunes de madrugada, con la esperanza de que el doctor Carlos les ayude en el hospital. Nunca ha visitado la capital; lo más alejada que estuvo de su casa ha sido al ir a la ciudad, una pequeña capital de provincia, a la que ella acude de tarde en tarde, para hacer compras o ir al médico. Sus hijos le han contado de la gran ciudad, de la cantidad de carros, del bullicio, del espantoso ruido que persiste día y noche, del humo irrespirable, de toda clase de gentes, del lujo y de la pobreza que se ven por doquier, pero ella no se lo puede imaginar.

Logra comprobar por sí misma, todo eso y más, desde que toma el autobús al pie de la carretera. Luego de esperar más de una hora, sube al bus. La mandan para atrás, en las últimas filas, donde estrechamente se puede acomodar en el asiento. Es una

preocupación constante cuando el niño se pone a llorar, la gente protesta y se queja al conductor. Ella suda todo el tiempo, de miedo, angustia y fatiga, pues los baches, el olor de la gasolina y la velocidad a la que va el conductor, le hacen taponar los oídos y subirle una náusea seca desde el estómago.

La llegada al terminal es difícil, un trasiego de seres humanos que semejan un hormiguero, corren de un lado a otro. Hay que tener cuidado para no tropezar; ella choca varias veces con personas que vienen en sentido contrario, rápidas y sin miramientos, tambaleándose en cada encontronazo. La promotora de salud que le acompaña, le ayuda. Carmen sigue avanzando, aunque ante tanto alboroto le dan deseos de llorar.

Carga a su hijito envuelto en una chalina. Lo ha bañado y le ha puesto las mejores prendas, le amarra una sarta de color rojo en la muñeca, es de Maricela. “Es -como ella dice- para que no le “ojeen” en el hospital, cuando marquen al guagua, porque es “alhajito”. Ella misma se ha esmerado en arreglarse, en ponerse la ropa más nueva, con una falda azul ancha, que esconde otras dos más abajo, un saco de lana rojo, el pelo bien peinado y aplastado con un poco de aceite de comer, para que no le vuele a la cara. Su trenza larga y delgada -vestigio de una cabellera abundante y lustrosa, que en cada parto, poco a poco, se ha ido reduciendo- está anudada con una cinta entretejida con su pelo. Trata de esconder el rostro asustado bajo su hermoso sombrero negro, nuevo, con una pequeña pluma amarilla. Su chalina, a cuadros azul y negro, envuelve con ternura a su hijo. Salen del terminal y se dirigen a la parada del bus urbano que les conducirá al hospital.

* * *

El doctor les espera en la entrada. Les ayuda en todo. Hacen la ficha de ingreso, pasan por hileras interminables de personas que esperan desde muy temprano un turno. Vienen de muchos lugares, de la costa, del oriente, del pueblito más perdido de la serranía. Carmen se siente muy segura con la protección del doctor. Toda la mañana es un ir y venir, un examen tras otro; por fin a la una de la tarde le dan una cama para que quede ingresado el niño. Ella suspira y descansa un poco cuando deja al niño dormido en la cunita, después de darle de lactar; no obstante, siente un poco de recelo, siempre ha dormido con ella. “Todos los hijos han sido criados así. No vaya a entrarle frío, no vaya a malventarse” -se dice, siempre-. Mira con ternura a su hijo y sale a despedir a la promotora. Con ella comparte el cucayo que ha preparado y ésta, con un “Dios te pague”, vuelve a la comunidad.

* * *

“Antes se tenía miedo al hospital -piensa Carmen- no se tenía confianza, sabían dejar botada, solo con aprendices, a veces operaban de ganita. Muchos son groseros, critican de los muchos hijos, de lo que vamos sucios, no comprenden a nosotros pobres, a nosotros campesinos, no saben atender. ¡Nos acababan de hablar...! Más antes todos acudíamos a los curanderos, al médico se le tenía recelo, acholo, vergüenza, no se le avisaba todo, continuo. Hemos llegado a tener confianza. Antes todas

las gentes tenían miedo. Aquí parece bonito”.

Carmen está un mes en el Hospital, desde los preparativos de la operación hasta una semana después. Con frecuencia piensa en su casa, en los animalitos, en Maricela que es tan apegada a ella. Su hija casada queda a cargo de todo, las familias y los vecinos apoyan. Carmen siente, además, el respaldo de sus hijos que trabajan en la capital. Tres están en la gran ciudad, dos varones en la construcción y una hija soltera, empleada doméstica. Le visitan a menudo, lo que el trabajo permite, pendientes de las necesidades de su madre y hermano. Su esposo la visita cada fin de semana y hasta Maricela fue a verle una vez, en ese destierro casi obligado.

Apenas sale del hospital. Solo tres veces, en los días previos, y posteriormente a la cirugía puede estar un poco más suelta, pues el niño recibió alimentación intravenosa y pasaba dormido mucho tiempo. Puede salir, conocer el parque y la catedral, el palacio de gobierno y las iglesias antiguas. Puede disfrutar de un paseo hasta los grandes edificios, donde viven los ricos, -allí trabaja su hija, en un cuarto piso-, y comprobar cómo es querida por los patrones.

Sus ojos se llenan de ese colorido intenso que es el centro de la ciudad. La multitud de vendedores la asombra y sorprende, se extraña al comprobar que en la ciudad se ven más pobres que en el campo, o así lo parece, pues hasta los niños venden toda clase de mercancía y cantan en los buses para conseguir algo de plata. “¡Qué ruido, cuántos carros! -exclama- ¡Qué griterío, qué desorden, cuánta gente! Sí, no es nada tranquila la capital”.

* * *

“El hospital es otro mundo. A la semana de estar en él ya se conoce todos los rincones, al principio un poco tímida, después siente la seguridad que da el dormir en el edificio. Le pierde el miedo al ascensor, y le encanta ir a contemplar las largas colas que se forman en las consultas de especialistas, pues ahí se ven rostros de la más diversa procedencia. Siempre discreta, sigue, calladita, a los docentes, cuando en la mañana pasan visitando a los enfermos, con los estudiantes. Ella, analfabeta, reconoce el dibujo de las letras en los rótulos informativos, y la observación repetida de las personas que acuden a cada sección le orienta correctamente. Sabe dónde están los accidentados, los que tienen infecciones, los recién nacidos. Puede, incluso, dar información sobre dónde se encuentra las consultas para la vista, donde se hacen los análisis de sangre y las radiografías. Cada día aprende algo más”.

Contempla cómo se mueren los niños, comparte el dolor de las madres que ven apagarse la vida de sus hijos. Comprende y comprueba que el mundo no se acaba en el límite de su comunidad, sino que el sufrimiento y la alegría están también en otros lugares; que este país tiene gente muy distinta desde los “guangudos”, hasta los negros, los montuvios de la costa cuya manera de hablar y frescura la fascinan, hasta esos indígenas del oriente, de porte señorial y ojos rasgados.

Ve llegar niños atropellados, caídos de las terrazas, quemados, con fiebre muy alta, niños secos por la diarrea. Asiste al

sufrimiento de madres que no tienen para comprar los medicamentos, para pagar un examen, una válvula que impida que siga creciendo la cabeza de su hijito, en fin, acompaña a la angustia sin consuelo de los padres que ven cómo su hijo se va acabando, poco a poco, con ese tumor en la cabeza...

Después de la operación de su hijo llega su propio sufrimiento. Le explican no sé qué complicación dentro del hígado, no sé qué imposibilidad de arreglarle por dentro, que no hay solución, que no hay nada que hacer. Así supo que su hijo tenía que morir. Espera unos días, hasta su recuperación para llevarle a casa. “Es verdad, preferimos morir en la casa junto a la familia, antes que en sitio extraño, -piensa- no vale morir en hospital”. Así termina su paso por la capital.

* * *

Se va con esperanza y regresa pensando en el entierro. Ha gastado bastante dinero y energías, ha hecho un gran esfuerzo sin conseguir recompensa. Se marcha de la capital triste y desalentada. Esos fueron los únicos sucesos de su vida fuera de su comunidad. Todo lo demás solo ocurrió en su montaña, al pie del volcán, en su casa. En adelante asocia la capital con el sufrimiento, con el dolor. Nunca pudo separar la pena, de la imagen parcial que ella vivió en ese cielo tan azul y con ese remolino de gente.

Su hijo muere diez días después de volver de la ciudad. A Carmen se la ve en el entierro seria, cansada y muy delgada, sus compañeras bajan al pueblo para acompañarla. Ella ya ha ente-

rrado a cuatro hijos en su vida. Agradece a las mujeres por dar la mano en estos momentos de tristeza y dolor. Se queda un rato viendo la caja antes de que la cubran con la tierra.

Nunca pudo comprender la corta vida, y la muerte de sus otros hijos. Ahora, en cambio, sí comprende el significado de la vida de este, su último hijo. ¡Sí, ha tenido un significado! Su hijito, en su corta existencia, que no le deja entender la vida, tampoco puede comprender el regalo que le hace a su mamá. Le ha dado la oportunidad de enterarse de otra realidad, le ha dado la ocasión de saber de otras gentes. Le ha permitido conocer la capital.

Tercera parte

SEMBRANDO FUTURO

CAPÍTULO I

EL CANSANCIO

En la preparación del último gran control se nos fueron muchas energías, llevábamos un año y medio en el campo y se notaba el agotamiento. El cansancio de la investigación, monótona, rigurosa, implacable y tenaz. El equipo de salud se sentía fatigado, decir siempre las mismas cosas, tratar las mismas enfermedades y reprender las mismas faltas. El levantarse temprano todos los días, el seguir un cronograma de trabajo rígido y aburrido, fastidioso y cansado, pero implacable. Siempre igual, siempre igual, nada daba lugar a ningún cambio. Todavía faltaban dos meses, pues se estaba haciendo una prueba para mostrar la influencia del zinc en las defensas de los niños. Los últimos fueron los meses más difíciles. Siempre igual administración-control, peso-control, examen mensual-control.

Las promotoras también estaban cansadas, esa vigilancia estricta y constante, esa monotonía en los recorridos, las madres con los mismos problemas, los niños con idénticas enfermedades.

Las madres igualmente se sentían fastidiadas, aburridas de las visitas diarias. Habíamos penetrado en la intimidad de sus casas, habíamos hurgado en la miseria de las gentes, habíamos escarbado lo recóndito de las familias, habíamos vulnerado lo más personal, lo más interior de las casas y sus habitantes. Era una fea sensación de indiscreción e intrusismo. Las madres estaban cansadas de las visitas diarias, de las críticas de la promotora, de la mirada del marido que recae sobre la chica joven, en fin, de

una serie de situaciones que nacían del hastío, de la obligación, del disgusto.

Un caso que nos puso bajo mucha tensión fue el del niño que, después de la tercera extracción de sangre, contrajo una parálisis progresiva, enfermedad por virus, que se precipita después de las vacunaciones. Los padres nos culparon de la enfermedad y fue muy duro tratar con ellos, no se atenían a razones. Decían: “Por sacar la sangre ha quedado paralítico, ya no va a caminar, han llevado a la capital al hospital, solo con engaños, para sacar el “aceite” de la columna”. Nos quisieron denunciar, pero el niño se fue recuperando día a día y fue desapareciendo la ira, aunque quedó el resentimiento. Nunca más volvieron a tratar con nosotros.

También la señora que en el reparto de juguetes, en la segunda Navidad, no le gustó lo que le había tocado a su hijito, viendo a otros niños con juguetes más grandes y mejores, estalló de indignación: “¡Por esta pendejada de juguete, he dado la sangre de mi hijo, tres veces!” Y se retiró del proyecto.

Era cansancio, agotamiento, hartura de nuestra presencia cansina, indigestión de doctores y promotoras. Nadie tenía el entusiasmo del principio.

La colaboración de la comunidad había sido una realidad, el proyecto terminaba siendo un éxito. Se pudo recolectar muchos datos adicionales a la investigación principal: la talla de los padres, el estudio bromatológico²⁴, la prueba de los niveles de zinc sérico en las mujeres, el estudio sobre la inmunidad. Durante el tiempo que estuvimos en la comunidad se retiraron muy pocas personas del proyecto, y si fue así, ocurrió por cambio de domicilio. La falta

de colaboración y el rechazo al proyecto fueron excepcionales. Sin embargo, por encima de todo llegó el cansancio, pues el diseño de la investigación no daba lugar a la introducción de nuevas actividades. Esto nos agotó a todos.

¡Por fin se acercaba la culminación del estudio!

Tantas anécdotas vividas, tantas situaciones nuevas aprendidas, tantas vivencias compartidas, y por fin se terminaban. Teníamos una sensación de alivio. Sentíamos relajarse la tensión.

Con los miles de datos que nos quedaban teníamos que componer el rompecabezas de los resultados. Ahora solo faltaba procesar la información.

CAPÍTULO II

LA DESPEDIDA

¡Ya se acabó el trabajo de campo! Ahora que el fin está próximo, se relajan las tensiones, ahora que dejamos atrás el cansancio, vienen las peticiones.

-Las madres se quejan: “¿Qué tomarán nuestros hijos de desayuno...?”. “Queremos que saquen la sangre de nuevo a los niños, para ver cómo siguen de salud” -dicen convencidas-.

“Antes los niños morían, este año no ha muerto ningún niño, han estado atendidos, ahora están gorditos”. “Hemos avanzado en la comunidad, tenemos obritas, sabemos coser” -dicen unas y otras-.

“¡Doctores, no se vayan, que mal han visto!” -nos ruegan repetidas veces-.

¡No salíamos del asombro!

Fuimos recibiendo en oportunas invitaciones, la convocatoria al agasajo que nos harían las comunidades, como despedida. Estas invitaciones se acompañaban de un oficio, donde se solicitaba formalmente, y con la firma de todo el cabildo, nuestra permanencia en las comunidades y la continuación del proyecto.

Las fiestas de despedida fueron un poco más tristes que las otras, aunque hubo bailes y trago. Los niños nos festejaron con algunas golosinas, pasteles y cuyes. Bailaron y cantaron para nosotros. Ya les conocíamos a todos, incluso por los nombres, para nosotros sería muy dura la partida. Extrañaríamos todo, especialmente a ellos.

Fue gratificante ver cómo quedaban algunas cosas, respecto al inicio del proyecto, cómo se comenzó el control en una choza y se terminó en la casa comunal; cómo las madres nos pedían más exámenes de sangre, pues ya no tenían miedo; cómo la organización se fortaleció y empezaron a reunirse para preguntarse por los problemas de salud de la comunidad.

Fue triste la despedida. Nosotros nos empezamos a cuestionar, por qué teníamos que dejarlos. Si nuestro proceder era ético o no. Habíamos creado una dependencia en base a nuestro paternalismo y, sin más, nos marchábamos. Con todas estas dudas rondando mi cabeza terminó la investigación. Más tarde vendría la evaluación del trabajo.

CAPÍTULO III

Y ESTOS RESULTADOS, PARA QUÉ

De nuevo en mi escritorio, de vuelta a la otra realidad, miro el artículo científico, que me ha hecho revivir los recuerdos de mi experiencia de campo. Lo leo una y otra vez, y empiezo a hacerme algunas reflexiones.

En verdad nunca hicimos una evaluación integral del proyecto. En mi cabeza y en mi corazón quedaron muchas dudas. Era un sentimiento de insatisfacción que se fue ocultando en mí, inconscientemente. Por un lado, el placer del deber cumplido más allá de los propios objetivos; por otro, la sensación de haber dejado mucho por hacer. Ahora, aquí sobre este artículo, tengo la oportunidad de analizar, de poner en claro mis dudas.

Cuando se procesaron los datos, se demostró la hipótesis de la investigación. Aquí están los resultados, la diferencia en el crecimiento entre los niños de los dos grupos y una serie de informaciones que confirman todas las conjeturas. Una serie de datos donde se concluye que los niños campesinos de un país del tercer mundo tienen una serie de carencias nutricionales, entre ellas una deficiencia de zinc, que incide en el crecimiento.

Vuelvo a la magia de la estadística. La cuantificación de los datos no solo puede describir una población; más aún, es fascinante ver cómo, a través de los análisis estadísticos, se puede extraer conclusiones respecto de un grupo o población. Cómo se pueden hacer generalizaciones. Generalizaciones fabricadas con la suma de individualidades. Se puede generalizar para poblacio-

nes de similares características geográficas, sociales, económicas y culturales, y sobre la base de los datos obtenidos, se puedan hacer predicciones del comportamiento futuro de la población, en lo que se refiere al estado de su salud.

Esta situación es para mí, como posiblemente lo es para otras personas algo completamente misterioso. Es lo individual frente a lo colectivo. Resulta esotérico, casi religioso. El poder predecir situaciones, como la morbilidad de la población, el tipo de enfermedad más frecuente o el número de desnutridos según las edades. Es cruel y aterrador el poder pronosticar el número de niños que padecerán diarreas, en el mes, incluso arriesgarse a predecir el número de muertos. Las cifras que se obtienen después, en la realidad, con el paso del tiempo, tienen una escalofriante aproximación a las calculadas. No se puede predecir el comportamiento de una persona determinada, pero a medida que aumentamos el número de individuos, al hacer nuestro análisis, nos acercamos al resultado con mayor exactitud. Esto es la estadística. Bajo esa óptica, la libertad del ser humano parece utópica.

No deja de resultarme altamente paradójico, la disociación que existe entre los datos individuales, que son las personas, los niños, en este caso, y los datos generales que son el grupo, la objetividad, la ciencia. En ciencia importa el cuánto y no el cuál. Se cuantifica, no se cualifica. Nosotros en el campo llegamos al cuál, a la persona, al individuo.

Puedo personalizar en mi memoria, quizás con mayor nitidez, las desviaciones de la media, de nuestro proyecto. Puedo acordarme con claridad de esos niños de los extremos, quizás

les identifico mejor, porque sus vidas también fueron vividas en situación límite.

¿Y, todos esos resultados, para qué?

¿Será para el prestigio profesional de todos y cada uno de los que hemos colaborado con la investigación? ¿Será para engrosar las estanterías de las hemerotecas de los hospitales y de las universidades? ¿Será una parte de la bibliografía dentro del gran tema de los micronutrientes? ¿Será uno más de los estudios hechos sobre el zinc, en todo el mundo?

¿Quiénes leerán estos resultados? ¿Cuántas personas en el mundo estudiarán la investigación? Quizás unos centenares de personas, interesados en el tema. ¿Existe una verdadera correlación entre el esfuerzo de la investigación y la aplicación real de los resultados obtenidos? ¿Hemos resuelto así, parte del problema de la desnutrición? ¿Cuántos políticos y gobernantes en el país se interesarán por los resultados y lo incorporarán a futuros programas de salud? O tal vez sea solo un argumento más para discursos demagógicos, dentro de futuras campañas políticas.

Los niños no dejan de crecer solo por falta de zinc. No crecen, por falta de zinc y de otros muchos factores. No crecen, por la pobreza estructural, por la sociedad injusta, por el reparto desigual de las riquezas, por la opresión y segregación de ciertas minorías, en fin, por una situación socioeconómica injusta y multicausal.

¿Puede la investigación, puede la ciencia coadyuvar al mejoramiento de la humanidad? Yo creo que la ciencia tiene entre sus objetivos el conocimiento de la realidad para ponerla

al servicio del hombre. Pero no solo poseemos racionalidad, también sentimientos. El desarrollo de la ciencia tiene que tender a la búsqueda de la felicidad, a mejorar las condiciones de vida de todos los hombres sobre el planeta.

¿Estos resultados qué cambios producirán en las vidas de los campesinos?

Me pregunto si se puede irrumpir en comunidades que no tenían un buen servicio de salud, darles por un tiempo una atención privilegiada, creando muchas expectativas y, después salir, dejarlos solos. ¿Teníamos derecho a arruinar las esperanzas de la comunidad?

No hemos causado un daño físico, medible, palpable; por el contrario, hemos ayudado a la comunidad en muchos aspectos, pero yo me sigo preguntando por qué nos quedamos sin revertir para nada los resultados en la comunidad, sin intentar cambiar las causas profundas de los problemas de salud. Podemos hablar de dignidad humana cuando hemos fomentado y alimentado el paternalismo y la dependencia, que más bien ahonda la crisis social en que viven los campesinos, ratificando de esa manera que siempre serán objeto de la “caridad” de otros y no sujetos de su propio destino.

Todas estas dudas se agolpan en mi cabeza, sin respuestas. Y me seguía preguntando: ¿Y estos resultados, para qué?

CAPÍTULO IV

EL REGRESO A LAS COMUNIDADES

He regresado hace poco a las comunidades, después de un año de finalizar el proyecto. Sentía nostalgia, quería saber cómo están todos.

Busqué a las promotoras. Me asombró verlas trabajar en las guarderías infantiles que funcionan en las comunidades. Las guarderías acogen a los niños que quedan solos en las casas. Esta necesidad se empezó a sentir en el tiempo del proyecto, cuando las promotoras sembraron la inquietud entre las madres. La puesta en marcha se empezó a gestionar al final de nuestro estudio.

Nos llenó de emoción oír a las promotoras darnos las gracias por haberles enseñado responsabilidad y disciplina. Para ellas el trabajo de la guardería se hace con la misma pulcritud y honestidad que cuando trabajaban en el proyecto. “Eso le debemos al equipo de salud” -nos dijeron-.

“Con las guarderías ha regresado el paternalismo, -esa reflexión la hacen las propias promotoras- claro que los niños están mejor alimentados, pero en cambio las madres se despreocupan de ellos y delegan sus responsabilidades en nosotras”. ¡Lástima que ese personal tan bien formado, no pueda luchar mucho más por su comunidad! Algunas promotoras volvieron a la faena de la hacienda, otras al trabajo de empleadas domésticas o como obreras. La mayoría sigue siendo muy bien considerada por la comunidad.

¡Todo está cambiado! Santa Cruz y San Bernardo estrenaron

el agua entubada, después de una lucha de seis años. Juana Tenelema, una madre de San Bernardo, nos contó cómo lo consiguieron.

También nos asombramos que se unieran Santa Cruz, San Bernardo y Santa María para afiliarse al seguro campesino. El rehabilitado centro de salud de Santa Cruz es la sede. Ya no tendrán que caminar ocho kilómetros para ser atendidos.

Nos dio mucho gusto ver la funcionalidad de las obras que apoyamos durante el proyecto. El médico rural de San Pablo Alto, por primera vez en la historia, se quedó a vivir en la comunidad, haciendo uso de la casita que construimos. En San Pedro de Arriba, Santa María y San Bernardo, las casas se utilizan para guarderías. Solo en Santa Cruz la construcción es inútil, están a punto de quedarse sin teléfono, les han quitado la línea telefónica.

A nuestro paso por cada comunidad íbamos rememorando la historia de cada persona, de cada niño, de cada familia; averiguamos cómo se encontraban algunas personas, cómo era la continuación de algunos episodios.

Con sorpresa y satisfacción nos enteramos de que Beatriz se había casado con un viudo y que vivía en la parroquia vecina. César Orlando, el hijo mayor, se quedó con la abuelita, y ella se llevó al pequeño. Ya tiene un tercer hijo.

Fuimos hasta el jardín de los Toaquizas en Santa María. La señora Lourdes nos contó que su marido está con tuberculosis, ingresado en el hospital, desde hace dos meses. Todos están siguiendo un tratamiento. Antonio, pálido y delgado como siempre,

correteaba por el patio.

Fabiola, una de las promotoras de Santa María, trabaja en la guardería; tiene otra hija, la quinta. El marido se porta bien con ella y con los niños. No consiguen terminar la casa de bloque, que comenzaron durante el proyecto; siguen viviendo muy estrechos, en la choza de paja.

La señora Carmen nos saludó afectuosamente, con su voz bronca, afónica. Nos invitó a entrar en la casa y nos ofreció un plato de colada. Está de nuevo embarazada, pero dice que este será el último.

Clarita, la benjamina del grupo, nuestra Clarita oscura, la bella promotora morena, que pasó entristecida mucho tiempo por la trágica muerte de sus hermanos, se casó hace un año y ya tiene un hijito.

Pregunto por los cuatro hermanos de San Pablo Alto y me invitan a visitarlos. ¡Cómo han crecido! Lucía se empeña en que conozca a sus perritos. Pregunto por Lucho y me dicen que, aunque vive con el tío, visita a sus hermanos todos los días.

¡Todo está cambiado!

Durante todo este tiempo, he querido disipar mis dudas sobre la investigación. He querido buscar argumentos y justificar actitudes. Pero aquí, en el campo, están las señales, aquí comprendo al fin la verdadera significación del proyecto.

Viendo a las gentes me doy cuenta de que se hizo mucho, de que se avanzó bastante. He descubierto nuevos objetivos cumplidos, como la formación de nuevos líderes comunitarios, las promotoras; la recuperación de la confianza del campesino

en la gente que llega al campo, en las instituciones que trabajan en el campo.

Me he dado cuenta de que es necesario que las investigaciones de salud tengan una aplicación práctica, pues, de lo contrario carecerían de un auténtico sentido.

El proyecto nos cambió a todos, a los investigadores y a los investigados. Nunca volveremos a ser los mismos. En un momento de nuestras vidas compartimos una secuencia de la historia campesina; en un momento de nuestras vidas, se cruzaron nuestros caminos. Esto nos marcó y nos cambió para siempre.

Nuestra vida y nuestro futuro cambiaron a la sombra de la montaña, pero se fue más lejos en el espacio y en el tiempo, se fue más allá de la montaña.

Lo único que permanece igual es la fiereza de los perros que nos acompañan hasta el camino, ladrando furiosos al carro que se aleja.

CAPÍTULO V

MIRADA AL FUTURO

¿Qué significado ha tenido para mí la participación en el proyecto? ¿Qué nos deja esta investigación para nuestro futuro? Toda esta experiencia es el nacimiento de una enorme esperanza.

Puedo decir que esta investigación me ha cambiado la vida. Yo, un médico del tercer mundo, formado en una universidad que se debate en la contradicción de lo que son los países en vías de desarrollo. Por un lado, estudiando con la convicción de pertenecer a una elite del país, con la seguridad de que este trabajo liberal y competitivo, pueda ser un buen medio para asegurarme un nivel de vida adecuado a mi posición social, y por otro lado, el conocimiento de la realidad de Ecuador y de América Latina, sus límites, su carga de problemas, enfermedades y carencias que te deja entrever una vocación de servicio a tu país. La reflexión y la decisión del camino a tomar están en consonancia con la realidad que vive cada uno, con las experiencias que ayudan a aclarar la conciencia.

Al caer en esta prueba, al ir a parar a un mundo nuevo para mí, con sus contrastes, con sus valores y antivalores, se ha facilitado mi decisión de futuro. Esas individualidades, que en estadística no sirven para nada, esos datos fuera de la media, que me han mostrado la dureza de la vida campesina, han sido un ejemplo palpable de la verdad de mi país, que han decidido el camino de mi existencia.

La investigación, la ciencia, es buena, pero con ellos y para

ellos. Esta experiencia ha despertado mi sentido de compromiso con los más pobres. Ha preparado la opción de estar al lado de los más oprimidos: niños, mujeres, ancianos. De participar en proyectos de desarrollo nacidos de las necesidades del campesino y que pretendan solucionar sus problemas de salud, educación y trabajo. Colaborar en proyectos de formación de promotores, de autogestión y generación de ingresos. Una de las enseñanzas más importante del proyecto ha sido el aprender a realizar todas las acciones de salud con calidad, conociendo lo que se hace y haciéndolo bien, esta es la clave para una buena participación, individual, en el futuro de este país.

Este estudio ha sacudido mi sentido crítico, ha estimulado mi dedicación hacia los desposeídos, ha cambiado mi escala de valores, enfrentando miseria contra derroche, sencillez contra consumismo y solidaridad contra individualismo.

GLOSARIO

A

Abarrotes (tienda de): Tienda de comestibles.

Acabar de hablar: Reprenderle fuertemente de palabra.

Aceite (de la columna): Líquido cefalorraquídeo.

Acequia: Conducto de agua al aire libre para regar u otras funciones.

Achololarse: Avergonzarse.

Aculturación: Proceso de transformación cultural que tiene lugar cuando dos pueblos diferentes entran en contacto y que da por resultado una asimilación, parcial o total, de la cultura de uno de ellos por el otro.

Adobe: Bloque de barro seco sin cocer, para la construcción.

Agrados: Regalos para conseguir un fin determinado.

Ahura : Ahora.

Alcancía: Recipiente para guardar monedas.

Alfalfa: Planta que se cultiva para alimentación del ganado.

Al fío: Pedir dinero o cualquier cosa prestada.

Alhaja: Se dice de alguien bonito o de agradable conversación.

Amiguero: Que tiene facilidad para adquirir amigos.

Anaco: Falda indígena.

Antes no: Felizmente.

Arranchar: Quitar algo con violencia.

Arrayán: Árbol de flores blancas y fruto comestible.

Arroz de cebada: Grano de cebada molido a mano, utilizado

para hacer sopas.

Atajar: Quedarse con algo.

Ataque por pena: Crisis nerviosa, crisis de conversión histérica.

Atraso: Problema, calamidad.

Aventador: Utensilio cuadrado tejido de totora y con un mango, sirve para avivar el fuego.

Ayayay: Interjección quichua que expresa dolor.

B

Baldes: Recipientes para recoger agua.

Bocón: Mal hablado.

Borraja: Planta medicinal sudorífica y diurética.

Botar: Tirar.

Bravo: Enfadado.

Breve: Rápido.

C

Cabildo: Cuerpo de personas que tienen autoridad sobre una comunidad.

Cabuya: Mata de pita, con la fibra se hacen cuerdas.

Cachetada: Golpe en la mejilla.

Caldo de patas: Comida serrana, caldo de patas de vaca con mote.

Calentada: Enfado.

Caleras: Hornos donde se calcina la piedra caliza.

Calosfrios: Escalofrío.

Cambiamanos: Trueque de objetos con sentido simbólico.

Cancha: Área donde se práctica un deporte.

Canguil: Tipo de maíz, palomitas de maíz

Capitán: Prioste principal en una fiesta.

¡Carajo!: Exclamación de extrañeza o enfado.

Carcoso: Sucio, descuidado en el vestir.

Cargadores: Que cargan sobre la espalda con cuerdas, distintos tipos de artículos (subempleo de los campesinos en las grandes ciudades).

Carishina: Mujer que no sabe hacer sus labores. Que actúa como hombre.

Cauca: Colada de maíz amarillo.

Cedazo: Aro con tela agujereada para cernir.

Cernir: Separar con un cedazo las partículas finas de las gruesas.

Chacra: Pedazo de tierra que posee el campesino.

Chaguador: Ordeñador.

Chalina: Chal.

Chanchos: Cerdos.

Changar: Pasar por encima de algo.

Chapas: Policías.

Chaquíñanes: Camino estrecho, para andar a pie.

Chicha: Bebida fermentada de maíz.

Chilcas: Arbusto andino.

Chirlazo: Golpe con mano abierta en el rostro de otro.

Chisguete: Salpicadura violenta.

Choclo: Mazorca tierna de maíz.

Choza: Cabaña con techo de paja.

Chuchaqui: Malestar que deja la bebida excesiva.

Chulquero: Usurero, el que da dinero a interés.

Chumado: Borracho.

¡Chuta!: Exclamación de asombro o preocupación.

Cimbrar: Hacer vibrar a un objeto flexible.

Cobija: Manta.

Coimas: Sobornos.

Colada: Sopa espesa a base de cereales

Colada Morada: Colada de maíz negro que se prepara en el día de los difuntos.

Colerín: Enfermedad del campo por pena, cursa con dolor de corazón, dolor de cabeza y picaduras por todo el cuerpo.

Comezón: Picor.

Comparsa: Grupo de disfrazados que bailan.

Comunero: Que vive en una comunidad.

Comunidad: Grupo de personas que viven en un área rural geográfica cercana y que están unidas bajo una autoridad común, el cabildo, elegido democráticamente.

Conscripción: Servicio militar.

Corso: Curso

Cosa que: De manera que.

Cuadras: Manzanas.

Cucayo: En quichua, refrigerio.

Cuentayo: El que cuida del ganado temporalmente.

Cuica: Lombriz intestinal. Se dice de la persona muy delgada.

Curandero: Persona que ejerce la medicina por medio de prácticas mágicas y de conocimientos médicos populares.

Cuy: Cobayo, conejillo de Indias.

D

De a buenas: Hacer las paces, reconciliarse.

De adrede: Con intención.

De gana: Sin motivo.

Dentre: Entre.

De repente: A veces.

Desmandarse: Salirse de las normas. Desabrigarse.

Desmontes: Acción de desmontar o talar un terreno.

Dieta: Días de reposo después del parto.

De viendo: Veá.

Dizque: Dice que.

Dolientes: Parientes del difunto.

E

Encerar: Poner en cero un instrumento de medida.

Encinta: Embarazada.

Endicciones: Inyecciones.

¡Elé!: Hele aquí.

Emperro: Rabieta de niño.

Endurado: Fuerte, endurecido.

Espanto: Enfermedad del campo por caída, por susto, los enfermos no quieren comer y solo piden agua, tienen diarrea y van enflaqueciendo.

Espinazo: Columna vertebral.

Estragos: Daños. Enfermedades que se producen en el embarazo.

Erosión: Desgaste producido en la superficie de la tierra por agentes externos como agua, viento o falta de forestación.

F

Feria: Mercado de mayor importancia que el común, se realiza cada semana.

Fiestero: Que le gusta la fiesta.

Finados: Día de difuntos.

Fogón: Sitio rústico donde se hace fuego, habitualmente en el suelo entre varias piedras.

Fregado (Estar uno): Tener alguna dificultad económica o de salud.

Friegas: Acción de sobar sobre un hueso roto o lastimado.

Fuerte: Mucho.

Fuete: Látigo.

G

Garrotazos: Palazos.

Goteo: Gota a gota

Guachimán: Encargado de cuidar una casa o construcción.

Guaguas: Niños.

Guaguera: Que le gusta los niños.

Guaguas de pan: Pan con silueta humana, propios del día de difuntos.

Guambras: Jóvenes.

Guangudo: Indio que lleva trenza.

Gulumpio: Columpio.

H

Haiga: Haya.

Holanda: Enfermedad con úlceras bucales.

Hierbaluisa: Planta medicinal digestiva y carminativa.

Huacho: Surco.

Huagra: Toro.

Huasipungo: Terreno pequeño heredado por el indio de la hacienda.

Huevo de gallo y gallina: Huevo fecundado.

I

Indígenas: Indios.

Iras: Cólera o enojo.

Ishpingo: Planta de flores moradas.

J

Jatumrumi: Del quichua, piedra grande.

Jodido: Con problemas.

Jué: Fue.

Juimos: Fuimos.

L

Lavacara: Balde de boca ancha.

Leche avena: Mezcla preempacada de leche y avena.

Lejura: Lejanía.

Lengua larga: Chismoso.

Letrina: Retrete, excusado.

Llamingsos: Llamas jóvenes.

Llantén: Planta medicinal astringente.

Limpiar con cuy: En la cultura andina, masajear el cuerpo con un cuy vivo, para que se transfiera la enfermedad al animal.

Limpiador: Curandero, sanador que limpia con cuy, hierbas, trago u otros productos.

M

Machete: Cuchillo grande y pesado, con el que se corta a golpes.

Máchica : Cebada molida.

Mala espalda: Mala suerte.

Malencarados: Mal humor expresado en el rostro.

Maltón: Se dice de los animales y niños tiernos que ya han crecido.

Mal viento: Enfermedad del campo que se produce al entrar los malos espíritus al cuerpo cuando se camina por lugares pesados como: cementerio, cerro, quebrada.

Mamadera: Biberón.

Mamitica: Cariñosamente mamita.

Mandil: Prenda para proteger la ropa.

Mañosas: Que tienen habilidad o astucia.

Maíz negro: Maíz para colada morada.

Marcar: Cargar, coger en brazos.

Marco: Planta medicinal para afecciones respiratorias.

Matico: Planta medicinal para desinfectar heridas.

Mecánica: Taller artesanal donde se arreglan vehículos a motor.

Melaza: Residuo muy dulce producto de la cristalización del azúcar.

Mensos: Tontos.

Mijita: Cariñosamente, hija mía.

Minga: Trabajo colectivo.

Molino de mano: Piedra excavada para moler grano, se muele con una piedra redonda.

Montubios: Campesinos de la costa.

Morocho: Maíz blanco, se utiliza en coladas.

Mortiño: Planta de frutos redondos y morados, se usa para la colada morada.

Mote: Maíz pelado con cal o ceniza y cocido con sal.

N

Nadies: Nadie.

Ñ

Ña: Doña

Ñños: Hermanos.

O

Ocurrido: Gracioso.

Oidor: Juez de las antiguas Audiencias.

Ojear: Hacer mal de ojo.

Ortiga blanca: Planta que segrega una sustancia irritante

P

Pa: Para.

Pajonales: Terreno cubierto de paja a más de tres mil metros de altitud.

Palancas: Protección, ayuda. Tráfico de influencias.

Panela: Azúcar de caña sin refinar.

Paño: Cloasma gravídico, manchas en la cara.

Páramo: Terreno alto de la sierra, inhabitado y muy frío.
Pasma: Dermatitis por frío y sequedad.
Pasto (Ir al): Llevar a pastar al ganado.
Pega duro: Dar con intensidad.
Peliaringo: Que pelea mucho.
Pendejada: Tontería.
Pericote: Ratón.
Pescuezo: Cuello.
Piña: Planta tropical de fruto ácido y carnoso.
Pisa: Paliza.
Pior: Peor.
Pite: Un poco.
Plantas curadas: Plantas tratadas con sustancias químicas como herbicidas, plaguicidas.
Plata: Dinero.
Poncho: Prenda para abrigarse a modo de manta con una abertura para entrar la cabeza.
Porota: Pequeña como un fréjol.
Pos: Pues.
Postrado: Debilitado, que no puede levantarse de la cama.
Potrero: Prado para pastar el ganado.
Prestamanos: Intercambio de trabajo entre comuneros.
Prioste: Jefe de la fiesta.
¡Pucha!: Exclamación de sorpresa o enojo
Puntas: Aguardiente de caña.
Puro: Aguardiente de caña.

Q

Quedar gastados: Tener muchos gastos extras y endeudarse.

Queserías: Lugar donde se hacen quesos.

Quinua: Planta americana cuyas hojas y semillas se usan para la alimentación, tiene grandes propiedades nutritivas.

R

Rabadilla: Extremo de la columna vertebral.

Rabo: Trasero.

Raja de leña: Pedazo de un tronco abierto al hilo.

Rascabonito: Sarna, escabiosis.

Rejo: Ganado que da leche.

Remedios: Medicamentos.

Ripio: Piedra menuda que sirve para la construcción.

Rocoto: Insulto contra el indio.

Rogativa: Oración pública para pedir el remedio contra una necesidad.

Runa: En quichua, indio; se emplea como insulto.

S

Sabimos: Sabemos.

Sahumerios: Humo aromático.

Sementera: Tierra sembrada.

Sobrepardo: Enfermedad propia del puerperio (primer mes

después del parto).

Shungo: En quichua, corazón.

Suasándole: Asíndole.

Sanjuanito: Baile serrano.

T

Tá: Está.

Taita amito: En quichua, padre amo, fig. patroncito.

Taita Diosito: En quichua, Padre Dios.

Tan: También.

Tascar: Masticar.

Tenencia Política: Oficina de la autoridad pública de la parroquia.

Terno: Traje de hombre.

Teta: Biberón.

Tierno (niño): Lactante.

Tierrero: Polvareda.

Tomate de árbol: Fruta carnosa de la sierra, especial para jugo.

Tonga: En quichua, refrigerio.

Toronjil: Planta medicinal con efectos tranquilizantes.

Tostado Maíz reventado en aceite o manteca.

Trago: Bebida alcohólica.

Trasero: Parte posterior de alguna cosa.

Trincar: Coger.

Trocha: Camino angosto.

Tullidito: Que ha perdido el movimiento de los miembros.
Tusa: Raspa de maíz.

U

¡Uta!: Exclamación. Puta.

V

Vacona: Ternera.

Valimos: Valemos.

Valeriana: Planta medicinal tranquilizante.

Velorio: Permanecer la noche con el difunto.

Vía: Veían.

Vivanderas: Mujeres que venden comidas en el mercado.

Volatería: Conjunto de fuegos artificiales en una fiesta.

Vuelta: Otra vez.

Y

Yumbada: Comparsa de disfrazados.

Z

Zafarse: Dar a luz.

NOTAS

¹Histograma de barras: Gráfico constituido por rectángulos de la misma base colocados uno al lado de otro, cuya altura es proporcional a la frecuencia a representar.

²Polígonos de frecuencias: Gráfico que representa el número de unidades que en una población quedan comprendidas dentro de una serie o clase determinada.

³Diagramas de dispersión: Figura gráfica construida para representar un fenómeno determinado que expresa el alejamiento más o menos grande de los términos de una serie, los unos respecto a los otros o respecto a un valor central tomado como media.

⁴Variable: Magnitud que puede tener un valor cualquiera de los comprendidos en un conjunto de mediciones.

⁵Indicador: Medida que se quiere estudiar o evaluar sus efectos.

⁶Medidas estándares: Medidas con un patrón común. Medidas unificadas.

⁷Zinc: Oligoelemento que forma parte de enzimas que intervienen en el metabolismo de las proteínas, ácidos nucleicos, carbohidratos y lípidos.

⁸Inmunidad: Es la característica de los organismos vivos que poseen un estado defensivo suficiente para evitar padecer ciertas enfermedades

⁹Hipótesis: Suposición de una cosa, sea posible o imposible, para sacar de ella una consecuencia. La hipótesis plantea un problema que sirve de guía en una investigación científica.

¹⁰Placebo: Sustancia inocua pero sin ningún efecto terapéutico.

¹¹Análisis estadístico: Son métodos deductivos para extraer conclusiones respecto de una población, a partir de los datos obtenidos de una muestra, estas estimaciones se basan en leyes de probabilidad y comprenden un grado de error.

¹²Diseño doble-ciego: Ni el investigador, ni la persona que recibe la suplementación conocen el contenido de la misma.

¹³Muestra: Fracción de una población seleccionada según un criterio determinado, con el fin de estudiar sobre ella ciertas características, válidas para sacar conclusiones sobre la población total.

¹⁴Antropometría: Estudia las proporciones y medidas del cuerpo humano.

¹⁵Cardiopatías: Enfermedades relativas al corazón.

¹⁶Hipotiroidismo congénito: Enfermedad hereditaria donde existe una disminución del crecimiento somático (enanismo), desarrollo escaso de los órganos genitales y un considerable retraso mental, en conjunto recibe el nombre de cretinismo.

¹⁷Prueba piloto: Ensayo de las metodologías y técnicas que se aplicarán en un proyecto y que sirven de guía para su ejecución futura.

¹⁸Logística de operación: Planificación de la ejecución de las actividades de un proyecto.

¹⁹Centrifuga: Aparato que separa en una mezcla los componentes sólidos y líquidos de distinta densidad.

²⁰Alicuotaje: Parte proporcional de un todo.

²¹Sesgo: Distorsión en la representatividad de un resultado, ya sea en el proceso de estimación, en la selección o en el examen de la muestra.

²²Proyecto longitudinal: Es la revisión de un fenómeno determinado por un periodo de tiempo suficientemente largo.

²³Control de calidad: Es una técnica que permite controlar una serie de mediciones a partir de medidas de muestras más o menos pequeñas.

²⁴Estudio bromatológico: Análisis de la composición de los alimentos.



JOAQUINA GIL RAMOS

Nace en Utrera, Sevilla (España), estudia medicina en Sevilla, es magíster en Investigación Clínica y Epidemiológica por la Universidad de Guayaquil. Tiene una amplia experiencia en investigación y en la gestión de proyectos de desarrollo sociales y de salud. Trabajó durante diez años en el Centro de Investigación Nestlé para América Latina, realizando proyectos de investigación básica en salud. Hace catorce años que vive en Manta donde ha dirigido por ocho años la Fundación Río Manta, es activista ambiental y de derechos humanos, y una reconocida defensora de los derechos de las mujeres. Desde hace tres años docente en la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí.

Ha publicado varios artículos indexados en revistas internacionales y otras publicaciones locales.

Todos los derechos reservados
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta
obra sin la autorización de su autor o editor

2015

